RICARDO PANTE

EL DELITO DE DEBERLE A UN POBRE

AQUÍ TAMBIÉN SE CUENTAN LAS DEUDAS

EDITORIAL Mundos Alternos

Créditos

El delito de deberle a un pobre

Marco Ricardo Pante Quishpe

Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE- Sangolquí- Ecuador

ISBN: 978-9942-593-62-7

Revisión científica:
Dra. Martha Alquinga – Universidad Central del Ecuador
Phd. Marcia Arbustin – Universidad Nacional de Rosario
Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: MGTR. Andrea Maribel Aldaz

Imagen de cubierta: Diseño del autor

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Digital son del autor

ISBN: 978-9942-593-62-7

9 789942 593627

EDITORIAL Mundos Alternos

DEDICATORIA

A esa alma desesperada que alguna vez miró sus bolsillos vacíos y comprendió que el hambre, la enfermedad, una deuda urgente o la necesidad de sostener a los suyos no podían esperar hasta mañana; a quien, después de tocar puertas que no se abrieron y buscar respuestas que nunca llegaron, encontró en el usurero la única mano dispuesta a entregar aquello que necesitaba, aun sabiendo que detrás de ese alivio inmediato podía comenzar una deuda mucho más difícil de soportar.

A quienes no pidieron dinero por ambición ni por capricho, sino porque algunas veces la pobreza obliga a escoger entre malas opciones y porque hay días en los que conseguir unos cuantos dólares significa simplemente poder comer, comprar una medicina, pagar un servicio o regresar a casa con algo para los hijos.

Y, especialmente, a quienes alguna vez descubrieron que cuando la necesidad aprieta, hasta el dinero más caro puede parecer una salvación.

A mi esposa mi compañera de vida quien me invita a soñar y a construir nuevos soles con su sonrisa…

Emily mi hija, el sueño despierto que crece cada día y sus ansias de conocer los pasajes de esta vida…

«El pobre no siempre presta lo que le sobra;
a veces presta lo que mañana podría faltarle.»

— *Ricardo Pante*

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que durante mucho tiempo me resultó incómoda: ¿cuánto puede llegar a costar una deuda cuando quien presta tampoco tiene demasiado?

Estamos acostumbrados a pensar en el dinero desde las grandes cifras, los bancos, los créditos y las obligaciones que pueden medirse en contratos, cuotas e intereses. Sin embargo, existe otra economía mucho más cercana y silenciosa que se mueve entre vecinos, familiares y conocidos, donde veinte o cincuenta dólares pueden significar la comida de varios días, una medicina que no puede esperar, el pago de un servicio o simplemente la posibilidad de llegar al final de la semana. Allí, cuando las instituciones no responden y la necesidad no concede tiempo, aparece muchas veces quien presta sin demasiadas preguntas y entrega el dinero con una rapidez que, en ese momento, puede sentirse como una salvación.

Pero toda salvación tiene un precio cuando nace de la desesperación.

El delito de deberle a un pobre se aproxima a ese universo sin pretender juzgar desde la comodidad a quien pide ni justificar automáticamente a quien presta. Detrás del deudor puede existir una persona que no encontró otra alternativa para resolver una necesidad inmediata; detrás del prestamista puede existir alguien que tampoco es rico y que entrega un dinero que le costó conseguir. Entre ambos queda una promesa que parece sencilla mientras existe confianza y que puede transformarse

profundamente cuando llega el día de pagar y las circunstancias ya no son las mismas.

Esta obra se alimenta de realidades que existen en nuestras comunidades, pero ha sido construida literariamente. Sus personajes, diálogos, situaciones y conflictos pertenecen al universo narrativo de la novela y no deben entenderse como la reconstrucción documental de personas o acontecimientos concretos. La ficción me permitió explorar algo que trasciende cualquier caso particular: la forma en que la necesidad económica puede alterar relaciones, despertar resentimientos y convertir cantidades aparentemente insignificantes en símbolos de dignidad, orgullo, miedo y poder.

Tampoco escribí estas páginas para decidir quién merece nuestra compasión. Me interesa mucho más la incomodidad de no poder escoger fácilmente entre buenos y malos. La pobreza puede habitar ambos lados de una deuda. Puede estar en quien pide porque necesita comer y también en quien presta porque sabe exactamente cuánto cuesta perder cincuenta dólares. Cuando esas dos necesidades se encuentran, el dinero deja de ser solamente dinero y comienza a cargar con todo aquello que las personas depositan sobre él.

Hay, además, una tercera fuerza que atraviesa esta historia: la palabra de los otros. Una deuda entre dos personas puede convertirse rápidamente en conversación de familia, rumor de barrio y finalmente en una verdad que nadie sabe exactamente dónde comenzó. Cuando suficientes voces repiten una versión, los hechos pueden terminar enterrados debajo de aquello que todos creen recordar. Por eso esta novela también habla de nuestra

responsabilidad cuando contamos historias que no vivimos por completo.

Escribí *El delito de deberle a un pobre* pensando especialmente en quienes alguna vez tuvieron que pedir porque no encontraron otra salida, pero también en quienes conocen el valor de prestar aquello que mañana podrían necesitar. No pretendo ofrecer respuestas sencillas a una realidad que no las tiene. Aspiro únicamente a que, cuando el lector cierre estas páginas, cincuenta dólares ya no le parezcan necesariamente una cantidad pequeña.

Porque algunas veces el verdadero tamaño del dinero no está escrito en el billete, sino en la necesidad de quien lo pide y en el sacrificio de quien lo entrega.

Ricardo Pante

Biografía

Marco Ricardo Pante Quishpe es escritor ecuatoriano, docente, investigador y editor. Su trayectoria se desarrolla en el encuentro entre la literatura, el lenguaje y la educación, ámbitos desde los cuales ha construido una relación permanente con la palabra como espacio de creación, memoria, reflexión y comprensión de la experiencia humana.

Su acercamiento a la creación literaria comenzó especialmente a través del cuento. Una de sus primeras obras, *El espejo*, obtuvo un reconocimiento en la Universidad Central del Ecuador. De carácter existencialista, este relato aborda la identidad, el narcisismo y la mirada social, anticipando algunas de las preocupaciones humanas que posteriormente continuarían presentes en su escritura.

Su obra literaria se caracteriza por una mirada introspectiva y profundamente cercana a las emociones humanas. El tiempo, la memoria, los afectos, las ausencias, la identidad y aquello que permanece sin decirse constituyen elementos recurrentes de una narrativa que encuentra en las experiencias cotidianas una vía para explorar la complejidad de las personas.

En *Entre tus casi y mis silencios*, publicada bajo el sello editorial Mundos Alternos, profundiza en los vínculos afectivos, los encuentros incompletos y las palabras que nunca llegan a pronunciarse, construyendo una narrativa en la que los silencios adquieren tanto significado como las palabras.

El tiempo y la memoria adquieren también especial relevancia en obras como *La terminal del tiempo* y *Relatos del tiempo*, donde la experiencia humana se convierte en territorio narrativo para volver sobre aquello que hemos vivido, las personas que encontramos durante el camino y las huellas que permanecen cuando los instantes se transforman en recuerdos.

Otra dimensión de su creación literaria se manifiesta en *Cuando el teatro se convierta en vida*, obra que amplía su universo narrativo hacia el territorio de la representación y la existencia humana. A través del vínculo entre el teatro y la vida, la obra invita a reflexionar sobre los papeles que asumimos, las historias que representamos y esa frontera, muchas veces imperceptible, entre el personaje que mostramos a los demás y la persona que permanece detrás de él.

Su producción se extiende también hacia obras vinculadas con la lectura y la educación. Entre ellas se encuentran *Una fábula para amar la lectura*, *Guía metodológica para la elaboración de textos académicos*, *Metodología de Investigación* y *Educar desde el sentido: Pedagogías para una escuela con alma*. Asimismo, es coautor de *Leer en tiempos digitales: Estrategias para comprender, disfrutar y transformar*, obra que aborda las transformaciones contemporáneas de la lectura y los desafíos que plantea la interacción entre los lectores y los nuevos escenarios digitales.

Ha participado además como compilador de *Cartas perdidas*, experiencia que se vincula con otra dimensión fundamental de su trayectoria: la labor editorial y la

construcción de espacios para que otras voces encuentren también un lugar en la palabra escrita.

Esta diversidad permite reconocer dos vertientes que dialogan dentro de su producción. Por una parte, se encuentra el escritor que explora la memoria, el tiempo, los afectos, la identidad y los silencios; por otra, el docente e investigador interesado en comprender los procesos de lectura, escritura, lenguaje y educación. Ambas dimensiones convergen en una misma convicción: las palabras no solamente cuentan historias, también conservan aquello que el tiempo intenta llevarse.

Entre la sensibilidad, la nostalgia y una observación atenta de lo cotidiano, Marco Ricardo Pante Quishpe construye una voz literaria que encuentra en las pequeñas experiencias humanas historias capaces de trascender lo personal. Sus textos buscan que el lector no permanezca únicamente como espectador, sino que pueda reconocerse entre sus personajes, sus recuerdos, sus preguntas y sus silencios.

Para Ricardo, escribir es también una manera de permanecer. Personas, lugares, conversaciones, pérdidas, encuentros y momentos aparentemente insignificantes encuentran en la literatura la posibilidad de sobrevivir a su propio instante. Su escritura nace así del deseo de transformar la experiencia en memoria y la memoria en palabras; palabras que, una vez entregadas al lector, comienzan a formar parte de una historia diferente.

<

INTRODUCCIÓN

Hay deudas que pueden anotarse en una libreta y otras cuyo verdadero costo solo se conoce cuando ya es demasiado tarde. Comienzan con una cantidad, una fecha y una promesa aparentemente sencilla, pero alrededor de ellas pueden acumularse cosas que ningún cálculo consigue registrar: vergüenza, orgullo, resentimiento, afectos y palabras que cambian de significado cada vez que alguien vuelve a pronunciarlas.

En los lugares donde el dinero escasea, una cantidad pequeña nunca es necesariamente insignificante. Cincuenta dólares pueden resolver una urgencia, completar una compra, pagar medicamentos o permitir que una familia llegue al final de la semana; para quien los presta, en cambio, pueden representar horas o días de trabajo que espera recuperar. Entre esas dos necesidades existe un territorio frágil donde la confianza parece suficiente mientras todo marcha bien, porque casi nadie piensa en las reglas cuando todavía cree que una promesa será cumplida.

El delito de deberle a un pobre comienza precisamente allí, en una transacción tan cotidiana que difícilmente podría anunciar lo que vendrá después. No hay grandes fortunas ni contratos complejos, sino personas que se conocen, una cantidad al alcance de la mano y la seguridad de que todo podrá resolverse pronto. Sin embargo, basta que una fecha deje de cumplirse para que aquello que parecía sencillo comience a adquirir nuevos significados y para que el dinero deje de ser solamente dinero.

Entonces aparecen las versiones. Lo que uno recuerda no coincide necesariamente con lo que recuerda el otro, las conversaciones empiezan a reconstruirse desde el resentimiento y quienes observan desde afuera completan con suposiciones aquello que nunca presenciaron. Una frase repetida suficientes veces puede terminar pareciendo un hecho; un silencio puede interpretarse como amenaza, una insistencia como persecución y una defensa como prueba de culpabilidad. Cuando eso ocurre, recuperar la verdad puede resultar mucho más difícil que recuperar el dinero.

Esta es una historia sobre una deuda, pero también sobre aquello que puede crecer alrededor de ella. Sobre la facilidad con que una obligación económica atraviesa una relación familiar, sobre el orgullo que impide retroceder cuando hacerlo empieza a parecer una derrota y sobre la necesidad humana de defender la propia versión de los hechos incluso cuando el precio de tener razón comienza a superar aquello que originalmente estaba en disputa.

También es una historia sobre la mirada de los otros. Ningún conflicto permanece exactamente igual después de convertirse en conversación ajena, porque cada persona recuerda una parte, interpreta otra y termina agregando algo de sí misma. Con el tiempo, resulta difícil distinguir dónde terminan los hechos y dónde comienza la historia que una comunidad ha construido alrededor de ellos.

Todo empieza con una cantidad que podría parecer demasiado pequeña para sostener una novela. Cincuenta dólares. Lo suficiente para resolver una necesidad y, aparentemente, demasiado poco para destruir algo importante. Sin embargo, algunas tragedias no comienzan

con grandes decisiones, sino con pequeños asuntos que nadie considera peligrosos mientras todavía parecen fáciles de solucionar.

Mucho después, cuando todos intenten explicar lo ocurrido, esos cincuenta dólares seguirán allí, en el principio de la historia, aunque ya nadie pueda asegurar que hayan sido realmente la causa de todo. Porque el verdadero delito de deberle a un pobre quizá nunca estuvo en deberle dinero, sino en descubrir cuánto puede llegar a costar una deuda cuando entre quien presta y quien debe ya no queda únicamente una cuenta pendiente.

PARTE I

EL HOMBRE QUE PRESTABA LO QUE NO GASTABA

CAPÍTULO 1

EL DELITO DE CINCUENTA DÓLARES

La ambulancia se había marchado varias horas antes con Anselmo todavía con vida, y durante un tiempo algunos vecinos llegaron a convencerse de que aquello significaba que la desgracia no sería tan grave como parecía. La Policía permaneció en la calle recogiendo testimonios, intentando reconstruir el forcejeo y separando las versiones de quienes aseguraban haber visto exactamente lo ocurrido, aunque cada relato parecía introducir una posición diferente, un movimiento nuevo o una frase que nadie más recordaba. Fue más tarde, cuando desde el hospital llegó la noticia de que Anselmo había muerto a consecuencia de las lesiones producidas por la caída, cuando la escena adquirió otra dimensión. Llegaron más agentes, una cinta amarilla terminó extendida entre una pared y un poste y las luces azules y rojas comenzaron a rebotar contra las fachadas de bloque sin enlucir, atravesando las ventanas cubiertas con cortinas baratas y pintando por segundos aquellas casas levantadas poco a poco, como casi todo en el barrio: una habitación este año, una losa cuando hubiera dinero, unas gradas cuando apareciera trabajo y un segundo piso cuando la vida finalmente lo permitiera.

La noticia de la muerte consiguió que regresaran incluso algunas personas que ya se habían retirado. Se abrieron nuevamente las puertas, los perros empezaron a ladrar y varias familias salieron a las veredas intentando descubrir qué había cambiado desde que la ambulancia había desaparecido al final de la calle. Una motocicleta redujo la velocidad hasta casi detenerse, una mujer apareció

todavía con el delantal puesto y un niño intentó acercarse a la cinta hasta que alguien le gritó desde una vivienda que regresara. Obedeció a regañadientes y pocos minutos después estaba mirando desde una ventana. Nadie tenía una explicación completa, pero la muerte produjo inmediatamente la necesidad de encontrar una, y en aquel barrio una desgracia rara vez conseguía permanecer en silencio el tiempo suficiente para que los hechos llegaran antes que las versiones.

La pregunta empezó a recorrer la calle mientras los agentes continuaban trabajando. Algunos afirmaban que todo había sido un accidente y otros sostenían que ninguna persona terminaba muerta únicamente por perder el equilibrio. Alguien aseguró que había existido una pelea, aunque no podía decir con precisión quién había comenzado; una mujer recordó haber escuchado gritos y otro vecino sostuvo que varias personas se habían metido donde no les correspondía. Cuando alguien preguntaba de dónde provenía cada información, la respuesta casi siempre era la misma: eso estaba diciendo la gente. Nadie parecía saber exactamente quién era esa gente, pero constituía una fuente capaz de desplazarse más rápido que cualquier informe y, en ocasiones, con una autoridad que ni siquiera la Policía conseguía disputar. A medida que avanzaba la noche, las versiones comenzaron a reorganizar incluso aquello que algunos habían presenciado con sus propios ojos. Una persona que inicialmente recordaba un forcejeo terminó hablando de una pelea; otra, que había visto a varios hombres acercarse, comenzó a asegurar que habían tenido que intervenir para defender a una mujer, y alguien mencionó una supuesta denuncia previa que ninguna autoridad había confirmado. La palabra *amenaza* apareció poco después.

Una señora afirmó entonces que llevaba días diciendo que todo aquello terminaría mal, aunque cuando le preguntaron exactamente qué había visto tuvo que reconocer que nada. Había escuchado cosas y eso le parecía suficiente para haber comprendido que algo grave podía ocurrir. A esas alturas casi nadie recordaba que, hasta unas horas antes, la propia mujer involucrada en la deuda había negado que Anselmo la hubiera amenazado alguna vez.

Mientras los rumores crecían, dos agentes recorrían el lugar donde se había producido el forcejeo y otro permanecía junto a la cinta impidiendo que los curiosos se acercaran demasiado. Cerca del borde de la calle encontraron un teléfono con la pantalla destrozada. Uno de los policías se colocó los guantes, lo levantó con cuidado y llamó a otro agente antes de guardarlo dentro de una bolsa transparente. Varias personas reconocieron que el aparato pertenecía al muchacho que había estado grabando la discusión y de inmediato surgió la esperanza de que allí estuviera registrada la verdad completa. Nadie sabía cuánto había conseguido grabar, qué podía verse después de que el teléfono cayera al suelo ni si el archivo se había conservado, pero el simple hecho de que existiera una posible grabación bastó para que algunos empezaran a hablar de ella como si ya hubiera demostrado quién tenía la culpa. Desde una ventana, otro joven grababa ahora el trabajo policial mientras una mujer le ordenaba varias veces que guardara el teléfono. Fingía obedecer, esperaba algunos segundos y volvía a levantarlo. Cerca de allí una señora se persignó y preguntó si ya habían avisado a la familia. Nadie respondió, pero aquella palabra hizo que algunos se miraran con una familiaridad incómoda, porque si había algo que todos conocían en aquellas calles

eran las familias de los demás. Sabían quién vivía con quién, quién se había separado y quién había regresado después de jurar que jamás lo haría; conocían al hijo que enviaba dinero desde lejos, al hombre que llevaba meses sin trabajo, a la mujer que compraba fiado y a la familia que debía en la tienda, en la farmacia o en el banco. También conocían las deudas que no aparecían en ningún estado de cuenta y que, precisamente por pertenecer a personas conocidas, parecían despertar todavía más interés.

Fue suficiente que alguien sugiriera que lo ocurrido estaba relacionado con dinero para que la conversación cambiara. Nadie consiguió determinar quién había pronunciado primero la palabra *deuda*, aunque pocos minutos después todos hablaban de ella. Al principio imaginaron cantidades grandes porque una calle acordonada, una muerte y varios policías parecían exigir una causa proporcional. Uno mencionó mil dólares, otro aseguró haber escuchado que podían ser quinientos y alguien recordó que en aquellas calles casi nadie tenía cantidades semejantes para prestar. La observación provocó algunas risas incómodas porque todos entendían la verdad que contenía: allí las fortunas funcionaban con otra escala. Veinte dólares podían pagar el gas, treinta alcanzaban para comida durante algunos días, cuarenta podían cubrir una cuenta atrasada y cincuenta podían representar medicamentos, parte del arriendo, una mensualidad o los útiles escolares de un niño. En una casa donde cada dólar llegaba con una obligación asignada, una cantidad pequeña podía pesar mucho más de lo que sugería el número.

La conversación derivó entonces hacia aquellas deudas que existían fuera de bancos y cooperativas. Alguien comentó que deber dinero a una institución podía ser terrible, pero por lo menos uno no se encontraba al gerente comprando pan en la esquina. Otro recordó la incomodidad de cruzarse con la persona a quien debía mientras llevaba una funda de compras y una mujer habló de quienes cambiaban de acera para evitar saludar. Durante algunos minutos volvieron a reírse de situaciones conocidas: el compromiso de pagar el viernes, la promesa de que esta vez sí sería seguro y la extraña capacidad que tenían algunos viernes para convertirse en el viernes siguiente. La comparación no era nueva en el barrio. Años de deudas pequeñas habían enseñado que un banco podía llamar, enviar mensajes o exigir documentos, mientras un acreedor pobre podía vivir exactamente a seis casas de distancia y recordar el dinero cada vez que uno aparecía frente a él.

La gravedad regresó cuando la propietaria de una tienda cercana, cansada de escuchar versiones diferentes, comentó que una cosa era saber quién debía una Coca-Cola y otra muy distinta saber quién había matado a quién. Fue la primera en utilizar aquella palabra con tanta claridad. Hasta entonces todos habían hablado de lo que pasó, la desgracia, el accidente o simplemente el problema. Pronunciar *matado* convirtió la conversación en algo diferente, aunque tampoco describía con precisión lo ocurrido. Anselmo no había recibido un disparo ni una puñalada y nadie había salido de su casa aquella tarde con la intención de matarlo; había caído durante un forcejeo confuso y había muerto horas después en el hospital. Sin embargo, la complejidad de esa secuencia empezó a desaparecer porque una historia necesitaba palabras más

breves para viajar rápidamente. Cerca de las nueve y media apareció finalmente la cifra. No llegó desde un informe policial ni desde una declaración oficial. Primero alguien habló de cien dólares, después otro aseguró que eran doscientos y una tercera persona corrigió a ambos diciendo que era mucho menos. Cuando alguien pronunció cincuenta, se produjo una pausa seguida de incredulidad. Parecía una cantidad demasiado pequeña para explicar una muerte, una calle acordonada, un teléfono roto dentro de una bolsa de evidencia y tantas personas despiertas intentando entender lo ocurrido. Un hombre afirmó que nadie podía morir por cincuenta dólares y otro respondió que había personas capaces de matar por menos. La frase comenzó a recorrer la calle antes de que cualquiera tuviera tiempo de preguntarse si realmente alguien había matado a Anselmo por aquel dinero.

Los cincuenta dólares comenzaron entonces a desplazarse de puerta en puerta y de teléfono en teléfono. Una mujer escribió en un grupo que todo había ocurrido por esa cantidad y alguien le pidió que no difundiera información falsa; cinco minutos después, esa misma persona escribió en otro chat que aparentemente sí había existido una deuda de cincuenta dólares. Así nacían las certezas: mediante pequeñas modificaciones que ninguna persona consideraba suficientemente importantes para verificar. Al poco tiempo alguien aseguraba que la deuda nunca había sido pagada, otro sostenía que Anselmo había cobrado casi el doble y una mujer afirmaba que existía una denuncia previa. Ninguna versión contenía toda la historia y, sin embargo, cada una encontraba algún detalle verdadero al cual sujetarse. La Policía continuaba trabajando mientras los vecinos interpretaban cada

movimiento. Cuando un agente señaló hacia un extremo de la calle, alguien aseguró que ya sabían quién era responsable. Otro afirmó que existía un sospechoso y pocos minutos después una mujer contaba que ya lo habían detenido. La historia volvió a cambiar cuando alguien sostuvo que el supuesto responsable había escapado. Nadie podía describirlo, nadie había visto una detención y ninguna patrulla había salido persiguiendo a nadie, pero la falta de hechos parecía convertirse únicamente en espacio disponible para inventarlos.

Cerca de las diez, la tendera decidió cerrar. Bajó una de las puertas metálicas y dejó la otra a medio camino, quizá porque todavía quería observar lo que ocurría. Antes de terminar, una mujer apareció apresurada y le pidió dos panes. La tendera protestó, pero terminó entregándoselos por el espacio que quedaba abierto. La clienta recibió la funda y, casi por costumbre, prometió pagar al día siguiente. Las dos permanecieron en silencio durante un instante y terminaron mirando hacia la cinta amarilla. La tendera cambió de opinión y pidió que pagara en ese momento. La mujer buscó unas monedas en el bolsillo y canceló los panes sin discutir. Ninguna consideró graciosa la coincidencia porque, después de todo aquello, incluso una deuda diminuta había dejado de parecer completamente inocente.

En una esquina, una anciana observaba desde una silla de plástico. Llevaba más de treinta años viviendo allí y había visto levantarse las primeras casas, llegar familias enteras con colchones amarrados sobre camionetas y crecer a los niños que alguna vez jugaron fútbol en calles de tierra. También había visto matrimonios comenzar con música y terminar con maletas, hombres marcharse buscando

trabajo, mujeres esperar durante años y patrullas aparecer por problemas que un día parecieron insignificantes. Un muchacho permanecía a su lado intentando obtener alguna explicación y la mujer respondía con pocas palabras. Cuando él le preguntó si sabía que existían problemas entre las personas involucradas, ella le recordó que en el barrio todos tenían problemas con alguien y que las desgracias grandes rara vez comenzaban siendo grandes; normalmente empezaban con una palabra, una molestia, una promesa incumplida o algo tan pequeño que nadie encontraba razones para preocuparse cuando todavía podía detenerlo. El joven quiso saber si creía que aquella muerte realmente se debía al dinero y la anciana respondió que el dinero podía haber sido únicamente una parte. Después señaló algo que el muchacho no entendería completamente hasta mucho más tarde: al día siguiente todos sabrían más de lo que sabían aquella noche y, al siguiente, aparecerían todavía más detalles, especialmente aquellos que nunca habían sucedido. La calle comenzó a vaciarse lentamente, no porque hubiera desaparecido la curiosidad, sino porque algunos tenían que madrugar y otros ya habían reunido suficiente información para regresar a casa y construir su propia versión.

El muchacho permaneció unos minutos más junto a la anciana y volvió a mirar el vehículo donde los agentes habían guardado el teléfono roto. Le parecía posible que aquel aparato terminara mostrando exactamente qué había sucedido y comentó que quizá, cuando revisaran la grabación, finalmente todos sabrían la verdad. La mujer no compartió su entusiasmo. Una cámara podía registrar algunos segundos, explicó, pero no los meses anteriores, las conversaciones, las promesas, los rumores ni todo aquello que había llevado a tantas personas a interpretar

de una determinada manera lo que veían aquella tarde. El joven permaneció pensando antes de volver a hacer la pregunta que parecía interesarle más que cualquier otra: cuánto dinero había empezado todo aquello. Una luz azul cruzó el rostro de la anciana y después una roja antes de que respondiera que habían sido cincuenta dólares. El muchacho creyó haber escuchado mal y repitió que nadie mataba por cincuenta dólares. La anciana lo observó durante algunos segundos y estuvo, por primera vez, completamente de acuerdo con él, porque los cincuenta dólares no habían empujado a Anselmo, no habían formado la multitud, no habían inventado amenazas ni habían creado una denuncia inexistente; eran solamente una cantidad que había pasado de unas manos a otras muchos meses antes y todo lo demás había llegado después.

Siete meses antes, aquella calle no tenía cintas amarillas, ambulancias ni policías reconstruyendo movimientos alrededor de un borde de cemento. Ningún teléfono con la pantalla destruida descansaba dentro de una bolsa de evidencia y los vecinos todavía no tenían una muerte que explicar. Era sábado y el mercado estaba lleno. El aire mezclaba olores de frutas maduras, carne, frituras, plástico nuevo y ropa que llevaba demasiado tiempo guardada en cajas. Los vendedores gritaban precios, las personas avanzaban lentamente entre puestos estrechos, un niño lloraba porque quería un juguete y una mujer discutía el precio de unos tomates mientras un hombre atravesaba el lugar cargando un televisor usado sobre el hombro. Entre todos ellos caminaba Anselmo sin ninguna prisa. Llevaba el cabello largo, una barba abundante, una camiseta gris demasiado grande, un pantalón ancho y zapatos gastados. Nada en su apariencia hacía pensar que

tuviera dinero y quizá precisamente por eso había conseguido conservarlo. No compraba por impulso ni aceptaba el primer precio que le daban; antes de sacar un billete necesitaba estar convencido de que aquello que iba a recibir realmente valía lo que le pedían.

Se detuvo frente a un puesto de ropa y tomó una camiseta negra. Revisó las costuras, estiró ligeramente la tela y preguntó cuánto costaba. La vendedora pidió doce dólares y él ofreció ocho. Cuando ella se negó, dejó la camiseta sobre el puesto y continuó caminando sin discutir. La mujer empezó a reducir el precio: primero once, después diez y finalmente nueve. Anselmo siguió alejándose hasta escuchar una última oferta de ocho dólares con cincuenta centavos. Solo entonces regresó, sacó ocho billetes y una moneda de cincuenta y los dejó sobre la mesa. La vendedora no pudo evitar señalar que casi se marchaba sin camiseta por medio dólar y él respondió que cincuenta centavos también eran dinero; si realmente no importaran, ella misma habría podido perdonárselos. La mujer tardó demasiado en encontrar una respuesta y, cuando estuvo preparada para hacerlo, Anselmo ya se alejaba con la compra. Unas cuadras después compró una botella pequeña de agua, preguntó el precio antes de abrirla, pagó y comprobó el cambio antes de guardarlo. No lo hacía porque desconfiara particularmente del vendedor, sino porque desconfiaba del error. Estaba convencido de que muchas pérdidas pequeñas comenzaban precisamente allí, cuando alguien decidía que unos centavos no justificaban revisar una cuenta, cuando aceptaba una cantidad sin comprobarla o cuando consideraba que algo era demasiado pequeño para merecer atención. Para Anselmo, el dinero costaba demasiado trabajo como para perderlo simplemente por no contar.

Nadie que lo hubiera observado aquella mañana habría imaginado que llevaba varios billetes cuidadosamente doblados dentro de un bolsillo interior y mucho menos habría sospechado que una parte de ese dinero terminaría resolviendo problemas ajenos. Mientras caminaba, su teléfono vibró. Un conocido necesitaba veinte dólares y le pedía un favor; antes de que pudiera responder apareció otro mensaje de alguien que necesitaba treinta hasta el viernes y poco después una tercera notificación mostró otro nombre, otra necesidad y una cantidad diferente: cincuenta dólares. La cifra consiguió que se detuviera. Sacó del bolsillo una pequeña libreta barata, de esquinas dobladas por el uso, y la abrió aproximadamente por la mitad. En sus páginas había nombres, fechas, cantidades y números encerrados en círculos. Algunos registros estaban atravesados por una línea que indicaba que la obligación había terminado; otros permanecían abiertos porque el dinero todavía no había regresado. Revisó varias anotaciones antes de cerrar la libreta y guardarla nuevamente. Respondió al primero de los mensajes indicándole que fuera a verlo a las cinco, al segundo le preguntó cuándo cobraba y dejó el tercero sin respuesta durante algunos minutos. Cincuenta dólares requerían pensarlo con más cuidado, no porque no tuviera esa cantidad, sino precisamente porque la tenía y quería estar seguro de que, si salía de sus manos, terminaría regresando.

Cuando abandonó el mercado llevaba una camiseta de ocho dólares con cincuenta centavos, una botella de agua a medio terminar y suficiente dinero escondido entre sus bolsillos para solucionar varias necesidades ajenas. No tenía automóvil, no vestía marcas costosas, evitaba los restaurantes caros y no cambiaba de teléfono mientras el

anterior continuara funcionando. Le parecía incomprensible pagar veinte dólares por algo que podía conseguir en diez, del mismo modo que nunca había entendido por qué alguien prometía devolver dinero en una fecha que sabía que difícilmente podría cumplir. Para él, ambas decisiones pertenecían al mismo problema: gastar o prometer como si después no existieran consecuencias. Antes de salir completamente del mercado, una mujer que vendía frutas lo reconoció y le dijo que más tarde necesitaba conversar con él. Anselmo ni siquiera preguntó de qué se trataba y quiso saber directamente cuánto necesitaba. Ella empezó a reír porque todavía no le había pedido nada, pero él respondió que resultaba bastante evidente que terminaría haciéndolo. La mujer lo dejó continuar y, cuando estuvo suficientemente lejos, comentó con la vendedora del puesto vecino que aquel hombre parecía oler cuándo alguien necesitaba dinero. La otra acomodó unas naranjas y respondió que probablemente lo que sabía detectar mejor era cuándo alguien no iba a devolvérselo.

Anselmo continuó caminando sin saber que todavía no conocía a Ely, que no había compartido una mesa con su familia ni había conocido a su madre. Los cincuenta dólares que meses después todos recordarían aún no habían pasado de sus manos a las de aquella mujer, y ninguna deuda había encontrado todavía la manera de convertir una relación familiar en una discusión pública. Su libreta continuaba siendo únicamente una forma de ordenar nombres, cantidades y fechas, mientras el teléfono que llevaba en el bolsillo seguiría funcionando durante mucho tiempo y jamás sería el aparato que siete meses después terminaría roto sobre la calle, porque aquel pertenecería a uno de los vecinos que observarían una

historia ajena desde detrás de una pantalla hasta que la realidad ocurriera demasiado rápido para caber completamente dentro de ella.

Faltaban siete meses para que una ambulancia saliera de aquella calle con Anselmo todavía vivo, para que horas después llegara desde el hospital la noticia de su muerte y para que una cinta amarilla terminara separando a los vecinos del lugar donde había caído. Faltaban siete meses para que la Policía guardara un teléfono de pantalla destruida como evidencia, para que algunas personas hablaran de amenazas inexistentes y para que una denuncia que jamás había sido presentada terminara convertida en un hecho dentro de la memoria colectiva. Algunos explicarían la tragedia mediante el orgullo, otros hablarían de codicia y no faltarían quienes culparían exclusivamente al dinero, a la familia o a cualquiera que hubiera intervenido durante aquellos últimos minutos. Nadie conseguiría ponerse completamente de acuerdo porque, cuando finalmente llegara el momento de reconstruirlo todo, cada persona tendría una parte distinta de la historia y, por encima de los retrasos, los intereses, las discusiones, los rumores y la muerte, todos terminarían recordando la misma cantidad con la que había comenzado aquello que todavía no existía: cincuenta dólares.

CAPÍTULO 2

EL HOMBRE DE LA BARBA

Aquella tarde salieron de la casa de Anselmo veinte dólares en el bolsillo de una vecina, treinta en el de un albañil y cincuenta en manos de un hombre que había prometido regresar el viernes. Antes de dormir, las tres cantidades quedaron registradas en la pequeña libreta que acostumbraba llevar consigo, donde anotaba nombres, montos y fechas con una precisión que algunos podían considerar excesiva, aunque para él se trataba simplemente de impedir que el dinero dependiera únicamente de la memoria. Mientras una cantidad tuviera un nombre y un vencimiento, sentía que todavía conservaba algún orden; las personas podían modificar sus explicaciones con el paso de los días, pero una fecha escrita resultaba bastante más difícil de reinterpretar.

En el barrio nadie sabía exactamente cuánto dinero tenía. Lo único que todos parecían conocer era cuánto aparentaba tener: poco, quizá muy poco. Aquella diferencia entre su aspecto y la facilidad con que podía sacar cincuenta o cien dólares cuando decidía prestar había alimentado durante años la curiosidad de los vecinos. Su nombre era Anselmo, aunque pocas personas lo utilizaban con frecuencia; algunos preferían llamarlo el Barbón, otros el Prestamista y los más jóvenes habían comenzado a decirle el Banco, sobrenombre que terminó extendiéndose con tanta naturalidad que incluso quienes apenas habían hablado con él sabían perfectamente a quién se referían cuando alguien anunciaba que el Banco venía por la calle. Anselmo rara vez reaccionaba y

continuaba caminando como si aquella palabra perteneciera a cualquier otra persona.

La barba abundante y oscura dificultaba calcular su edad, mientras el cabello largo, unas veces suelto y otras recogido con una liga, contribuía a darle una apariencia que muchos reconocían desde lejos. Vestía casi siempre con camisetas amplias, pantalones holgados y zapatos baratos que podían pasar varias veces por el zapatero antes de que aceptara reemplazarlos. No parecía interesado en marcas ni en modas y utilizaba cada objeto mientras todavía pudiera cumplir su función. Una vez alguien se burló del estado de sus zapatos y Anselmo respondió que los pies no sabían dónde habían sido comprados; la frase circuló durante varios días como otra demostración de una tacañería que él nunca se molestaba demasiado en negar.

Le resultaba absurdo pagar más por algo que podía conseguir por menos y aquella manera de pensar se extendía bastante más allá de la ropa. Caminaba distancias considerables para evitar un transporte que juzgaba innecesario, comparaba precios antes de comprar y podía regresar a un establecimiento para reclamar unas monedas cobradas de más. No consideraba que existieran cantidades suficientemente pequeñas como para dejar de ser dinero, aunque tampoco utilizaba esa idea como un principio que necesitara explicar constantemente. Para él era una forma de comportamiento tan natural como cerrar una puerta antes de salir de casa o comprobar que llevaba las llaves antes de alejarse.

Sin embargo, aquello que más incomodaba a algunas personas no era su barba, su ropa ni la austeridad con que vivía, sino la manera en que escuchaba. Cuando alguien

hablaba con él, mantenía la mirada sobre su rostro y podía permanecer varios segundos sin responder. No utilizaba aquel silencio deliberadamente para intimidar, pero había descubierto que la mayoría de las personas soportaba mal una conversación en la que no recibía una reacción inmediata. Quien llegaba asegurando que necesitaba treinta dólares hasta el viernes terminaba explicando, sin que nadie se lo pidiera, que debía pagar la luz, que esperaba un ingreso, que además tenía otro gasto pendiente y que estaba completamente seguro de cobrar antes del fin de semana. Anselmo intervenía poco porque había aprendido que, cuando la gente necesitaba convencerlo, terminaba ofreciendo más información de la que inicialmente pensaba contar.

Vivía al final de una calle que llevaba años esperando ser asfaltada. Durante el invierno, el barro se acumulaba frente a las casas y en los días secos el polvo entraba por las ventanas y terminaba sobre los muebles. Las viviendas parecían formar parte de una construcción colectiva que nunca acababa: algunas tenían una sola planta, otras mantenían hierros sobresaliendo de la losa a la espera de un segundo piso y muchas conservaban paredes de bloque sin enlucir, puertas metálicas y ventanas protegidas por rejas. Los niños improvisaban arcos de fútbol con piedras, los vendedores ambulantes aparecían a determinadas horas y los vecinos sabían mucho más de las vidas de los demás de lo que normalmente estaban dispuestos a reconocer.

La casa de Anselmo encajaba perfectamente en aquel paisaje. Era pequeña, de una sola planta, con una puerta metálica y dos ventanas enrejadas. Dentro había una mesa, cuatro sillas que pertenecían a juegos diferentes, un sofá

viejo cubierto con una manta, un televisor con varios años de uso y una refrigeradora cuyo motor anunciaba ruidosamente cada vez que empezaba a trabajar. Nada parecía haber sido comprado para impresionar a alguien y Anselmo tampoco encontraba razones para hacerlo, pues mientras el televisor mostrara una imagen, las sillas siguieran sosteniendo personas y la refrigeradora mantuviera los alimentos fríos, no veía ningún problema que justificara reemplazarlos.

Un vecino que había entrado alguna vez terminó preguntándole para qué quería tanta plata si vivía de aquella manera. Anselmo observó los muebles que el hombre señalaba con la mirada y quiso saber a qué manera se refería exactamente. Después de algunas dudas, el vecino respondió que vivía como si no tuviera dinero y Anselmo, tras guardar silencio durante unos segundos, contestó que quizá precisamente por vivir así conseguía conservarlo. El hombre se rio y él continuó tomando café sin darle a la respuesta una importancia especial.

Aquella contradicción era una de las razones por las que nadie conseguía ponerse completamente de acuerdo sobre él. El mismo hombre capaz de caminar una distancia considerable para ahorrarse un pasaje podía sacar cincuenta, cien o incluso doscientos dólares cuando alguien necesitaba un préstamo. No siempre lo hacía. Había personas que llegaban convencidas de que bastaba con pedir una cantidad y recibían como única respuesta que no había dinero, aunque todos sospecharan que aquello no era completamente cierto. Si insistían, Anselmo podía repetir la misma frase hasta que la conversación terminara, porque prefería declararse sin

efectivo antes que explicarle a alguien que no confiaba suficientemente en su capacidad para devolverlo.

Con los años surgieron distintas historias sobre el origen de sus ahorros. Algunos hablaban de una herencia, otros de un trabajo que nadie conocía y los más imaginativos insinuaban negocios sobre los que convenía no preguntar demasiado. También circulaba la versión de que guardaba efectivo enterrado en el patio y no faltaba quien asegurara, en tono de broma, que debía dormir encima de los billetes. Anselmo nunca confirmaba ni desmentía nada; su dinero permanecía invisible la mayor parte del tiempo y solo parecía adquirir existencia cuando alguien necesitaba una parte de él.

Tampoco necesitaba realizar investigaciones formales sobre quienes acudían a pedirle. En un barrio como aquel, la información económica circulaba con facilidad. Sabía quién cobraba quincenalmente, quién trabajaba por días, quién había perdido recientemente el empleo, quién esperaba una transferencia y quién llevaba semanas comprando fiado. Las conversaciones de la tienda, la cancha y la esquina terminaban revelando casi todo sin necesidad de formular preguntas directas y, cuando alguien se sentaba frente a él para explicar una necesidad, Anselmo muchas veces conocía ya una parte de la historia.

Una tarde, mientras tomaba café frente a la mesa donde descansaba su libreta, escuchó varios golpes rápidos en la puerta. Era Ramiro, un hombre que vivía cuatro calles más abajo y trabajaba en construcción cuando había trabajo y en cualquier otra cosa cuando no lo había. Llegó diciendo que necesitaba un favor y, ante el silencio de Anselmo, terminó reconociendo que se trataba de dinero. Necesitaba

cuarenta dólares y aseguraba que podría devolverlos el viernes, pero Anselmo quiso saber qué viernes porque no le gustaban expresiones como *la próxima semana*, *cuando me paguen* o *apenas pueda*. Había escuchado demasiadas veces cómo una promesa aparentemente precisa terminaba escondiéndose dentro de palabras semejantes.

Ramiro terminó dando una fecha exacta y Anselmo abrió la libreta antes de entregar nada. Allí descubrió que todavía quedaban cinco dólares pendientes de un préstamo anterior. El hombre pareció sorprendido, aseguró que creía haberlos pagado y revisó sus bolsillos hasta encontrar dos monedas. Propuso incorporar los tres dólares restantes a la nueva cantidad, pero el silencio de Anselmo consiguió que empezara a explicar para qué necesitaba el dinero, cuánto esperaba cobrar por un trabajo y quién debía pagarle. Cuando terminó, Anselmo fue a buscar cuarenta y tres dólares, los contó sobre la mesa y le explicó cuánto tendría que devolver y en qué fecha esperaba recibirlo. Ramiro consideró demasiado alto el interés y protestó durante algunos minutos, pero Anselmo no discutió ni intentó convencerlo; dejó los billetes sobre la mesa y le hizo saber que podía marcharse sin ellos si las condiciones no le convenían. Después de observarlos durante algunos segundos, Ramiro terminó guardándolos.

Cinco minutos más tarde regresó porque había encontrado tres dólares en otro bolsillo y quiso completar la deuda anterior. Anselmo recibió las monedas y corrigió la anotación correspondiente. Ramiro aprovechó para afirmar que aquello demostraba que era un buen pagador y consiguió arrancarle una sonrisa, aunque Anselmo le recordó que encontrar tres dólares después de olvidar que debía cinco todavía no constituía una hazaña financiera.

Cuando el hombre se marchó, el café estaba completamente frío y Anselmo se lo bebió de todas maneras, porque no veía razones para calentar una taza que podía tomarse tal como estaba.

Dos días después apareció Lucía, una mujer que vivía con sus hijos cerca de la cancha y que ya le debía veinticinco dólares. Llevaba una funda de farmacia entre las manos y explicó que uno de los niños estaba enfermo y que le faltaban dieciocho dólares para completar los medicamentos. Había dudado antes de ir precisamente por la deuda anterior y esperaba cobrar algunas horas de limpieza, aunque todavía no sabía exactamente cuándo podría hacerlo. Anselmo observó la funda, escuchó la explicación y entró en la casa; regresó con veinte dólares, y cuando Lucía le recordó que únicamente había pedido dieciocho, respondió que en una farmacia casi siempre aparecía algún gasto que uno no había calculado.

La mujer quiso saber cuánto interés tendría que pagar y Anselmo explicó que aquella vez no cobraría ninguno. Después preguntó cuándo debía devolver el dinero y, tras pensarlo unos segundos, él respondió que podía hacerlo cuando pudiera. La deuda quedó registrada, pero sin interés ni fecha exacta. Anselmo no la perdonó ni la convirtió en regalo, porque su manera de mostrar consideración rara vez consistía en fingir que algo no había ocurrido. Podía ampliar un plazo, eliminar un interés o entregar un poco más de lo solicitado cuando consideraba que las circunstancias lo justificaban, pero seguía esperando que aquello que había salido de sus manos regresara algún día. Para él, ayudar a una persona y recordar que existía una cantidad pendiente no eran acciones necesariamente contradictorias.

Esa manera de actuar explicaba parte de las opiniones enfrentadas que circulaban sobre él. Quienes habían pagado intereses altos podían describirlo como alguien de quien convenía mantenerse lejos, mientras quienes habían recibido tiempo adicional o una excepción recordaban exactamente al mismo hombre como una persona razonable. Anselmo no parecía especialmente preocupado por reconciliar aquellas versiones. Nunca se había presentado como benefactor y tampoco consideraba que cada necesidad lo obligara a entregar dinero; prestaba cuando estaba dispuesto a asumir el riesgo y establecía condiciones que la otra persona podía aceptar o rechazar.

Los viernes aparecían con tanta frecuencia en las promesas de sus deudores que había terminado considerándolos el día menos confiable de la semana. El viernes pagaban, el viernes cobraban, el viernes recibían una transferencia y el viernes resolvían todo aquello que durante los demás días parecía imposible; después llegaba el viernes y aparecía otro. Anselmo podía conceder tiempo cuando la razón le parecía comprensible, pero le molestaba que una fecha presentada inicialmente como segura comenzara a transformarse después del vencimiento en una sucesión de posibilidades cada vez menos precisas.

Una tarde de viernes estaba sentado frente a su casa cuando vio pasar a una mujer que le debía treinta dólares. Llevaba dos fundas de compras y, apenas lo reconoció, redujo ligeramente el paso. Anselmo levantó una mano para saludarla y no mencionó la deuda ni dirigió deliberadamente la mirada hacia lo que llevaba; aun así, la mujer continuó caminando con la sensación de que la carne, las verduras, las galletas y la botella de gaseosa que

acababa de comprar necesitaban una explicación. Aceleró el paso sin que él pronunciara una sola palabra y, esa misma noche, alguien comentó en la tienda que el Barbón era capaz de cobrar hasta con los ojos. La observación provocó risas y algunas historias sobre lo incómodo que resultaba deberle a alguien que vivía a pocas casas de distancia. Uno de los presentes afirmó que prefería deberle a un banco porque, al menos, el banco llamaba por teléfono y no podía aparecer en la misma tienda donde uno compraba pan. Las bromas disminuyeron cuando Anselmo pasó por la esquina, saludó con normalidad y continuó caminando sin saber exactamente qué se había dicho antes de su llegada.

Lo que pocos comprendían era que a Anselmo tampoco le agradaba perseguir a quienes le debían. Cada cobro significaba recordar fechas, escuchar explicaciones y dedicar tiempo a recuperar algo que, según el acuerdo inicial, debía regresar por sí solo. Por eso valoraba especialmente a quienes aparecían el día convenido, colocaban el dinero sobre la mesa y cerraban la cuenta sin necesidad de recordatorios. Esos nombres recibían una pequeña señal en la libreta cuyo significado solo él conocía y que podía determinar que, ante una nueva necesidad, estuviera dispuesto a prestar una cantidad mayor.

Para Anselmo, la confianza no dependía demasiado de cuánto quisiera a alguien ni de cuántos años llevara conociéndolo, sino de la distancia entre lo que aquella persona había prometido y aquello que finalmente hacía. Alguien cercano podía perder rápidamente su crédito después de varios incumplimientos, mientras una persona con quien apenas tenía trato podía ganarlo cumpliendo

exactamente aquello que había dicho. Durante años aquella lógica le había permitido mantener suficientemente separados el afecto y el dinero, dos territorios que prefería no mezclar porque cada uno obedecía reglas diferentes.

Hasta entonces el sistema había funcionado. Algunas personas se retrasaban, otras pedían nuevos plazos y de vez en cuando alguien desaparecía durante un tiempo, pero casi todas las dificultades podían terminar reducidas a una decisión concreta: esperar, insistir, cobrar intereses, renunciar a una parte o dejar de prestar. Una vez recuperado el dinero, la cuenta se tachaba y la vida continuaba. La sencillez de aquella lógica dependía, sin embargo, de algo que Anselmo nunca había necesitado examinar demasiado: una deuda podía producir incomodidad, discusiones e incluso enemistades temporales, pero al terminar cada persona regresaba a su propia vida y la cantidad dejaba de tener una razón para permanecer entre ellas. Mientras el dinero y los afectos importantes continuaran ocupando espacios distintos, la libreta podía seguir funcionando como una frontera suficientemente clara.

Aquella noche, después de revisar los pagos previstos para los días siguientes, Anselmo cerró la libreta y la guardó en el mismo lugar de siempre. No había encontrado nada especialmente preocupante y continuaba convencido de que cualquier problema económico podía resolverse tarde o temprano mediante una cifra, una fecha o una decisión. Durante años no había necesitado preguntarse qué ocurriría si alguna vez cerrar una cuenta dejaba de ser suficiente para recuperar todo aquello que una deuda podía haber modificado mientras permanecía abierta.

CAPÍTULO 3

LA LIBRETA

La libreta de Anselmo no tenía nada que justificara, a simple vista, el cuidado con que la trataba. Era pequeña, de tapas oscuras, hojas cuadriculadas y esquinas vencidas por el uso; podía comprarse una semejante en cualquier papelería del barrio por poco más de un dólar y ni siquiera llevaba su nombre en la portada. Sin embargo, perderla habría resultado para él mucho más grave que extraviar la billetera, porque en esta se encontraba únicamente el dinero que llevaba consigo durante ese día, mientras aquellas páginas contenían el registro de todo aquello que todavía permanecía en manos ajenas.

Los apuntes seguían una estructura sencilla. Anselmo escribía un nombre, una cantidad, las condiciones acordadas y una fecha, convencido de que cuanto más simple fuera un acuerdo, menos espacio existiría después para recordar cosas diferentes. Si entregaba cuarenta dólares, anotaba cuarenta; si debían regresar cincuenta, escribía cincuenta y, si el compromiso era para el día quince, evitaba expresiones como *a mediados de mes* o *cuando me paguen*. Durante años aquella manera elemental de organizar los préstamos había resultado suficiente porque casi todas las dificultades podían terminar reducidas a una pregunta concreta: qué había prometido una persona y qué había hecho finalmente con aquella promesa.

Aquella mañana abrió la libreta sobre la mesa y comenzó a recorrer las cuentas pendientes. No lo hacía únicamente para calcular cuánto dinero permanecía fuera de sus

manos, porque cada nombre representaba también un antecedente. Algunas personas aparecían varias veces y junto a ellas existía una pequeña marca cuyo significado solo él conocía; otras habían conseguido que su nombre quedara acompañado por una advertencia suficientemente clara como para impedir un nuevo préstamo. Sin proponérselo, Anselmo había construido dentro de aquellas páginas una memoria que no registraba únicamente cifras, sino también la manera en que cada persona se comportaba cuando tenía dinero ajeno en las manos.

Rosa pertenecía al grupo de quienes habían conseguido ganarse su confianza. Vendía empanadas por las mañanas y meses atrás había pedido quince dólares para completar el dinero de un cilindro de gas. Prometió devolverlos tres días después, pero apareció al cuarto con doce y reconoció inmediatamente que todavía le faltaban tres. Anselmo contó el dinero, escuchó la explicación y aceptó una nueva fecha sin convertir el retraso en una discusión. Rosa, que había llegado preparada para soportar un reclamo, terminó preguntándole si no iba a decir nada por los tres dólares faltantes. Él no entendió por qué tendría que hacerlo: ella había aparecido por voluntad propia, había entregado casi todo y acababa de establecer un nuevo día para completar la cantidad. Si regresaba entonces, el problema estaría resuelto.

Al día siguiente Rosa cumplió. Anselmo recibió los tres dólares restantes, añadió aquello que correspondía según el acuerdo y trazó una línea sobre la deuda. Antes de cerrar la libreta colocó junto al nombre de la mujer una pequeña marca que ella no alcanzó a comprender, pero que significaba que podía volver a pedirle dinero. Para

Anselmo, aquel día adicional tenía menos importancia que la manera en que Rosa había enfrentado el retraso. No había necesitado buscarla ni descubrir dónde estaba, tampoco escuchar primero una cadena de excusas; la mujer había reconocido por sí misma que todavía debía y había regresado con aquello que podía entregar.

Marcelo representaba un caso todavía más sencillo. Conducía una motocicleta vieja con la que hacía entregas y había solicitado ciento veinte dólares para repararla después de una avería. Anselmo sabía que trabajaba prácticamente todos los días y comprendía que cada jornada sin vehículo significaba también un día sin ingresos, de modo que escuchó la explicación, estableció las condiciones y entregó la cantidad. Exactamente dos semanas después, Marcelo apareció con todo lo acordado. No hubo mensajes, recordatorios ni conversaciones intermedias; colocó el dinero sobre la mesa, esperó mientras Anselmo lo contaba y preguntó si estaban en paz. Cuando recibió la confirmación, se marchó con la misma pequeña marca que ya tenía Rosa junto a su nombre. Para otras personas la confianza podía construirse mediante años de amistad; para Anselmo, a veces bastaba con que alguien hiciera exactamente aquello que había dicho que haría.

Víctor ocupaba el extremo contrario. Junto a su nombre aparecían ochenta dólares y una advertencia escrita con suficiente firmeza para impedir que incluso el propio Anselmo pudiera reinterpretarla después: NO PRESTAR NUEVAMENTE. Había asegurado que pagaría el viernes siguiente, pero después de aquel viernes llegó otro y finalmente transcurrió un mes completo. Durante ese tiempo desarrolló una habilidad especial para evitar

cualquier encuentro con su acreedor. Si veía entrar a Anselmo en una tienda, recordaba repentinamente que necesitaba comprar en otro lugar; si distinguía desde lejos el cabello largo y la barba, encontraba alguna esquina por donde desviarse. En una ocasión llegó incluso a entrar en la casa de un vecino con quien apenas tenía trato y fingió haber pasado a saludar. El dueño miró por la ventana, vio a Anselmo caminando por la calle y comprendió inmediatamente la naturaleza de aquella visita inesperada.

Víctor terminó pagando, aunque necesitó varios meses y una sucesión de pequeños abonos. Cuando finalmente entregó el último billete, experimentó el alivio de quien considera que un problema ha desaparecido por completo y, antes de marcharse, comentó que quizá volvería a necesitar dinero en otra ocasión. Anselmo abrió la libreta, le mostró las fechas acumuladas junto a su nombre y explicó que haber terminado de pagar significaba únicamente que ya no existía una deuda. Víctor insistió en que aquello debería ser suficiente, pero para Anselmo recuperar el dinero y recuperar la confianza eran operaciones diferentes. La línea sobre el saldo cerraba una obligación económica; las fechas que permanecían al lado explicaban por qué aquel nombre no volvería a recibir otro préstamo.

La diferencia entre Rosa y Víctor resumía buena parte del sistema mejor que cualquier explicación. Ambos habían necesitado más tiempo del inicialmente prometido y ambos terminaron devolviendo el dinero, pero la forma en que atravesaron el retraso había sido completamente distinta. Rosa apareció antes de que Anselmo necesitara buscarla y entregó aquello que tenía; Víctor convirtió durante meses cada posible encuentro en una maniobra de

evasión. Para Anselmo, el retraso era únicamente una circunstancia hasta que la conducta de quien debía comenzaba a darle otro significado.

Al continuar recorriendo las páginas encontró el nombre de Lucía. Los veinte dólares destinados a los medicamentos de su hijo continuaban abiertos y no tenían interés. La mujer todavía no había podido devolverlos, aunque Anselmo sabía que el niño había seguido enfermo durante varios días y que ella apenas conseguía algunas horas de trabajo. Podía buscarla y establecer una fecha, pero decidió esperar porque no consideraba que la paciencia debiera distribuirse exactamente igual entre todas las personas ni encontraba contradicción en conceder tiempo a alguien cuya dificultad podía comprender. Esperar no significaba olvidar que existía una deuda, sino reconocer que cobrar en aquel momento no produciría dinero donde simplemente no lo había.

Aquella flexibilidad no convertía su sistema en una forma de caridad. Anselmo podía eliminar un interés, ampliar un plazo o aceptar pagos parciales, pero seguía existiendo una regla situada por encima de casi todas las demás: nunca entregaba dinero que después no estuviera dispuesto a cobrar. El principio no significaba únicamente que pudiera soportar económicamente perder veinte, cincuenta o cien dólares. Prestar implicaba aceptar desde el primer momento que quizá llegaría el día en que tendría que mirar a aquella persona y recordarle lo prometido; si sabía de antemano que sería incapaz de hacerlo, prefería guardar el dinero.

Había visto demasiadas veces el mecanismo contrario. Alguien prestaba a un amigo, vecino o familiar porque le

daba vergüenza negarse y después pasaba semanas esperando que la otra persona recordara espontáneamente la obligación. Al principio no decía nada por prudencia, luego callaba por incomodidad y finalmente terminaba reclamando cuando el resentimiento ya había crecido mucho más que la cantidad original. El deudor se sorprendía porque había interpretado el silencio como paciencia y quien había prestado descubría que llevaba semanas acumulando una molestia que jamás había expresado. Para entonces una suma pequeña podía ocupar conversaciones enteras y alterar relaciones que, antes de la entrega del dinero, parecían no tener ninguna relación con ella.

Por esa misma razón, Anselmo desconfiaba especialmente de los préstamos realizados mediante terceros. Una vez un vecino llegó buscando ciento veinte dólares para su hermano e intentó convencerlo asegurando que se trataba de una persona responsable. Anselmo quiso saber si alguna vez le había prestado personalmente y, cuando recibió una respuesta negativa, preguntó cómo podía garantizar la manera en que alguien pagaba si nunca había tenido que cobrarle. El vecino insistió en que respondería por su hermano, pero Anselmo planteó una cuestión mucho más concreta: con qué dinero pensaba hacerlo si ni siquiera tenía los ciento veinte dólares necesarios para prestárselos él mismo. La conversación terminó poco después y el hombre se marchó diciendo que pedirle dinero a Anselmo se parecía demasiado a rendir un examen. Dos semanas más tarde, el hermano consiguió la cantidad en otro lugar y no pagó. Anselmo se enteró, pero no buscó a nadie para celebrar que había tenido razón; simplemente continuó con sus cuentas.

Con las personas demasiado cercanas era todavía más cuidadoso, no porque desconfiara necesariamente de ellas, sino porque sabía que cobrarles producía consecuencias diferentes. Un vecino podía enfadarse, evitarlo durante algún tiempo y después cada uno regresaría a su propia casa; incluso un amigo podía alejarse y recuperar la relación más adelante. La familia, en cambio, tenía que volver a encontrarse en cumpleaños, almuerzos, enfermedades, funerales y celebraciones donde tarde o temprano alguien terminaría preguntando por qué dos personas ya no se hablaban.

Había aprendido además que algunas de las disputas más difíciles empezaban precisamente con una frase que parecía generosa: *no te preocupes, págame cuando puedas*. El problema no estaba en pronunciarla, sino en descubrir meses después que *cuando puedas* significaba una cosa para quien había prestado y otra completamente distinta para quien debía. Anselmo prefería una fecha concreta o, si consideraba que establecerla podía terminar perjudicando una relación importante, prefería no entregar nada. Por esa razón, cuando alguna persona cercana intentaba convencerlo utilizando la confianza como argumento, podía responder que precisamente porque confiaba prefería mantener el dinero fuera de aquella relación. Algunos comprendían la lógica y otros se ofendían, pero Anselmo podía vivir con ambas cosas.

A media mañana cerró la libreta y salió a comprar arroz, café y jabón. Mientras esperaba frente al mostrador encontró nuevamente a Carmen, una mujer que debía cuarenta dólares y llevaba ya más de una fecha incumplida. Ella se detuvo al verlo, pidió una libra de carne y, antes de que Anselmo dijera nada, explicó que era

para sus hijos. Él tardó unos segundos en comprender por qué se justificaba y respondió únicamente que estaba bien. Carmen continuó aclarando que no estaba gastando irresponsablemente y terminó mencionando por iniciativa propia la deuda, mientras Anselmo intentaba explicarle que había ido únicamente a comprar arroz.

Pagó sus productos, revisó el cambio y se marchó. Carmen esperó hasta que estuviera suficientemente lejos para comentar con la tendera que aquel hombre parecía vigilar todo lo que hacía. La mujer recordó que Anselmo no había mencionado la deuda, no había preguntado qué compraba y tampoco había realizado ningún reclamo. Carmen reconoció que aquello era cierto, pero sostuvo que cuando una persona le debía dinero a otra sabía perfectamente lo que esa persona estaba pensando. Por la tarde, la historia ya había cambiado: según una versión, Anselmo la había reclamado delante de todos; otra afirmaba que le preguntó cómo podía comprar carne mientras todavía debía cuarenta dólares y alguien añadió incluso que había amenazado con no volver a prestarle. Nada de aquello había ocurrido, pero el rumor tenía una ventaja evidente sobre los hechos: podía eliminar aquello que resultaba aburrido y conservar únicamente la versión que mejor se dejaba contar.

Cuando Anselmo regresó a casa ignoraba completamente aquellas historias. Abrió nuevamente la libreta, corrigió una fecha, tachó una cuenta pagada y recorrió algunos nombres que representaban conductas diferentes. Rosa había necesitado un día más y cumplido; Marcelo apareció exactamente cuando prometió; Víctor terminó pagando demasiado tarde para recuperar su crédito; Lucía seguía necesitando tiempo y Carmen continuaba acumulando

fechas. A simple vista todos ocupaban páginas semejantes, pero Anselmo no encontraba ninguna razón para tratarlos de la misma manera. Para él, ser justo no significaba aplicar idéntica respuesta ante situaciones distintas, sino recordar cómo se había comportado cada persona cuando tuvo dinero ajeno en las manos.

Esa era la verdadera función de la libreta. Las páginas registraban cantidades, pero también terminaban convirtiendo el comportamiento en antecedentes. Una deuda podía desaparecer económicamente cuando se trazaba una línea sobre ella y, aun así, dejar detrás suficiente información para modificar cualquier decisión futura. La memoria de Anselmo tenía límites; el papel permitía conservar detalles que con el tiempo podían parecer insignificantes y que, sin embargo, influían directamente en la confianza que estaba dispuesto a depositar en alguien.

Hasta entonces todos los nombres allí registrados pertenecían a personas con quienes podía terminar una cuenta y después continuar su vida por separado. Podían enfadarse con él, evitarlo durante algunos días o hablar mal de su manera de cobrar, pero al final cada uno regresaba a su propia casa. La separación entre el dinero y los vínculos realmente importantes era precisamente aquello que mantenía funcionando el sistema, porque una deuda podía cerrarse sin obligarlo a continuar compartiendo la vida cotidiana con la persona que acababa de pagarla.

Por eso su regla de no prestar a quienes después no pudiera cobrar le parecía suficiente. Mientras el afecto y el dinero permanecieran en terrenos diferentes, cualquier

desacuerdo podía reducirse finalmente a una decisión económica: esperar, cobrar, aceptar un abono, dejar de prestar o dar la cuenta por perdida. La libreta estaba preparada para registrar todas esas posibilidades y Anselmo había pasado años creyendo que cinco datos podían organizar prácticamente cualquier préstamo: un nombre, una cantidad, una fecha, un interés y un vencimiento.

Lo que aquellas páginas nunca habían necesitado contener era algo mucho más difícil de escribir. No existía una columna capaz de establecer cuánto debía esperar por cariño, qué parte de una regla podía modificarse por parentesco o en qué momento una persona debía dejar de comportarse como acreedor para preservar una relación que valía más que el dinero pendiente. Hasta entonces Anselmo no había tenido razones para resolver ninguna de aquellas preguntas y precisamente por eso continuaba creyendo que su sistema era completo.

Cerró la libreta y la dejó sobre la mesa, convencido todavía de que distinguir entre las personas a quienes podía prestar y aquellas a quienes prefería mantener fuera de sus cuentas era una precaución suficiente. Durante años aquella frontera había permanecido clara y, mientras siguiera siendo así, nada obligaba a modificarla. Lo que aún no sabía era que las fronteras parecían especialmente seguras cuando todavía nadie había tenido una razón verdadera para cruzarlas.

CAPÍTULO 4

EL BANCO DE LOS POBRES

Nadie recordaba exactamente quién había sido el primero en llamar a Anselmo el Banco. Algunos aseguraban que el apodo había nacido entre los muchachos de la cancha y otros sostenían que surgió en la tienda, después de que una mujer saliera de su casa con cien dólares en el bolsillo y comentara, medio en broma y medio en serio, que acababa de conseguir un crédito sin llenar un solo formulario. Como ocurría con muchas historias del barrio, existían tantas versiones sobre el origen del nombre que resultaba imposible determinar cuál había sido realmente la primera. Lo único indiscutible era que el apodo terminó quedándose y, con el tiempo, incluso quienes apenas habían cruzado algunas palabras con Anselmo sabían perfectamente a quién se refería alguien cuando anunciaba que iba a visitar al Banco.

Al principio, la comparación le había parecido absurda. No tenía oficinas, empleados, escritorios de vidrio ni horarios de atención; tampoco imprimía estados de cuenta, entregaba tarjetas ni utilizaba palabras financieras para describir aquello que hacía. Prestaba dinero cuando consideraba que existía una posibilidad razonable de recuperarlo y cobraba una cantidad adicional por mantenerlo fuera de sus manos durante determinado tiempo. Sin embargo, después de varios años tuvo que reconocer que el sobrenombre describía con bastante precisión el lugar que había terminado ocupando dentro de una comunidad donde muchas personas podían necesitar dinero con urgencia y, al mismo tiempo, no

cumplir ninguno de los requisitos exigidos para obtenerlo en una institución formal.

A ciertas horas de la tarde no era extraño encontrar a alguien cerca de su casa esperando una oportunidad para hablar con él. Nunca formaban una fila porque nadie quería que pareciera que estaba haciendo cola para pedir dinero. Una mujer podía sentarse en el borde de la acera fingiendo descansar, un hombre permanecer apoyado contra una pared y un muchacho revisar el teléfono con un interés exagerado mientras esperaba que saliera quien estaba dentro. Todos intentaban comportarse como si la presencia de los demás no les importara y, al mismo tiempo, terminaban preguntándose cuánto necesitaba cada uno y para qué. En un barrio donde casi todos conocían las dificultades ajenas, pedir dinero conservaba una forma particular de vergüenza.

Las razones que llevaban a las personas hasta la puerta de Anselmo eran distintas, aunque casi siempre compartían un elemento: necesitaban una respuesta rápida. Algunos trabajaban por días, otros vendían alimentos, conducían motocicletas, limpiaban casas, reparaban objetos o dependían de ingresos que podían resultar suficientes una semana y desaparecer completamente la siguiente. Un préstamo formal podía exigir certificados, comprobantes, garantías y días de espera capaces de convertir una solución tardía en ninguna solución. Anselmo, en cambio, podía escuchar una necesidad, preguntar cuánto hacía falta, cuándo podía regresar el dinero y, dependiendo de la persona, tomar una decisión en pocos minutos. Esa rapidez tenía valor y todos lo sabían; el problema estaba en que también tenía un precio.

Manuel lo comprendió una tarde en que llegó buscando sesenta dólares. Trabajaba por días y llevaba varias semanas con ingresos irregulares, de modo que Anselmo escuchó la explicación y le indicó cuánto tendría que devolver. La cifra provocó una protesta inmediata porque Manuel consideró demasiado alto el interés, y Anselmo, en lugar de discutir, recogió los billetes que ya había colocado sobre la mesa y le recordó que ninguna persona estaba obligada a aceptar un préstamo cuyas condiciones considerara inconvenientes.

La respuesta irritó al hombre porque ambos sabían que aquella libertad tenía límites muy concretos. Manuel ya había intentado conseguir el dinero en una cooperativa y le habían solicitado un certificado laboral que no podía presentar precisamente porque trabajaba por días. La misma condición que le cerraba la puerta de una institución formal era una de las razones por las que Anselmo estaba dispuesto a escucharlo. Cuando Manuel señaló que cobraba más caro que una cooperativa, Anselmo lo reconoció sin intentar defenderse y le recordó que la diferencia no estaba únicamente en el precio, sino también en el acceso: la institución podía cobrar menos porque había decidido no prestarle; él cobraba más porque sí estaba dispuesto a asumir el riesgo.

Manuel encontró aquella explicación desagradablemente lógica. Volvió a mirar los billetes, preguntó una vez más cuánto tendría que devolver y terminó guardándolos. Antes de marcharse llamó a Anselmo insoportable y, ya desde la puerta, volvió a utilizar el apodo del barrio. Anselmo abrió la libreta, anotó la fecha y continuó con su café. La escena resumía una contradicción que se repetía con frecuencia: muchas personas podían considerar

excesivas sus condiciones y, aun así, regresar cuando la necesidad reducía suficientemente las alternativas.

Aquello no significaba que Anselmo entregara dinero a cualquiera que llegara con una historia convincente. Había aprendido que la urgencia de una persona no convertía automáticamente su petición en una buena decisión para él. Una tarde apareció Fabián, un muchacho que llevaba meses sin trabajo estable, y pidió cincuenta dólares evitando explicar para qué los necesitaba. Después de insistir durante algunos minutos, terminó reconociendo que quería salir con unos amigos. Anselmo se negó y, cuando Fabián aseguró que podía devolver el dinero el viernes, le respondió que, si realmente iba a disponer de cincuenta dólares dentro de pocos días, también podía esperar hasta entonces para salir.

El muchacho no encontró ninguna gracia en aquella lógica y se marchó llamándolo miserable. Anselmo cerró la puerta sin continuar la discusión. No creía tener autoridad para decidir cómo debía gastar cada persona su propio dinero, pero sí se atribuía el derecho de decidir para qué necesidades estaba dispuesto a arriesgar el suyo. La diferencia podía resultar arrogante para algunos, aunque para él era una consecuencia inevitable de prestar con recursos propios.

Tampoco acostumbraba negociar con alguien que estuviera borracho. Una noche, un hombre llegó insistiendo en que necesitaba treinta dólares inmediatamente. Anselmo le pidió que regresara al día siguiente y, cuando el visitante repitió que se encontraba perfectamente, volvió a ofrecerle exactamente la misma respuesta. Antes de marcharse, el hombre intentó

minimizar la cantidad diciendo que se trataba apenas de treinta dólares, pero Anselmo observó que, si realmente los necesitaba, la necesidad probablemente seguiría existiendo a la mañana siguiente. El hombre nunca regresó y aquella experiencia reforzó una conclusión que ya había aprendido varias veces: ciertas urgencias perdían buena parte de su importancia después de dormir.

En el fondo, Anselmo explicaba su actividad de una manera bastante distinta a quienes afirmaban que vendía dinero. Desde su perspectiva, aquello que realmente vendía era tiempo. Alguien necesitaba hoy una cantidad que esperaba conseguir dentro de una semana, quince días o un mes; él adelantaba ese momento y cobraba por permanecer sin ese dinero durante el intervalo. La explicación le parecía razonable, aunque muchas personas consideraban que aquella forma de formularlo únicamente hacía más elegante algo que seguía siendo aprovechar una necesidad.

Renato, un hombre que reparaba electrodomésticos, se lo dijo directamente una noche. Había acudido a pedir ochenta dólares porque necesitaba comprar una pieza sin la cual no podía terminar un trabajo y, por tanto, tampoco podía cobrarlo. Después de escuchar cuánto tendría que devolver dos días más tarde, acusó a Anselmo de enriquecerse con los problemas de otros. Él le recordó que el propio trabajo de Renato existía porque las cosas de otras personas se dañaban y necesitaban ser reparadas. El hombre respondió que aquello era distinto porque se trataba de su oficio; Anselmo reconoció que así era y añadió que precisamente por esa razón no comprendía demasiado la diferencia.

Renato terminó aceptando los ochenta dólares, compró la pieza, completó su trabajo y regresó dos días después con la cantidad acordada. Al salir comentó en la tienda que Anselmo era un ladrón. Dos meses más tarde volvió a tocar su puerta para pedirle dinero. No había cambiado de opinión sobre los intereses; simplemente había vuelto a encontrarse con una necesidad suficientemente urgente como para que su propia crítica dejara de servir como alternativa.

Aquella contradicción alimentaba buena parte de la fama del Banco. Las personas podían criticarlo y recurrir a él sin considerar que ambas acciones fueran incompatibles. Rosa, la mujer de las empanadas, se lo señaló una mañana mientras él compraba dos. Le dijo que muchas personas acudían a su casa porque no tenían otro lugar al que ir y que precisamente por eso podía cobrar menos. Anselmo reconoció tranquilamente que podía hacerlo, de la misma manera que también podía decidir no prestar. Para Rosa ambas cosas no eran equivalentes porque una persona necesitada podía carecer de alternativas, mientras que Anselmo sí podía elegir. Él no negó la desigualdad; simplemente no consideraba que disponer de una opción lo obligara necesariamente a utilizarla en beneficio de otra persona.

Antes de que se marchara, Rosa le agradeció nuevamente un préstamo antiguo y Anselmo le recordó que ya lo había pagado, de modo que no le debía gratitud. La mujer lo observó alejarse con la sensación de que resultaba difícil decidir qué era más extraño en aquel hombre: la naturalidad con que cobraba intereses o la poca necesidad que parecía tener de convertir cada préstamo en un favor personal.

Con el tiempo, la reputación empezó a crecer mucho más rápido que las operaciones reales. Algunas historias tenían una base reconocible y otras parecían haber nacido exclusivamente porque el barrio necesitaba un personaje suficientemente interesante para acompañar el apodo. Se decía que Anselmo había perseguido durante varios días a un deudor, aunque aquello nunca ocurrió; también circulaba la historia de que había confiscado un televisor para recuperar dinero, algo igualmente falso. La famosa lista negra tenía alguna relación con la realidad, aunque en verdad no era más que una serie de anotaciones privadas junto a nombres de personas a quienes no pensaba volver a prestar. Como Anselmo rara vez se preocupaba por desmentir cada versión, su silencio terminaba ofreciendo a los rumores un espacio donde crecer.

Curiosamente, aquella fama podía facilitarle los cobros. Andrés, por ejemplo, apareció una tarde un día antes de su vencimiento para devolver treinta dólares. Anselmo le recordó que todavía podía esperar hasta el día siguiente, pero el muchacho explicó que prefería quitarse el asunto de encima porque uno escuchaba cosas. No quiso aclarar qué cosas había escuchado y Anselmo tampoco insistió. Contó el dinero, tachó la deuda y recomendó no creer demasiado en lo que decía la gente, aunque ambos sabían que resultaba prácticamente imposible vivir en aquel barrio sin hacerlo.

La economía informal había existido mucho antes que Anselmo. La tienda permitía llevar arroz o leche y pagar después, los familiares se prestaban pequeñas cantidades cuando podían y los vecinos resolvían entre ellos urgencias que no justificaban acudir a una institución. Anselmo no había inventado ninguna de aquellas

prácticas. Lo que lo diferenciaba era la regularidad con la que disponía de efectivo y, sobre todo, la memoria que mantenía de cada acuerdo. Las personas sabían dónde encontrarlo cuando necesitaban dinero y también sabían que él seguiría viviendo exactamente en las mismas calles cuando llegara el momento de devolverlo.

Esa cercanía convertía una deuda pequeña en algo mucho más visible que una obligación varias veces mayor con una institución financiera. Anselmo no necesitaba vigilar a nadie para que algunas personas sintieran que estaban siendo observadas; bastaba compartir la misma tienda, atravesar las mismas calles y coincidir en los mismos lugares. Un banco podía enviar llamadas y mensajes, pero carecía de rostro cuando alguien salía de una panadería con una funda de compras. Anselmo, en cambio, podía estar casualmente al otro lado de la calle.

Una tarde varios hombres conversaban frente a la cancha y terminaron comparando precisamente aquellas dos formas de deuda. Uno aseguró que debía varios miles de dólares al banco y dormía con bastante tranquilidad, mientras otro recordó que, cuando había debido veinte a Anselmo, evitaba pasar por determinada esquina. Las primeras risas fueron inevitables, pero el hombre defendió su postura señalando que podía dejar de responder las llamadas del banco durante algunas horas y fingir que el problema estaba lejos, mientras que resultaba mucho más difícil ignorar una deuda si la persona a quien se debía podía encontrarse tomando una Coca-Cola en la misma tienda donde uno entraba a comprar pan.

Alguien terminó concluyendo que quizá era mejor deber miles de dólares al banco que cincuenta a un pobre. La

frase provocó carcajadas y sobrevivió más allá de aquella conversación porque conseguía resumir en pocas palabras algo que muchos comprendían por experiencia. Cuando Anselmo apareció cerca de la cancha unos minutos después y le contaron de qué estaban hablando, quiso saber únicamente si alguno de ellos le debía algo. Como todos respondieron que no, les recomendó continuar tranquilos y siguió caminando.

Después de que se alejara, uno de los hombres comentó que conseguía producir miedo sin amenazar a nadie. Otro consideró exagerada la afirmación y el primero respondió que quizá cambiaría de opinión el día en que le debiera dinero. Nadie concedió demasiada importancia a aquella conversación y el partido empezó poco después, pero algunas frases tienen una capacidad particular para sobrevivir cuando describen una sensación que ya existía antes de ser pronunciada.

Hasta entonces nada verdaderamente grave había ocurrido alrededor de Anselmo. Existían retrasos, discusiones, insultos ocasionales y personas que preferían cambiar de acera antes de encontrarse con él, pero tarde o temprano el dinero solía regresar y una línea sobre la libreta cerraba la mayoría de los conflictos. Precisamente por eso, una visita de Víctor consiguió incomodarlo más de lo habitual.

El hombre apareció una noche mientras Anselmo cenaba. Era el mismo de los ochenta dólares cuya deuda había tardado meses en cerrarse y cuyo nombre permanecía acompañado por la advertencia de no volver a prestarle. Víctor necesitaba ahora doscientos dólares y comenzó a explicar que se trataba de una emergencia, pero Anselmo se negó antes de escuchar todos los detalles. No estaba

reclamándole dinero ni castigándolo por aquello que ya había pagado; simplemente consideraba que el historial anterior mostraba suficiente información para no repetir la experiencia.

Víctor interpretó aquella negativa de otra manera. Le reprochó que quisiera castigarlo indefinidamente por errores pasados y que se sintiera superior porque tenía dinero guardado. Anselmo trató de explicarle que la deuda anterior había desaparecido, pero no así la forma en que había tenido que cobrarla. Víctor recordó que había terminado pagando todo y Anselmo estuvo de acuerdo: precisamente por eso ya no le reclamaba nada. Lo único que se negaba a hacer era entregarle una cantidad nueva.

La discusión subió de tono sin llegar a convertirse en una amenaza concreta. Antes de marcharse, Víctor le recordó que algún día también podría necesitar ayuda de otras personas. Anselmo reconoció que aquello era posible y cerró la puerta después de verlo alejarse. Durante algunos minutos permaneció junto a la entrada antes de regresar a la mesa, más incómodo por la intensidad de la conversación que por cualquiera de las palabras pronunciadas.

A la mañana siguiente encontró una piedra pequeña dentro del patio. La recogió y la examinó sin recordar si había estado allí antes. No había ventanas rotas, marcas en la pared ni indicios de que alguien hubiera intentado entrar, de modo que podía haber sido lanzada por un niño, haber caído días antes o simplemente haber pasado inadvertida hasta ese momento. Anselmo miró hacia la calle y encontró la escena habitual: una mujer barriendo, dos niños detrás de una pelota y un perro dormido bajo un

automóvil. Durante unos segundos pensó inevitablemente en la visita de Víctor, pero no tenía una sola prueba que permitiera relacionar una cosa con la otra y dejó la piedra junto a la pared antes de continuar con su día.

Aquella reacción contenía una ironía que Anselmo probablemente no habría sabido formular. Durante algunos instantes había hecho exactamente aquello que tantas veces observaba en otras personas: encontrarse frente a un hecho incompleto y buscar una historia capaz de explicarlo. La diferencia era que estaba acostumbrado a registrar hechos antes de interpretarlos y, como no tenía ninguno que relacionara aquella piedra con Víctor, decidió no convertir una sospecha en certeza.

Los días siguientes transcurrieron sin novedades. Nuevas personas acudieron a pedir cantidades pequeñas, otras llegaron a pagar y alguna recibió una negativa. La tienda abrió como siempre, los niños continuaron jugando en la calle y el barrio siguió hablando de problemas ajenos mientras cada familia intentaba resolver los propios. La piedra terminó cubriéndose de polvo junto a la pared y Víctor dejó de aparecer, de modo que aquello que durante algunos segundos había parecido capaz de anunciar algo terminó convertido en un objeto sin importancia.

Una tarde Anselmo salió al mercado para comprar algunas cosas. Recorrió los mismos puestos, preguntó precios y rechazó una camisa porque consideró que costaba demasiado. Regresó con una funda pequeña y, si alguien le hubiera preguntado qué tenía de especial aquel día, probablemente no habría encontrado una sola razón para recordarlo. Ese tipo de jornadas eran frecuentes en su vida. Anselmo recordaba con facilidad la fecha de un préstamo,

el día de un vencimiento o el momento exacto en que alguien había terminado de pagar, pero casi nunca prestaba atención a los días en que aparentemente no ocurría nada importante. No sabía todavía que algunas personas podían entrar en una historia de manera semejante: sin una cifra que registrar, sin una fecha que anotar y sin ninguna señal capaz de anunciar que aquel encuentro tendría consecuencias.

Al abandonar el mercado continuaba convencido de que casi cualquier problema económico podía ordenarse mediante una decisión suficientemente clara. Sabía a quién podía prestar, a quién debía negarse, cuánto riesgo estaba dispuesto a asumir y qué antecedentes necesitaba recordar. También creía haber aprendido algo todavía más importante: mientras el dinero permaneciera separado de aquello que realmente quería proteger, sus reglas podían resultar incómodas, pero seguían siendo manejables. Lo que Anselmo todavía no había descubierto era que las relaciones importantes rara vez anuncian el momento exacto en que empiezan a formar parte de una cuenta.

CAPÍTULO 5

ELY

Anselmo conoció a Ely un martes por la tarde y, durante mucho tiempo, ni siquiera estuvo completamente seguro de que aquella hubiera sido la primera vez que la había visto. Después descubrirían que probablemente habían coincidido antes en la tienda, esperado alguna vez el mismo bus e incluso recorrido las mismas calles sin prestarse atención. El barrio era suficientemente pequeño para cruzarse muchas veces con una persona antes de conocerla y, al mismo tiempo, suficientemente grande para que esos encuentros anteriores desaparecieran de la memoria hasta que, por alguna razón, aquella persona empezaba a importar.

Esa tarde Anselmo regresaba del mercado con una funda en cada mano. Había comprado arroz, algunas verduras, jabón y una camiseta cuyo precio consiguió reducir después de varios minutos de negociación. Caminaba sin demasiada prisa cuando vio a una mujer agachada junto a la vereda intentando recoger varias naranjas que se habían escapado de una funda rota. Una de ellas rodó hasta detenerse cerca de sus zapatos y Anselmo se inclinó para recogerla, mientras otra continuaba descendiendo lentamente por una pequeña pendiente. Comentó que aquella parecía haber tomado una decisión propia y la mujer, todavía agachada, quiso saber si pensaba dejarla escapar. Anselmo observó la fruta alejándose y respondió que, considerando la velocidad que llevaba, probablemente ella tenía mayores posibilidades de alcanzarla.

Ely soltó una carcajada y aquella reacción consiguió sorprenderlo más que la situación. Anselmo terminó ayudándola a recoger las demás naranjas y, al comprobar que la funda se había abierto completamente por uno de los costados, reorganizó sus propias compras, vació una de las bolsas que llevaba y se la entregó. Ely quiso saber qué haría entonces con sus cosas, pero él explicó que podía cargarlas sin problema y rechazó también la propuesta de recuperar la funda más adelante. Para Anselmo se trataba de una solución práctica a una dificultad evidente; para Ely, en cambio, resultó curioso que un hombre cuya apariencia podía sugerir cierta distancia hubiera resuelto el problema con una naturalidad que no exigía agradecimiento ni devolución.

Comenzaron a caminar casi al mismo tiempo y descubrieron que avanzaban en la misma dirección. La conversación surgió sin esfuerzo y lo primero que llamó la atención de Anselmo fue que Ely podía hablar bastante sin parecer desesperada por llenar cada silencio. Comentaba algo, caminaban varios metros sin decir nada y después retomaba la conversación como si aquella pausa también formara parte de ella. Anselmo estaba acostumbrado a que muchas personas se pusieran nerviosas frente a su silencio, especialmente cuando acudían a pedirle dinero, y encontraba extraño estar junto a alguien que no parecía necesitar utilizar las palabras para convencerlo de absolutamente nada.

Ely quiso saber si vivía por el sector y Anselmo respondió que sí. Ella comentó entonces que nunca lo había visto y él, casi sin pensarlo, dijo que probablemente sí la había visto antes. La respuesta despertó inmediatamente su curiosidad y quiso saber dónde. Anselmo comprendió

demasiado tarde cómo podía sonar aquello y explicó que posiblemente había sido en la tienda. Cuando Ely preguntó si recordaba a todas las personas que encontraba allí, respondió que no, y ella señaló con una sonrisa que, en ese caso, debía existir alguna razón para recordarla precisamente a ella. Anselmo prefirió no responder y Ely tuvo la delicadeza de no obligarlo a hacerlo. Aquello fue probablemente una de las primeras cosas que le gustaron de ella: podía dejar una pregunta abierta sin convertirla en una batalla.

Durante el resto del trayecto supo que vivía con su madre a unas seis calles de distancia, que trabajaba en una pequeña oficina de servicios educativos y que algunas tardes ayudaba a niños del barrio con tareas escolares. No ganaba demasiado, pero intentaba administrar sus propios gastos y tenía la costumbre de separar una pequeña cantidad cuando podía para comprar libros usados. Ely entendía perfectamente que había cosas que no podía permitirse y, aun así, se negaba a convertir la falta de dinero en una manera permanente de mirar la vida. Prefería ahorrar para algo que realmente le gustara antes que vivir pensando únicamente en aquello que debía evitar.

Anselmo no compartía completamente esa forma de entender el gasto, aunque durante aquella primera conversación no sintió ninguna necesidad de discutirla. Cuando llegaron a una esquina, Ely señaló que debía continuar por otra calle y volvió a agradecerle por la funda. Anselmo se despidió y alcanzó a avanzar algunos pasos antes de escuchar que ella lo llamaba porque ninguno había preguntado todavía el nombre del otro. Después de presentarse, continuaron en direcciones

distintas sin ninguna promesa de volver a encontrarse, aunque aquella noche, mientras revisaba algunas cuentas, Anselmo descubrió que el nombre de Ely había permanecido con una facilidad extraña en su memoria.

Tres días después coincidieron nuevamente en la tienda. Ely esperaba que la propietaria encontrara cambio cuando Anselmo entró y lo saludó utilizando su nombre. La tendera levantó inmediatamente la mirada y quiso saber si ya se conocían. Ely explicó la historia de las naranjas y la mujer respondió con una expresión que Anselmo interpretó como una curiosidad excesiva. Mientras buscaba el café que compraba habitualmente, Ely observó el paquete y preguntó si realmente bebía aquello. Cuando respondió que llevaba años comprándolo, ella señaló que el tiempo no convertía automáticamente un café malo en uno bueno y que, en todo caso, solo demostraba que Anselmo era capaz de beber durante años algo que apenas cumplía su función.

La conversación terminó convirtiéndose en una pequeña discusión sobre la diferencia entre comprar aquello que bastaba y permitirse, cuando era posible, escoger algo porque simplemente gustaba más. Ely defendía que no todo debía justificarse únicamente mediante necesidad y Anselmo insistía en que tampoco compraba siempre lo más barato, sino aquello que consideraba suficientemente bueno por el precio que pagaba. Ella terminó diciéndole que no estaba segura de creerle y él respondió que tampoco necesitaba convencerla. La tendera se rio y Ely consideró que esa respuesta, al menos, sí resultaba completamente creíble.

Los encuentros comenzaron a repetirse con una frecuencia que durante las primeras semanas ambos prefirieron considerar casual. Coincidieron nuevamente en la tienda, después en la parada del bus y más tarde cerca de la cancha. Una tarde una lluvia intensa los obligó a refugiarse bajo el pequeño techo de un negocio cerrado y Anselmo, que llevaba un paraguas viejo, propuso acompañarla hasta su casa. Ely observó el tamaño del paraguas y advirtió que difícilmente podrían caminar los dos debajo, pero él estaba convencido de que sería suficiente. Descubrieron a los pocos metros que ella tenía razón.

Avanzaron varias calles intentando repartirse el escaso espacio mientras el hombro de Anselmo recibía buena parte de la lluvia. Ely terminó sosteniendo uno de los lados del paraguas y le sugirió que comprara otro, pero él defendió que aquel todavía cumplía su función. Ella señaló su camiseta mojada como evidencia de lo contrario y empezó a burlarse de su capacidad para mantener cualquier cosa funcionando hasta mucho después del momento en que otra persona habría decidido reemplazarla.

Anselmo observó el paraguas y comentó que no todo lo viejo tenía que estar necesariamente dañado. Ely dejó de reír durante unos segundos y señaló que, aunque probablemente no se hubiera dado cuenta, acababa de decir algo bastante bonito. Anselmo pareció sorprendido por la interpretación y continuó caminando sin encontrar una respuesta adecuada. Cuando llegaron cerca de la casa, la lluvia había disminuido y Ely, antes de despedirse, comentó que su rostro cambiaba bastante cuando sonreía. Anselmo le dio las buenas noches y emprendió el regreso

bajo una lluvia que volvió a intensificarse pocos minutos después. Durante buena parte del camino sostuvo el paraguas cerrado, hasta que finalmente tuvo que reconocer que conservar un objeto porque todavía funcionaba no significaba que tuviera que demostrarlo empapándose.

Con el paso de los días empezaron a buscarse sin admitirlo abiertamente. Anselmo modificaba ligeramente algunos recorridos y encontraba razones prácticas para justificarlo, mientras Ely pasaba por la tienda a determinadas horas asegurando que necesitaba comprar algo. Ambos podían construir explicaciones suficientemente convincentes para casi cualquier coincidencia, hasta que Ely desapareció durante varios días y las excusas dejaron de servirle a Anselmo con la misma facilidad.

El primer día apenas lo notó y el segundo prefirió no darle demasiada importancia. Al tercero entró en la tienda y preguntó si Ely había pasado por allí. La propietaria levantó lentamente la cabeza con una expresión que le hizo comprender de inmediato que había cometido un error estratégico. Intentó aclarar que únicamente preguntaba si la había visto, pero la mujer se limitó a responder que no y, cuando Anselmo estaba a punto de marcharse con una funda de arroz, añadió casualmente que Ely estaba visitando a una tía. Él se volvió para señalar que nunca había preguntado dónde estaba y la tendera respondió que lo sabía perfectamente.

Ely regresó dos días después y Anselmo la encontró cerca de la parada. Antes incluso de saludarla quiso saber dónde había estado, y ella le recordó que podía comenzar por las buenas tardes. Después de corregir el saludo, repitió la

pregunta. Ely explicó que había visitado a una tía y quiso saber, con una sonrisa evidente, si la había estado buscando. Anselmo respondió que no y trató de aclarar que simplemente había notado que no la encontraba por los lugares habituales. Para Ely, aquella explicación constituía una confesión bastante más clara de lo que él pretendía admitir y, cuando intentó terminar la conversación utilizando uno de sus silencios, le informó que ese recurso había dejado de funcionar con ella.

La relación creció dentro de conversaciones pequeñas. Ely hablaba de los niños a quienes ayudaba con las tareas, del deseo de continuar estudiando algún día, de los libros usados que compraba cuando encontraba alguno interesante y de la preocupación constante de su madre por conseguir que el dinero alcanzara hasta fin de mes. Anselmo escuchaba sin intentar convertir cada dato en un cálculo. No preguntaba cuánto ganaba, cuánto gastaba en transporte ni cuánto podía ahorrar si dejaba de comprar determinados libros; simplemente quería saber qué pensaba, qué le preocupaba y qué cosas conseguían entusiasmarla.

Ely, por su parte, empezó a sentir curiosidad por la actividad del hombre que todo el barrio llamaba Banco. Una tarde le preguntó por qué prestaba dinero y Anselmo respondió que porque tenía la posibilidad de hacerlo. Ella señaló que aquella explicación hablaba de capacidad, no de motivo, y consiguió obligarlo a pensar en una pregunta que nunca se había formulado de aquella manera. Terminó reconociendo que no estaba seguro de disfrutar prestando, pero sí le gustaba que el dinero produjera algo en lugar de permanecer inmóvil. Ely se rio y señaló que aquella

respuesta justificaba completamente el apodo que tanto decía no merecer.

La conversación continuó y ella quiso saber qué ocurría cuando alguien no pagaba. Anselmo respondió que intentaba cobrar hasta resolver la deuda y, cuando Ely preguntó si actuaría igual con alguien cercano, explicó que precisamente por esa razón prefería no prestar a personas que realmente le importaran. Para él, aquella respuesta demostraba prudencia; para Ely confirmaba que incluso Anselmo comprendía que introducir dinero dentro de una relación podía modificarla. Él rechazó la formulación y sostuvo que el dinero no cambiaba a las personas, sino que algunas veces permitía descubrir comportamientos que ya estaban allí.

Ely planteó entonces una posibilidad diferente: qué ocurriría si alguien a quien quisiera realmente necesitara ayuda. Anselmo respondió que ayudar no significaba necesariamente prestar y que dependería de la persona, de la necesidad y de muchas circunstancias que ninguna regla podía resolver de antemano. Ely encontró cierta satisfacción al descubrir que, detrás de todas las afirmaciones aparentemente inamovibles de Anselmo, también existían lugares donde aceptaba que la vida podía ser más complicada que una norma.

Con el paso de las semanas, los encuentros dejaron de necesitar excusas. Algunas tardes Anselmo esperaba cerca de la parada y otras Ely pasaba por su casa para invitarlo a caminar. El barrio percibió el cambio antes de que ellos consideraran necesario ponerle un nombre y, poco después, empezó a circular la versión de que el Banco tenía novia. Para cuando Anselmo escuchó el comentario,

una posibilidad bastante reciente ya había adquirido categoría de certeza entre personas que nunca les habían preguntado nada.

Fue él quien terminó invitando a Ely a comer. Escogieron un pequeño local cercano al mercado, sencillo y conocido por ella. Anselmo examinó el menú con la atención habitual, pero finalmente pidió un plato que no era el más barato. Ely lo notó y decidió no hacer ningún comentario. Cuando llegó la cuenta, sacó dinero de su bolso por costumbre, pero Anselmo le recordó que había sido él quien la había invitado y se negó a dividir el pago. Ely comentó entonces, divertida, que no quería quedar debiéndole nada, y la mirada inmediata de Anselmo consiguió que empezara a reír antes de aclarar que únicamente estaba molestando.

Él pagó, revisó el cambio y guardó las monedas como hacía siempre, aunque de regreso a casa tuvo que admitir una diferencia que ninguna de sus reglas explicaba demasiado bien. Hasta entonces casi todo gasto mantenía para él una relación bastante clara entre aquello que salía de sus manos y aquello que recibía a cambio. Con Ely, esa lógica empezaba a volverse menos precisa, porque podía pagar una comida, caminar varias cuadras o perder parte de una tarde sin sentir la necesidad de calcular si aquello había resultado suficientemente útil.

La relación se volvió oficial sin necesidad de ninguna declaración solemne. Un día comenzaron a caminar tomados de la mano y, después de aquello, dejaron de necesitar explicaciones. Ely empezó a conocer mejor la casa de Anselmo y descubrió la refrigeradora ruidosa, las sillas que no pertenecían al mismo juego y el televisor

antiguo que él defendía con la misma seriedad con que podía defender cualquier objeto todavía funcional. Anselmo aprendió también pequeñas costumbres de ella: sabía que subrayaba los libros con lápiz, que le molestaba profundamente la impuntualidad y que siempre llamaba a su madre cuando sabía que regresaría más tarde de lo habitual.

La relación entre Ely y su madre era cercana. Podían discutir por asuntos pequeños y pasar algún tiempo sin hablarse, pero ninguna tomaba decisiones importantes sin terminar contándoselas a la otra. La mujer había criado prácticamente sola a su hija y consideraba completamente natural interesarse por cualquiera que empezara a ocupar un lugar importante en su vida. Por eso, cuando Ely comenzó a hablar de Anselmo con una frecuencia que ya no podía disimularse, su madre quiso conocerlo.

El almuerzo quedó fijado para un domingo a la una. Ely le advirtió expresamente que no necesitaba llevar nada y Anselmo aceptó con demasiada facilidad para que ella terminara de creerle. El domingo llegó a las doce y cincuenta y siete, con el cabello recogido, la barba más ordenada de lo habitual y una camiseta que Ely nunca le había visto. Los zapatos continuaban siendo los mismos, aunque estaban cuidadosamente limpios, y llevaba en una mano una pequeña funda.

Ely miró inmediatamente aquello que cargaba y le recordó la advertencia. Anselmo respondió que no era nada importante, aunque dentro de la funda había un postre. Ella quiso saber si realmente lo había comprado él y la pregunta consiguió incomodarlo más de lo esperado, como si adquirir algo para llevar a una casa ajena fuera

una prueba mucho más difícil que negociar cualquier interés. Respondió que sí y Ely lo invitó a pasar sin seguir molestándolo.

La casa era sencilla, aunque tenía una calidez bastante distinta de la de Anselmo. Había fotografías familiares en las paredes, pequeños adornos sobre los muebles y un mantel que parecía reservado para ciertas ocasiones. Desde la cocina llegaba el olor de la comida recién preparada y, pocos minutos después, apareció la madre de Ely secándose las manos con un paño. Observó rápidamente al hombre que tenía delante intentando disimular una evaluación que, en realidad, no pretendía ocultar completamente.

Había escuchado suficiente sobre él para construir una imagen previa y descubrió que el cabello largo, la barba abundante y la ropa sencilla no coincidían del todo con aquello que Ely le había contado. Anselmo tampoco parecía especialmente misterioso mientras permanecía junto a la puerta sosteniendo con cierta incomodidad un saludo formal. La mujer comentó que su hija había hablado bastante de él y Anselmo miró de reojo a Ely antes de responder que esperaba que algunas de aquellas cosas hubieran sido buenas. La madre sonrió y explicó que al menos habían sido suficientes para invitarlo a almorzar.

Aquella tarde Anselmo habló bastante más de lo habitual. Comió, escuchó anécdotas familiares y respondió preguntas que en otras circunstancias probablemente habría evitado. Ely observaba con cierta sorpresa la facilidad con que su madre conseguía mantenerlo dentro de la conversación y, por varias horas, nadie encontró ninguna razón para mencionar préstamos, intereses,

fechas ni las historias que circulaban sobre el Banco. Anselmo no necesitaba saber cuánto dinero tenía aquella mujer, si alguna vez había pedido prestado ni qué capacidad podía tener para devolver una cantidad, porque ella no estaba sentada frente a un prestamista, sino frente al hombre que había empezado a acompañar a su hija. Durante aquel almuerzo el dinero todavía permanecía fuera de la relación y, precisamente por eso, ninguno de los tres tenía motivos para imaginar que algún día una cifra terminaría ocupando el mismo lugar que ahora ocupaban la comida, las bromas y la confianza que apenas comenzaba a construirse.

PARTE II

CUANDO EL DINERO ENTRA EN LA FAMILIA

CAPÍTULO 6

TRES DÓLARES DE MÁS

La primera vez que Ely comprendió que el cuidado de Anselmo con el dinero no era únicamente una costumbre aislada, sino una forma completa de organizar la vida, ocurrió en un restaurante al que entraron después de caminar buena parte de la tarde. El lugar no era elegante ni particularmente caro; tenía mesas de plástico cubiertas con manteles estampados, fotografías de los platos pegadas en las paredes y un menú plastificado que había pasado por tantas manos que algunos precios empezaban a borrarse. Aun así, Anselmo llevaba varios minutos estudiándolo con una concentración que Ely consideró desproporcionada para decidir qué comer.

Al principio prefirió no decir nada, pero después de verlo regresar varias veces a la misma parte del menú quiso saber qué estaba calculando. Anselmo señaló un plato de pollo que costaba ocho dólares y explicó que unas calles más abajo podía conseguir prácticamente lo mismo por seis cincuenta. Ely le recordó que ya estaban sentados, que tenía hambre y que, además, la comida de aquel lugar le gustaba más. Esa última razón consiguió detener parte de sus cálculos porque Anselmo podía aceptar pagar una diferencia cuando encontraba algo concreto que justificara el precio; lo que le resultaba difícil comprender era desembolsar más únicamente por la decoración, la presentación o la comodidad de no caminar algunas cuadras adicionales.

Finalmente pidieron y Ely escogió aquello que realmente quería, mientras Anselmo terminó inclinándose por una de

las opciones más económicas. Cuando llegó la cuenta, él revisó cada valor antes de pagar. Ely le aseguró que todo estaba correcto porque había hecho mentalmente la suma unos segundos antes, pero Anselmo volvió a comprobarla de todos modos. Ella comentó, divertida, que agradecía profundamente la confianza que depositaba en sus capacidades matemáticas y él explicó que revisar una cuenta no significaba desconfiar de quien la había revisado antes; para él, simplemente significaba que una cuenta debía comprobarse.

Aquella diferencia parecía mínima y, sin embargo, Ely empezó a descubrir que explicaba mucho de su carácter. Anselmo podía convertir prácticamente cualquier actividad cotidiana en una pequeña evaluación de costos. Si necesitaban trasladarse, comparaba el precio del transporte con el tiempo que tardarían caminando; si iban a comprar algo, buscaba más de una opción antes de decidir y, cuando encontraba una diferencia de algunos centavos, parecía sentir una satisfacción que no guardaba proporción con el ahorro obtenido. Ely se burlaba de aquello, aunque con el tiempo empezó a comprender que Anselmo no disfrutaba tanto de ahorrar una moneda como de sentir que había evitado una pérdida innecesaria.

Una tarde pasaron varias horas realizando diligencias y Ely anunció que quería regresar en taxi. Anselmo calculó inmediatamente cuánto costaría el trayecto y sostuvo que podían caminar. Ella le recordó que llevaban buena parte del día haciéndolo, que estaba cansada y que todavía faltaba suficiente distancia como para no considerar atractiva la propuesta. Él insistió durante algunos minutos hasta que Ely se sentó en una banca y declaró que, si no tomaban un taxi, estaba perfectamente dispuesta a

permanecer allí. Anselmo comprendió que la negociación había terminado y, durante el trayecto, observó varias veces el taxímetro hasta que Ely quiso saber si realmente estaba sufriendo por los cinco dólares. Él negó estar preocupado, aunque al llegar calculó que aproximadamente tres dólares del gasto podían haberse evitado. Cuando ella preguntó qué ocurría con los otros dos, Anselmo explicó que probablemente podían considerarse el precio de no escucharla quejarse durante todo el camino. A Ely le pareció una respuesta sorprendentemente cercana a una declaración romántica y él reconoció, entre divertido y resignado, que quizá había estado cerca.

Desde entonces, la expresión *tres dólares de más* empezó a convertirse en una pequeña broma privada. Un taxi podía ser tres dólares de más, también un postre después de comer, un café en un lugar agradable o cualquier compra que Anselmo hubiera evitado de encontrarse solo. La cantidad no tenía que coincidir con el gasto real; era simplemente una manera de reconocer, sin discutir, que Ely estaba consiguiendo que se permitiera ciertas cosas que antes habría descartado automáticamente. Lo importante no eran los tres dólares, sino aquello que empezaban a representar: una excepción aceptada sin que Anselmo sintiera que por ello estaba renunciando completamente a su manera de entender el dinero.

Los regalos constituyeron otra prueba de aprendizaje. Anselmo no se oponía a dar cosas, pero tenía dificultades para entender por qué alguien podía pagar más por un objeto únicamente porque era bonito. Para el cumpleaños de Ely, ella mencionó una libreta que había visto en una tienda. Tenía una portada decorada, papel grueso y

costaba doce dólares. La primera reacción de Anselmo fue preguntarle cuántas hojas tenía y Ely supo inmediatamente que aquella libreta concreta difícilmente llegaría a sus manos. Sin embargo, el día de su cumpleaños apareció con una funda y le entregó otra bastante parecida, con pequeñas flores azules en la portada y hojas de buena calidad. No era exactamente la misma, pero resultaba suficientemente cercana para que Ely comprendiera que había dedicado tiempo a buscarla.

Le dijo que le gustaba y Anselmo sonrió satisfecho antes de cometer el error inevitable de revelar que solo había pagado seis dólares. Ely le reprochó entre risas que fuera incapaz de entregar un regalo sin incluir el ahorro dentro de la historia, pero él defendió que conseguir algo semejante por la mitad del precio formaba también parte del mérito. Ella terminó abrazándolo porque empezaba a entender que, para Anselmo, contar cuánto había ahorrado podía ser una forma extraña de explicar cuánto esfuerzo había invertido en encontrar aquello que quería darle.

La electricidad produjo discusiones semejantes. Anselmo apagaba una luz apenas una habitación quedaba vacía, aunque la persona que acababa de salir tuviera intención de regresar pocos minutos después. Una tarde Ely fue a la cocina por agua, encendió el foco y volvió a la sala; Anselmo se levantó inmediatamente para apagarlo. Ella le recordó que pensaba regresar y él respondió que podía encenderlo nuevamente cuando lo necesitara. Cuando Ely quiso saber cuánto dinero suponía que ahorraría mediante semejante operación, descubrió con una satisfacción casi infantil que Anselmo no conocía la cifra exacta y le anunció que al día siguiente le compraría una vela. Él

consideró que probablemente terminaría saliendo más cara.

Más tarde Ely dejó el televisor encendido mientras fue al baño y, cuando regresó, encontró la pantalla apagada. Anselmo explicó con absoluta seriedad que nadie estaba viendo el aparato durante su ausencia y ella quiso saber si algún día pensaba apagar también la refrigeradora para ahorrar electricidad. La expresión con que recibió la idea dejó claro que aquello atravesaba una frontera diferente: sería absurdo, explicó, porque los alimentos necesitaban mantenerse fríos. Ely se sintió extrañamente aliviada al comprobar que incluso la austeridad de Anselmo tenía algún límite reconocible.

Con el tiempo aprendieron a convivir con aquellas diferencias sin transformar cada una en una discusión. Anselmo aceptaba un taxi si Ely estaba realmente cansada, podía pagar un poco más por un lugar que a ella le gustara y terminó dejando de levantarse cada vez que veía una segunda luz encendida. Ely, por su parte, aprendió que algunas de sus costumbres no provenían únicamente del deseo de gastar menos, sino de una necesidad casi física de sentir que las cosas permanecían bajo control. Las concesiones podían parecer insignificantes para otra pareja, pero entre ellos representaban una manera cotidiana de ceder sin sentir que alguno debía abandonar completamente su forma de mirar el mundo.

Una noche, mientras regresaban caminando, Ely quiso saber si Anselmo siempre había sido tan cuidadoso con el dinero. Él intentó responder con una evasiva, pero después de varios minutos terminó reconociendo que en su casa nunca había sobrado demasiado. Recordaba semanas en

las que una compra inesperada podía desordenar todas las cuentas, épocas en que el dinero que debía alcanzar simplemente dejaba de hacerlo y discusiones provocadas por cantidades pequeñas que alguien había prestado confiando en que regresarían rápidamente. Había visto también cómo una obligación modesta podía convertirse en un problema familiar cuando quien debía dejaba pasar los días y quien había prestado empezaba a necesitar aquello que todavía no volvía.

Para Anselmo, las dificultades económicas parecían comenzar casi siempre de la misma manera: no mediante una gran pérdida, sino mediante decisiones pequeñas que nadie consideraba importantes cuando ocurrían. Una compra que podía esperar, un gasto que no estaba previsto o una cantidad que alguien había prometido devolver y finalmente no regresaba podían parecer insignificantes por separado, pero juntas eran capaces de alterar por completo una semana.

Ely escuchó sin intentar convertir la conversación en una explicación psicológica que Anselmo probablemente habría rechazado. Aun así, comprendió que para él ahorrar no significaba simplemente acumular dinero. Había algo de protección en cada moneda guardada, una distancia pequeña entre su presente y aquella sensación aprendida de no saber si los recursos serían suficientes. Después de conocer esa parte de su historia, algunas de sus costumbres comenzaron a parecerle distintas. Continuaba considerándolo exagerado cuando caminaban varias cuadras para ahorrar una cantidad mínima, pero también reconocía que Anselmo rara vez se encontraba frente a un gasto que no hubiera previsto. Sabía cuánto podía utilizar, cuánto permanecía guardado y cuánto dinero había salido

en préstamos. Aquella necesidad de control tenía un costo evidente, pero también había construido para él una seguridad que muchas personas de su entorno no conocían.

Una tarde, mientras recorrían el mercado, Ely comentó que quizá ella gastaba más de lo necesario y esperaba recibir inmediatamente una observación sobre sus hábitos. Anselmo respondió que no lo creía. La sorpresa de Ely fue suficiente para que terminara preguntándole cómo podía estar tan seguro y él contestó que la conocía. Ella quiso saber entonces si también llevaba sus cuentas en alguna libreta y Anselmo negó con la cabeza. Ely continuó molestándolo hasta que, casi sin pensar, él explicó que con ella no hacía cuentas.

La frase consiguió detenerla, pero no necesitó permanecer aislada para producir efecto. Anselmo continuó caminando durante algunos pasos antes de advertir que Ely se había quedado atrás y, cuando ella lo alcanzó, quiso obligarlo a repetir aquello que acababa de decir. Él se negó, consciente demasiado tarde del significado que podía tener. Ely señaló que, quisiera o no reconocerlo, había dicho algo bonito y Anselmo intentó restarle importancia sin conseguir ocultar del todo una sonrisa.

La relación encontró entonces un equilibrio peculiar. Ely comprendió cuáles de sus manías podía desafiar y cuáles formaban parte demasiado profunda de él como para convertirlas en una batalla permanente. Anselmo empezó también a aceptar que no todo gasto debía justificarse exclusivamente mediante utilidad o ahorro y que algunas cosas podían tener valor simplemente porque hacían feliz a alguien. No había cambiado su manera de entender el

dinero, pero empezaba a descubrir que una relación podía introducir excepciones sin destruir necesariamente las reglas sobre las que había construido su vida.

La madre de Ely también comenzó a acostumbrarse a su presencia. Durante las primeras visitas lo había observado con la cautela natural de quien intenta comprender qué clase de hombre se está acercando a su hija. El cabello largo, la barba abundante y la ropa sencilla contrastaban con su puntualidad y con la manera respetuosa en que trataba a Ely. Con el tiempo, aquella primera impresión perdió importancia y Anselmo empezó a formar parte de algunas rutinas familiares. Podía ayudar a mover un mueble, acompañar a Ely al mercado, reparar una pequeña falla de la casa o quedarse tomando café mientras esperaba que ella terminara de arreglarse.

Fue durante una de aquellas tardes cuando la madre de Ely mencionó por primera vez los préstamos. Ely se encontraba en la cocina y Anselmo permanecía sentado a la mesa cuando la mujer quiso saber si era verdad aquello que se comentaba en el barrio. Él preguntó a qué se refería y ella explicó que había escuchado que prestaba dinero. Anselmo respondió que algunas veces lo hacía y, cuando quiso saber si prestaba a cualquiera, aclaró que seleccionaba, aunque no siempre acertaba.

La confesión la sorprendió porque la reputación de Anselmo le había hecho imaginar a un hombre convencido de tener siempre la razón. Comentó que, entonces, también se equivocaba y él respondió con tanta naturalidad que aquello terminó divirtiéndola. La mujer señaló que había pensado que jamás reconocía una equivocación y Anselmo recordó que Ely decía

exactamente lo mismo. Desde la cocina se escuchó inmediatamente una protesta porque ella estaba escuchando la conversación y los tres terminaron riéndose. El tema desapareció sin esfuerzo y nadie sintió necesidad de retomarlo aquel día.

Pasaron algunas semanas antes de que la madre volviera a preguntar. Una tarde estaban tomando café después del almuerzo y quiso saber cuánto cobraba Anselmo cuando prestaba. Él explicó que dependía de la cantidad, del tiempo y, en cierta medida, de la persona. La mujer sostuvo la taza entre las manos y preguntó si también hacía diferencias cuando se trataba de alguien conocido. Anselmo respondió que sí, dependiendo de las circunstancias, y la siguiente pregunta apareció casi como una prolongación natural de aquella conversación: qué ocurría cuando quien necesitaba el dinero era familia.

Anselmo tardó un poco más en responder. No había nada especial en el tono de la mujer y tampoco existía una petición escondida dentro de la pregunta, pero explicó que prefería no prestar a familiares. Cuando ella quiso saber la razón, señaló algo que para él resultaba suficientemente evidente: después había que cobrar. La madre sonrió porque la respuesta parecía demasiado sencilla para justificar tanta prevención, así que Anselmo explicó que el problema de prestar a alguien cercano no estaba necesariamente en entregar el dinero, sino en todo aquello que podía ocurrir cuando llegara la fecha y la persona no estuviera en condiciones de cumplir. Mientras el préstamo funcionara, la relación permanecería intacta; la dificultad comenzaría si alguna vez tenía que decidir entre aplicar las mismas reglas que utilizaba con los demás o modificar el acuerdo únicamente porque aquella persona formaba

parte de su vida. La mujer consideró que pensaba demasiado las cosas y Anselmo reconoció que, al menos, procuraba hacerlo antes y no después.

Ely regresó poco después y empezó a contar algo que había ocurrido durante el día. La conversación cambió y nadie volvió a hablar de préstamos aquella tarde. Cuando Anselmo regresó a casa, abrió la libreta como hacía con frecuencia, revisó varias cuentas, tachó una cantidad que ya había recibido y corrigió la fecha de otra. Después cerró las tapas y la dejó sobre la mesa sin conceder mayor importancia a la conversación mantenida durante el café. La madre de Ely no tenía ninguna cantidad escrita junto a su nombre, ninguna fecha que recordar y ninguna razón para ocupar un lugar dentro de aquellas páginas; hasta entonces pertenecía a una parte de su vida que Anselmo prefería mantener completamente fuera de la libreta, no porque desconfiara de ella, sino precisamente porque empezaba a conocerla demasiado como para considerar sencillo lo contrario.

CAPÍTULO 7

LA SUEGRA

La madre de Ely tardó menos de lo esperado en acostumbrarse a Anselmo. Durante las primeras visitas lo había observado con la cautela natural de quien intenta comprender qué clase de hombre está entrando en la vida de su hija y su apariencia no facilitaba demasiado aquella evaluación. La barba abundante, el cabello largo, la ropa sencilla y los zapatos gastados no coincidían con la imagen que había construido a partir de los comentarios del barrio sobre un hombre que casi siempre parecía disponer de dinero para prestar. Durante algún tiempo esperó encontrar detrás de aquella apariencia algo que confirmara las historias, aunque ni siquiera habría sabido explicar con precisión qué estaba buscando.

Con el paso de las semanas empezó a descubrir contradicciones que la intrigaban. Anselmo podía discutir durante varios minutos por una diferencia mínima en el precio de una compra y, sin embargo, disponer con bastante facilidad de dinero cuando otras personas acudían a pedirle. No mostraba interés por objetos costosos ni por ropa que pudiera hacerlo parecer más acomodado; su casa era modesta, utilizaba las cosas hasta que dejaban de servir y rara vez compraba algo sin haber decidido antes que realmente lo necesitaba. Poco a poco la mujer empezó a sospechar que aquella apariencia de hombre sin dinero era, en parte, la razón por la que conseguía conservarlo.

Una tarde, después de que Anselmo se marchara, comentó mientras recogía los platos que, por lo menos, aquel hombre sabía administrar. Ely levantó inmediatamente la

mirada porque semanas antes su madre había asegurado que Anselmo parecía sufrir cada vez que tenía que gastar. La mujer aclaró que una cosa no anulaba la otra: podía ser exageradamente cuidadoso y, al mismo tiempo, saber manejar lo que tenía. Ely sonrió y comentó que, aunque no quisiera reconocerlo, ya empezaba a caerle bien. Su madre negó haber dicho algo semejante, pero la rapidez con que defendió la capacidad de Anselmo para cuidar el dinero dejó suficientemente claro que su opinión había empezado a cambiar.

Aquella impresión terminó de consolidarse una tarde en el mercado. Ely estaba ocupada y su madre necesitaba hacer varias compras para la casa, de modo que Anselmo se ofreció a acompañarla. Lo que debía ser un recorrido rápido terminó extendiéndose porque él se negaba a llevar algunos productos sin comparar antes precios y cantidades. Al principio la mujer lo siguió con cierta impaciencia y estuvo a punto de señalar que unos centavos no justificaban caminar tanto, hasta que Anselmo tomó dos paquetes aparentemente similares y le mostró que el que parecía más barato contenía menos producto.

La mujer revisó las etiquetas y descubrió que tenía razón. La supuesta oferta terminaba siendo más cara cuando se calculaba el precio real por cantidad y, cuando Anselmo le pidió que hiciera la cuenta por sí misma, no pudo evitar reírse porque empezó a sospechar que él disfrutaba mucho más de aquellas comparaciones de lo que estaba dispuesto a admitir. Al terminar las compras descubrió que había gastado menos de lo previsto. La diferencia no era enorme, pero resultó suficiente para que regresara satisfecha y comentara durante el camino que, después de todo, sí servía andar acompañada por alguien tacaño.

Anselmo corrigió inmediatamente la palabra y propuso *cuidadoso*. Ella aceptó la modificación y aquella noche volvió a decirle a Ely que su novio sabía administrar, esta vez sin ninguna burla detrás de la afirmación.

El tema de los préstamos empezó a aparecer después con la misma naturalidad. Una tarde, mientras Anselmo estaba en casa de Ely, alguien llamó a la puerta preguntando por él. Era un vecino que había descubierto dónde se encontraba y necesitaba hablar unos minutos. Anselmo salió y regresó poco después. La madre de Ely, movida más por curiosidad que por otra cosa, quiso saber si aquel hombre había ido a pedirle dinero y, cuando él respondió que sí, preguntó si se lo había prestado. Anselmo explicó que no porque todavía le debía de una ocasión anterior.

A la mujer le sorprendió que alguien intentara pedir dinero sin haber terminado de pagar una deuda previa y, sobre todo, que Anselmo pudiera negarse sin demasiada dificultad. Quiso saber si no le producía pena rechazar a una persona que decía necesitar ayuda, pero él respondió que le daría mucha más pena volver a prestarle y terminar después con dos problemas en lugar de uno. La lógica le pareció sencilla, aunque suficiente para hacerle comprender que la actividad de Anselmo no consistía únicamente en tener efectivo disponible y entregarlo a cambio de intereses. También evaluaba antecedentes, recordaba la manera en que cada persona había pagado y, sobre todo, sabía decir que no. Para una mujer que había conocido demasiadas situaciones en las que alguien perdía dinero precisamente por no poder negarse a un familiar, amigo o vecino, aquella capacidad empezó a parecerle menos fría de lo que había imaginado.

La curiosidad hizo que comenzara a preguntarle más. No lo interrogaba ni convertía cada visita en una conversación sobre dinero; las preguntas aparecían después del almuerzo, mientras tomaban café o cuando algún comentario cotidiano terminaba llevándolos hacia el tema. Quiso saber desde cuándo prestaba, cómo decidía las cantidades y qué hacía cuando alguien se retrasaba. Anselmo respondía sin entrar en detalles innecesarios y explicaba que había empezado entregando pequeñas sumas a conocidos hasta que otras personas comenzaron a buscarlo porque alguien les había contado que tenía dinero disponible.

Una tarde la mujer quiso saber si alguna vez había pensado en dejar de prestar. Anselmo reconoció que sí y, cuando preguntó por qué continuaba haciéndolo, explicó que siempre existía alguien que necesitaba dinero antes de tenerlo. Algunas personas requerían hoy aquello que cobrarían el viernes; otras necesitaban comprar una herramienta, una pieza o un producto para poder trabajar y solo recibirían el pago después. Desde su perspectiva, él adelantaba ese tiempo y cobraba por hacerlo. La madre resumió la idea diciendo que, entonces, cobraba por adelantar el tiempo, y Anselmo aceptó la formulación sin intentar embellecerla.

Aquella franqueza le agradó. No porque aprobara automáticamente sus intereses ni porque creyera que prestar dinero fuera una forma de generosidad, sino porque Anselmo nunca intentaba presentarse como alguien que hacía caridad. Podía resolver una necesidad real y, al mismo tiempo, esperar obtener un beneficio, y para él ambas cosas podían coexistir sin necesidad de disfrazarlas.

En otra ocasión, una vecina llegó a buscarlo porque necesitaba completar la compra de unos medicamentos. La madre de Ely estaba presente y observó desde cierta distancia cómo Anselmo hizo algunas preguntas, estableció una fecha y finalmente entregó el dinero. Cuando la mujer se marchó, comentó que, después de todo, sí ayudaba a la gente. Anselmo respondió que algunas veces y recordó que esperaba recuperar lo entregado con intereses. Ella señaló que ninguna de esas cosas anulaba la ayuda: no lo estaba convirtiendo en benefactor, simplemente reconocía que había resuelto un problema que la otra mujer no podía solucionar en ese momento. Anselmo tuvo que admitir que aquella interpretación también era válida.

Desde entonces, la madre empezó a verlo de una manera distinta. Ya no era únicamente el hombre del barrio que cobraba intereses, sino alguien que tenía dinero disponible cuando otros necesitaban tiempo y que estaba dispuesto a asumir cierto riesgo si ese riesgo tenía un precio. La idea no le parecía tan extraña como al comienzo; después de todo, las instituciones hacían algo parecido. La diferencia era que Anselmo no estaba detrás de un escritorio ni a varias oficinas de distancia, sino a unas pocas calles de su casa.

Con las semanas, la relación entre ambos también se hizo más familiar. La madre de Ely dejó de tratarlo como una visita y comenzó a incorporarlo a pequeñas tareas de la casa. Si llegaba mientras ella cocinaba, podía pedirle que acercara una silla, que comprara algo en la tienda o que ayudara a mover un mueble. Incluso empezó a consultarle algunas compras porque sabía que Anselmo casi siempre encontraba una manera de comparar precios. Él tampoco

parecía incómodo con aquella cercanía y, en ocasiones, llegaba buscando a Ely y terminaba tomando café con su madre mientras esperaba. Otras veces los tres pasaban buena parte de la tarde conversando y Anselmo, aunque continuaba hablando menos que ellas, ya no parecía alguien preparado para marcharse en cualquier momento.

Fue durante una de aquellas tardes cuando la conversación regresó al dinero. Mientras servía café, la madre quiso saber cuánto cobraba normalmente cuando prestaba. Anselmo explicó que dependía de la cantidad, del tiempo y también, en cierta medida, de la persona. La respuesta la divirtió porque hasta entonces había imaginado que él aplicaba reglas rígidas a todo el mundo por igual y comentó que, en el fondo, modificaba las reglas. Anselmo corrigió la interpretación y explicó que no las cambiaba, sino que decidía cuándo correspondía aplicarlas. La mujer empezó a reírse y comentó que comenzaba a comprender por qué Ely discutía tanto con él.

Hablaron unos minutos de otras cosas antes de que apareciera una pregunta distinta, formulada casi con la misma naturalidad que todas las anteriores. La madre quiso saber qué ocurría cuando quien necesitaba dinero era familia. Anselmo dejó la taza sobre la mesa y tardó un poco más en responder antes de explicar que prefería no prestar a familiares porque después había que cobrarles. La mujer no entendió de inmediato dónde estaba el problema y él desarrolló la idea: una deuda no sabía que existía parentesco. Cuando llegaba la fecha, alguien tenía que pagar y alguien tenía que cobrar. Si en ese momento empezaban a intervenir categorías como hermano, primo, amigo o suegra, el préstamo dejaba de funcionar exactamente igual que con cualquier otra persona.

La última palabra hizo sonreír a la mujer, que quiso saber si aquello había sido una referencia demasiado específica. Anselmo aclaró que solo estaba dando un ejemplo y ella le aseguró, entre risas, que podía estar tranquilo porque no le estaba pidiendo dinero. Él respondió que mejor y la mujer fingió sentirse ofendida por la falta de confianza. Cuando Ely regresó quiso saber por qué se reían, pero ambos decidieron no reconstruir toda la conversación. Lo que en ese momento funcionaba como una broma era también una advertencia formulada con demasiada claridad para que, meses después, cualquiera pudiera afirmar que Anselmo nunca había pensado en las consecuencias de prestar dentro de una familia.

En las semanas siguientes, la madre de Ely empezó a observar con mayor atención a quienes buscaban a Anselmo. Algunas personas llegaban preocupadas y se marchaban más tranquilas, otras recibían una negativa y salían molestas, mientras algunas únicamente aparecían para entregar lo que debían. Todo aquello terminó de convencerla de que Anselmo podía ser exageradamente cuidadoso y tener una manera de relacionarse con el dinero que muchas personas consideraban incómoda, pero no era irresponsable.

Sabía cuánto tenía, cuánto podía prestar y cuánto estaba dispuesto a arriesgar. Para una mujer acostumbrada a estirar cada dólar hasta el final de la semana, aquello no era una cualidad menor. Conocía demasiado bien la sensación de abrir una cartera y calcular qué podía pagarse de inmediato y qué tendría que esperar algunos días. En su vida, administrar bien nunca había sido una simple virtud doméstica; había sido una manera de atravesar los

imprevistos sin que cada uno terminara convirtiéndose en una crisis.

Una noche, mientras cenaba con Ely después de que Anselmo se hubiera marchado, comentó que quizá fuera exagerado con el dinero, pero que al menos sabía lo que hacía. Ely recordó que nunca había dicho lo contrario y su madre respondió que una debía conocer primero a las personas antes de decidir qué pensar de ellas. Después volvió a repetir aquella frase que semanas atrás había pronunciado casi como una observación casual: por lo menos, ese hombre sabía administrar.

Ely comprendía que su madre no estaba hablando únicamente de Anselmo. Hablaba también desde años de cuentas ajustadas, gastos inesperados y semanas en las que llegar al final del mes había significado mover pequeñas cantidades de un lado a otro hasta conseguir que todo encajara. Para ella, saber administrar significaba seguridad, y Anselmo empezaba a representar precisamente eso: alguien que parecía tener un orden donde otros vivían continuamente improvisando.

La confianza no apareció de golpe ni nació de una sola conversación. Se construyó en pequeñas escenas: una compra bien calculada, una negativa que evitaba otro problema, una explicación directa sobre los intereses y la manera en que Anselmo podía resolver una urgencia sin convertirla en una promesa de generosidad. Poco a poco, la madre de Ely dejó de verlo únicamente como el novio extraño de su hija o el hombre del barrio sobre quien circulaban historias y empezó a considerarlo una persona cercana cuya relación con el dinero, aunque no siempre compartiera, podía comprender.

Hasta entonces aquella confianza no necesitaba producir ninguna consecuencia distinta de la familiaridad. Anselmo seguía llegando a almorzar, la mujer continuaba pidiéndole opinión sobre algunas compras y Ely observaba con cierto alivio cómo ambos habían encontrado una forma sencilla de llevarse bien. Entre ellos no existía ninguna cuenta pendiente y precisamente por eso podían hablar de dinero sin que cada frase tuviera que defender una posición.

La cercanía había conseguido volver normal una posibilidad que meses atrás habría resultado incómoda: si alguna vez la madre de Ely necesitaba resolver una urgencia, ya sabía que Anselmo estaba cerca, entendía cómo funcionaba su manera de prestar y confiaba suficientemente en él como para considerar que pedirle ayuda no tenía por qué alterar nada. Esa confianza era precisamente lo que hacía parecer inocente la posibilidad de mezclar dos espacios que Anselmo había intentado mantener separados durante años, porque mientras el préstamo continuara siendo únicamente una hipótesis nadie tenía todavía motivos para preguntarse qué ocurriría si algún día dejaba de funcionar como esperaban.

CAPÍTULO 8

LA PRIMERA VEZ

La primera vez que la madre de Ely le pidió dinero a Anselmo fueron veinte dólares. La cantidad era tan pequeña que, durante unos segundos, él creyó que quizá había entendido mal. Estaban sentados en la sala después del almuerzo y Ely había salido a comprar algunas cosas para la casa. La conversación había transcurrido entre asuntos cotidianos hasta que la mujer cambió ligeramente el tono y le preguntó si podía hacerle un favor. Anselmo levantó la mirada. Había aprendido que aquella frase podía significar demasiadas cosas, pero cuando alguien conocía su actividad casi siempre terminaba significando una sola. La madre de Ely explicó que necesitaba completar un pago antes del día siguiente, que había calculado mal algunos gastos de la semana y que le faltaban veinte dólares. Esperaba recibir dinero el viernes y no quería pedírselos a Ely porque sabía que su hija también tenía sus propias obligaciones. Habló con cierta incomodidad, como si necesitara justificar cada detalle antes de llegar a la verdadera petición.

Anselmo no respondió inmediatamente. Sabía cuál debía ser la respuesta porque la había repetido más de una vez e incluso la había explicado sentado en aquella misma casa: prefería no prestar dinero a personas cercanas. No era una regla nacida de algún principio moral, sino de la experiencia. Una deuda sencilla podía complicarse cuando entraba dentro de una relación familiar. A un desconocido podía cobrarle y después continuar con su vida; con alguien a quien tendría que volver a ver durante el siguiente almuerzo, cualquier dificultad podía extenderse

mucho más allá del dinero. Finalmente le explicó que prefería no prestar a familiares. La mujer aceptó la respuesta con cierta vergüenza y cambió de tema casi de inmediato, pero Anselmo dejó de escuchar durante algunos segundos. Eran veinte dólares, una cantidad que podía perder sin alterar realmente sus cuentas. Conocía a la mujer desde hacía meses, sabía cómo vivía y no tenía ninguna razón concreta para pensar que intentaría aprovecharse de él. La regla continuaba teniendo sentido, aunque aplicarla con tanta rigidez empezaba a parecerle innecesario.

Pensó también en Ely y, después de unos momentos, volvió sobre el asunto. Quiso saber exactamente cuándo podría devolver los veinte dólares y la mujer respondió que el viernes, asegurando que estaba completamente segura. Faltaban cuatro días. Anselmo hizo mentalmente la cuenta y terminó aceptando. La madre de Ely sonrió con evidente alivio y le dijo que pagaría como él indicara. Aquella frase produjo en Anselmo una sensación extraña porque, hasta entonces, dentro de aquella casa había sido simplemente el novio de Ely, el hombre que llegaba a almorzar y algunas tardes se quedaba tomando café. De pronto, la conversación utilizaba el mismo lenguaje que escuchaba frente a su propia mesa cuando alguien acudía a pedirle dinero.

Anselmo decidió que aquella primera vez solo debía devolverle los veinte dólares. La mujer levantó las cejas y preguntó por el interés, pero él respondió que no cobraría ninguno. Ella quiso saber si se debía a que era la madre de Ely y Anselmo evitó reconocerlo, explicando que se trataba únicamente de veinte dólares. La mujer soltó una carcajada y comentó que ya estaba empezando a sentirse

especial. Anselmo sonrió, aunque no terminó de sentirse cómodo con la decisión: había comenzado diciendo que no y, apenas unos minutos después, había convertido su propia regla en una excepción. Fue a buscar el dinero, se lo entregó y la conversación continuó como si nada importante hubiera ocurrido. No hubo solemnidad, documentos ni una explicación detallada de qué sucedería si alguna vez un pago se retrasaba, porque ninguno de los dos imaginaba que aquella pequeña excepción pudiera convertirse más adelante en algo que necesitara reglas más precisas.

Esa noche Anselmo abrió la libreta. Durante unos segundos dudó si debía registrar la operación. No necesitaba hacerlo para recordar veinte dólares y tampoco existía interés; además, todavía no pensaba en la madre de Ely como una de sus deudoras habituales. Aun así tomó el lápiz, escribió su nombre, la cantidad y el viernes acordado. Cuando llegó al espacio donde normalmente anotaba el interés dejó la línea vacía. Tampoco escribió condiciones adicionales porque no habían hablado de ellas. Aquella entrada contenía solamente lo que ambos sabían en ese momento: veinte dólares entregados y una fecha de devolución. Después cerró la libreta y la guardó.

El viernes, la madre de Ely pagó exactamente como había prometido. Anselmo no tuvo que recordárselo. Llegó por la tarde y apenas había terminado de saludar cuando ella fue a buscar su cartera, sacó un billete de veinte dólares y se lo entregó. Anselmo agradeció y ella se rio, recordándole que no había ninguna razón para darle las gracias por devolver algo que era suyo. Después preguntó, en tono de broma, si ya se había ganado una buena calificación en la famosa lista donde, según los vecinos,

Anselmo registraba quién pagaba y quién no. Él intentó explicar que no tenía ninguna lista, pero la mujer insistió en que anotar nombres y pagos era, en esencia, exactamente eso. La conversación terminó haciendo reír a ambos.

Ely apareció desde la cocina y quiso saber de qué hablaban. Su madre respondió con absoluta naturalidad que le había debido veinte dólares a Anselmo. Ely se detuvo y miró primero a su madre y después a su novio. Quiso saber si realmente le había prestado dinero y, sobre todo, si había cobrado intereses. Cuando Anselmo negó lo segundo, la expresión de Ely cambió inmediatamente y comentó que aquello sí era histórico. Su madre empezó a reír y afirmó que a ella no le cobraba. Anselmo aclaró que habían sido solamente veinte dólares, pero Ely le recordó que había dicho muchas veces que prefería no prestar a la familia. Él puntualizó que precisamente había dicho que prefería no hacerlo, no que jamás lo haría. Ely bromeó con que ahora aparecía la letra pequeña y Anselmo prefirió señalar que la deuda ya estaba pagada y, por lo tanto, no había ningún problema. Los tres terminaron riéndose y la situación pareció cerrarse con la misma facilidad con la que había comenzado.

Aquella noche Anselmo abrió la libreta y trazó una línea sobre la deuda. Había entregado veinte dólares y recuperado veinte sin necesidad de llamadas, recordatorios ni excusas. La madre de Ely había cumplido exactamente lo prometido y, para él, aquello era la única información importante que necesitaba conservar. Continuó revisando sus demás cuentas y durante varias semanas no volvió a pensar especialmente en aquella operación.

Cuando la mujer volvió a necesitar dinero, la petición apareció con mucha más naturalidad. Esta vez fueron treinta dólares para completar el pago de un servicio y esperaba recibir dinero tres días después. Ya no existió aquella explicación extensa de la primera ocasión ni la incomodidad de pedir algo cuya respuesta desconocía. Simplemente le dijo a Anselmo que necesitaba treinta y que podía devolverlos el jueves. Él preguntó para qué los requería, escuchó la explicación y calculó la cantidad final: treinta y dos dólares. La mujer levantó las cejas y quiso saber si ahora sí había interés. Anselmo respondió que sí y explicó que la primera ocasión había sido un favor, mientras aquello ya era un préstamo. La diferencia pareció divertirla más que preocuparla y aceptó los treinta y dos sin discutir.

Esa misma noche Anselmo registró la nueva operación. Esta vez, cuando llegó al espacio del interés, anotó dos dólares. Tampoco dejó por escrito consecuencias específicas para un posible retraso, porque el acuerdo seguía siendo sencillo: treinta dólares entregados, treinta y dos a devolver y una fecha. Tres días después recibió los treinta y dos sin necesidad de preguntar. Dos préstamos y dos pagos puntuales comenzaron a construir entre ambos la misma lógica que Anselmo aplicaba con cualquier otra persona del barrio: quien cumplía podía volver a pedir y quien demostraba responsabilidad obtenía mayor confianza.

Ely lo notó. Una tarde, después de enterarse del segundo préstamo, esperó hasta quedarse sola con Anselmo y bromeó diciendo que ya tenía una clienta dentro de la familia. Él rechazó la palabra, aunque Ely señaló que su madre había pedido treinta, había devuelto treinta y dos y,

visto desde afuera, la situación se parecía bastante a cualquier otra operación suya. Anselmo sonrió y Ely también, aunque esta vez la broma duró menos. Quiso saber si realmente consideraba una buena idea seguir prestándole a su madre. Anselmo respondió que ella pagaba y, desde su perspectiva, aquello resolvía prácticamente todo. Ely le recordó entonces su propia regla: no le gustaba prestar a personas cercanas porque, si aparecía algún incumplimiento, tarde o temprano tendría que cobrar.

Anselmo recordó aquella conversación y admitió que también había dicho que dependía. Ely no quedó del todo convencida. Su madre había cumplido dos veces, era cierto, pero el problema que ella imaginaba no existía mientras los pagos llegaran a tiempo; lo difícil comenzaría precisamente si algún día no ocurría así. Anselmo respondió que mientras pagara no habría problema y Ely repitió aquellas mismas palabras con una seriedad que cambió ligeramente el tono. Después añadió que no quería quedar en medio si alguna vez aparecía alguna dificultad. Anselmo intentó tranquilizarla asegurando que no iba a pasar nada, pero Ely le recordó que no podía saberlo con certeza. Aquella vez él no discutió porque sabía que tenía razón y terminó prometiéndole que, si alguna vez surgía un problema, lo resolvería directamente con su madre, sin pedirle a Ely que llevara mensajes, averiguara cuándo pagaría o interviniera en una deuda que no le pertenecía. Ely aceptó la promesa y prefirió dejar el asunto allí, aunque la conversación había introducido por primera vez una posibilidad que ninguno de los dos necesitaba afrontar todavía: que el dinero pudiera obligarlos algún día a decidir dónde terminaba un préstamo y dónde comenzaba la familia.

El tercer préstamo llegó casi dos meses después. Fueron cuarenta dólares. La madre de Ely necesitaba completar una compra y le faltaba una parte. Esta vez Anselmo no tuvo que pensar demasiado: preguntó cuándo podría pagar, estableció la cantidad final y entregó el dinero. Lo que meses atrás había requerido una conversación incómoda se había convertido en un procedimiento conocido para ambos. Ella pedía, Anselmo establecía las condiciones, la mujer aceptaba y después cumplía. Cuando llegó la fecha, volvió a pagar puntualmente y esa noche Anselmo tachó su nombre por tercera vez.

Su sistema se construía precisamente sobre ese tipo de antecedentes. Para él, la confianza nunca dependía únicamente de una promesa ni de cuánto afecto sintiera por una persona. Tres pagos puntuales tenían más valor que cualquier explicación sobre responsabilidad y la madre de Ely ya tenía esos antecedentes. Después del tercer préstamo transcurrieron varios meses sin que volviera a pedirle dinero. La relación familiar continuó con normalidad, los almuerzos de los domingos siguieron, las conversaciones después de comer también y aquellas pequeñas deudas terminaron convertidas en una anécdota más dentro de la convivencia. En alguna ocasión, la madre incluso bromeó diciendo que tenía mejor historial con Anselmo que muchas personas del barrio. Él no lo negó porque era cierto: había pedido veinte y pagado, después treinta y también había cumplido, luego cuarenta y nuevamente había respetado la fecha.

Aquellos antecedentes terminaron modificando algo que ni Anselmo ni la mujer parecieron notar. La primera vez que ella pidió dinero, él tuvo que decidir si estaba dispuesto a romper una regla por alguien perteneciente a

la familia de Ely. Después del tercer préstamo, aquella frontera prácticamente había desaparecido. Ya no pensaba primero en la relación familiar y después en el préstamo; evaluaba el antecedente de pago como lo haría con cualquier otra persona. Precisamente allí se encontraba el riesgo que Ely había advertido: mientras todo funcionara, la mezcla entre confianza personal y confianza financiera parecía no producir ninguna consecuencia.

Por eso, cuando meses más tarde la mujer volvió a necesitar dinero, la petición no produjo en Anselmo la incomodidad de aquella primera ocasión. Ella explicó para qué lo necesitaba y aseguró que podría devolverlo rápidamente. Él escuchó, recordó los tres préstamos anteriores y pensó en algo que, dentro de su lógica, resultaba difícil discutir: cada vez que la madre de Ely había dado una fecha, había cumplido. La cantidad tampoco parecía extraordinaria, porque eran apenas diez dólares más que la última vez y, después de veinte, treinta y cuarenta, aquellos cincuenta parecían simplemente el siguiente paso de una secuencia que hasta entonces había funcionado sin problemas.

CAPÍTULO 9

CINCUENTA

La madre de Ely pidió los cincuenta dólares una tarde de martes, después del café, con una naturalidad muy distinta de aquella primera vez en que había necesitado veinte. Ya no existía la incomodidad de formular una petición cuya respuesta desconocía ni la necesidad de explicar cada gasto antes de llegar al verdadero motivo. Después de tres préstamos resueltos sin dificultades, hablar de dinero entre ella y Anselmo había dejado de resultar extraño. Ambos conocían el procedimiento y, aunque jamás lo hubieran establecido mediante un acuerdo formal, sabían qué debía ocurrir cuando una necesidad terminaba llevándolos hacia una cantidad y una fecha.

Ely se encontraba con ellos cuando su madre comentó que necesitaba completar un pago. Un gasto inesperado de la casa había consumido parte del dinero que tenía reservado y ahora le faltaban cincuenta dólares para reorganizar las cuentas de aquella semana. Esperaba recuperar esa cantidad aproximadamente dos semanas después y consideraba más sencillo pedírsela a Anselmo que modificar varios pagos que ya tenía distribuidos. No presentó la situación como una emergencia ni dramatizó la necesidad; precisamente porque había solicitado anteriormente cantidades semejantes y las había devuelto sin problemas, aquellos cincuenta parecían una solución doméstica bastante más sencilla que todo aquello que intentaban reorganizar.

Anselmo preguntó cuándo podría devolverlos y la mujer calculó unos segundos antes de mencionar un viernes,

aproximadamente dos semanas después. Él pensó en los préstamos anteriores y no encontró una sola razón concreta para desconfiar. Había comenzado prestándole veinte dólares sin interés, después habían sido treinta y posteriormente cuarenta, y las tres cantidades habían regresado cuando correspondía. Dentro de la lógica con la que administraba sus préstamos, aquella mujer ya no era únicamente alguien cercano por su relación con Ely; tenía un historial favorable que justificaba la confianza.

Ely observó la conversación con una mezcla de resignación y humor. Meses atrás había señalado exactamente el peligro de mezclar la actividad de Anselmo con la economía de su madre, pero después de tres operaciones sin problemas hasta su propia preocupación había empezado a parecer exagerada. Comentó que entre ambos ya existía prácticamente un pequeño negocio y su madre respondió, divertida, que por lo menos debía reconocerse que era una buena clienta. Anselmo recordó que aquello lo determinaban los pagos y la mujer, con la tranquilidad de quien conocía sus antecedentes, le recomendó consultar la libreta si necesitaba comprobarlo.

La conversación derivó hacia otros asuntos mientras Anselmo buscaba el dinero. Entregó los cincuenta después de establecer las condiciones y nadie volvió a mencionarlos durante el resto de la tarde. Ely contó algo relacionado con su trabajo, su madre habló de una compra que debía realizar más adelante y, antes de marcharse, Anselmo terminó revisando una llave de la cocina que llevaba varios días goteando. La deuda acababa de entrar en la casa sin alterar una sola de las cosas que existían antes de ella, exactamente como había ocurrido en las tres

ocasiones anteriores, y esa continuidad reforzó en los tres la impresión de que no existía ninguna razón para tratar aquel préstamo como algo distinto.

Esa noche Anselmo abrió la libreta y anotó la operación. Esta vez no existió la vacilación de los primeros veinte dólares ni ningún espacio dejado en blanco porque el préstamo ya no se parecía a una excepción familiar. La madre de Ely tenía antecedentes favorables y una nueva obligación con una fecha definida, del mismo modo que Rosa, Marcelo y otros nombres que había aprendido a considerar confiables. Después de escribir la cantidad, las condiciones y el vencimiento, continuó revisando el resto de sus cuentas sin detenerse especialmente en aquella anotación. Los cincuenta dólares no merecieron más atención porque, desde su perspectiva, no contenían ninguna señal que permitiera anticipar una dificultad.

Durante los días siguientes la vida familiar siguió con absoluta normalidad. Anselmo visitó la casa, acompañó a Ely al mercado y finalmente arregló la llave que había prometido revisar. La madre estuvo presente en varias de aquellas ocasiones y nunca pareció preocupada por el dinero; tampoco tenía motivos para estarlo, porque el vencimiento todavía quedaba lejos y había demostrado tres veces que no necesitaba recordatorios.

Anselmo tampoco mencionó el préstamo. Una de sus reglas era no cobrar antes de tiempo. Podía resultar insistente cuando una fecha ya había vencido, pero mientras el plazo continuara abierto consideraba que la persona tenía derecho a utilizar el dinero sin sentir que él permanecía observando cada movimiento. Para Anselmo, confiar significaba también respetar ese espacio: esperar

hasta el día acordado antes de convertir una deuda en tema de conversación.

Una semana antes del vencimiento encontró el nombre de la madre de Ely durante una revisión nocturna y apenas se detuvo el tiempo suficiente para recordar cuáles eran las cuentas próximas a cerrar. Dos días después permaneció casi una hora conversando con ella y tampoco dijo nada. Recordarle una fecha que siempre había respetado le habría parecido innecesario e incluso ofensivo, porque habría supuesto tratarla como si sus tres cumplimientos anteriores no significaran nada.

El jueves anterior al pago, Ely pasó por su casa. Habían pensado salir a comer, pero la lluvia terminó obligándolos a preparar algo allí. Mientras Anselmo buscaba algunos utensilios sobre la mesa, ella vio la libreta y recordó que al día siguiente vencían los cincuenta dólares de su madre. Comentó que ya empezaba a memorizar incluso las fechas ajenas y Anselmo bromeó con que se estaba volviendo demasiado curiosa con sus asuntos. Ely admitió que, tratándose de su madre, prefería saber cuándo terminaban aquellas operaciones porque continuaba sin querer quedar involucrada si alguna vez surgía una dificultad.

Anselmo cerró la libreta y le aseguró que no había razones para preocuparse, pues su madre pagaba. Ely tuvo que reconocer que, hasta entonces, toda la evidencia indicaba exactamente lo mismo. La lluvia continuó y la conversación cambió sin que ninguno imaginara que, pocas horas después, una certeza construida a partir de tres experiencias exitosas empezaría a debilitarse por primera vez.

El viernes Anselmo siguió su rutina habitual. Salió por la mañana, realizó algunas diligencias, recibió un pago y más tarde entregó un préstamo pequeño. No fue a casa de Ely porque no tenía ninguna razón para hacerlo. En las tres ocasiones anteriores, la madre había encontrado la manera de devolverle el dinero y él esperaba que sucediera lo mismo. A media tarde recordó la fecha sin preocupación y, alrededor de las seis, después de recibir otro pago, preparó café y se sentó a revisar algunas cuentas. Cuando volvió a encontrar el nombre de la mujer miró el reloj, comprobó que todavía quedaban varias horas para terminar el día y continuó con las demás páginas sin modificar nada.

Pasadas las nueve, Ely lo llamó. Hablaron durante varios minutos sobre asuntos completamente distintos y terminaron haciendo planes para el domingo. Anselmo respondió con normalidad, aunque en algún momento esperó que ella mencionara el pago de su madre. Ely no lo hizo y él tampoco consideró correcto introducirlo, porque habían acordado precisamente que no la utilizaría como intermediaria y unas pocas horas de retraso no justificaban romper aquella promesa. Cuando terminó la llamada regresó a la mesa, observó la libreta abierta y comprobó que el nombre de la madre seguía acompañado por la fecha de aquel viernes. Otras personas se habían retrasado algunas horas y aquello no significaba necesariamente nada, de modo que cerró las tapas y se fue a dormir sin convertir todavía la demora en un problema.

El sábado por la mañana tampoco recibió noticias. Al principio pensó que quizá el dinero que la mujer esperaba había llegado tarde o que simplemente había surgido algún inconveniente capaz de explicar el retraso.

Cualquiera de aquellas posibilidades resultaba razonable y, tratándose de alguien que había pagado tres veces sin necesidad de recordatorios, Anselmo estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda.

A media tarde tomó el teléfono y pensó en escribirle exactamente de la misma manera en que escribía a cualquier persona después de una fecha vencida. Sin embargo, al comenzar el mensaje descubrió que corregía palabras que normalmente no habría considerado dos veces. No quería sonar demasiado seco y tampoco deseaba redactar algo tan cuidadoso que pareciera estar disculpándose por preguntar por su propio dinero. Escribió una frase, la leyó, la borró y volvió a intentarlo, hasta que comprendió que aquella dificultad empezaba a incomodarlo mucho más que el retraso mismo.

Con cualquier otro deudor habría escrito simplemente que el pago estaba vencido y preguntado cuándo podía recibirlo. No habría pensado en el siguiente almuerzo, en la manera en que aquella persona interpretaría el tono ni en la posibilidad de que la conversación terminara llegando a Ely. Por primera vez estaba experimentando exactamente aquello que había intentado explicar meses atrás: el problema de prestar a alguien cercano no comenzaba necesariamente cuando esa persona se negaba a pagar, sino mucho antes, en el instante en que reclamar una cantidad exigía calcular también el efecto que tendría sobre una relación.

Finalmente envió un mensaje breve preguntándole si todo estaba bien con el pago del día anterior. La respuesta tardó cerca de una hora. La madre de Ely se disculpó y explicó

que se le había complicado conseguir el dinero, aunque aseguró que podría entregárselo el lunes.

Anselmo aceptó sin discutir. Tres días no representaban demasiado y, considerando los antecedentes de la mujer, no encontraba ninguna razón para interpretar aquel retraso como algo más que una dificultad circunstancial. Tampoco modificó todavía la libreta; simplemente recordó la nueva fecha y dejó el asunto allí.

El domingo fue a almorzar a casa de Ely como hacía con frecuencia. Había imaginado cierta incomodidad al encontrarse con la madre después del primer retraso, pero ella lo recibió con la misma naturalidad de siempre. Hablaron durante la comida, comentaron algunas historias del barrio y en varios momentos incluso rieron. Nadie mencionó el dinero porque ambos conocían el nuevo acuerdo y todavía faltaba un día para cumplirlo.

Sin embargo, durante aquella comida Anselmo descubrió una sensación que no había experimentado en los préstamos anteriores. Aunque nadie pronunciara una sola palabra sobre los cincuenta dólares, él sabía que la deuda estaba presente. No aparecía como amenaza ni como conflicto y tampoco modificaba exteriormente la conversación, pero cada cierto tiempo recordaba que la mujer sentada frente a él tenía que pagarle al día siguiente. De pronto comprendió de una manera mucho más concreta lo que significaba compartir una mesa con alguien que le debía dinero.

Cuando había afirmado que prefería no prestar a familiares porque después había que cobrar, siempre había imaginado el problema en términos de una conversación

desagradable. No había pensado suficientemente en todo aquello que ocurría antes: conocer una fecha y decidir conscientemente no mencionarla, interpretar un silencio y preguntarse si el otro estaba haciendo lo mismo, o intentar continuar hablando con naturalidad mientras una parte de la atención permanecía atrapada en una cuenta que ninguno quería colocar sobre la mesa. Aun así, el almuerzo terminó bien y Anselmo se marchó sin mencionar el asunto.

El lunes esperó durante toda la mañana. Al mediodía todavía no había recibido ninguna noticia y empezó a prestar más atención al teléfono, aunque continuaba pensando que la mujer podía aparecer en cualquier momento. A media tarde decidió llamar. Ella respondió después de varios tonos y lo saludó con normalidad. Anselmo hizo lo mismo, pero esta vez llegó rápidamente al motivo de la llamada y recordó que habían quedado para ese día. La mujer aseguró que no lo había olvidado, aunque explicó que el dinero que esperaba todavía no llegaba.

Anselmo quiso saber cuándo creía que podría tenerlo y la mujer respondió primero que durante la semana. Aquella precisión no era suficiente para él, porque necesitaba una fecha que pudiera tratar como un acuerdo y, después de algunos segundos de duda, la madre terminó proponiendo el viernes. Anselmo aceptó sin reclamar por el retraso anterior, sin añadir intereses nuevos y sin convertir la conversación en una advertencia. Se despidió como siempre, dejó el teléfono sobre la mesa y después abrió la libreta. Por primera vez tuvo que modificar una fecha junto al nombre de la madre de Ely.

El gesto fue pequeño y apenas necesitó unas marcas de lápiz, pero permaneció observándolo un poco más de lo habitual. En las tres ocasiones anteriores aquel nombre había desaparecido de sus cuentas pendientes exactamente cuando correspondía. Ahora la fecha original quedaba reemplazada por otra. Anselmo no consideró grave aquella modificación porque una fecha podía cambiar; lo importante, desde su perspectiva, era que siguiera existiendo un punto concreto al que ambos pudieran llamar vencimiento.

El viernes llegó y tampoco hubo pago. Esta vez la madre de Ely escribió antes de que Anselmo tuviera que buscarla. Explicó que habían aparecido otros gastos y que necesitaba algunos días adicionales, aunque no indicó cuántos. Anselmo leyó el mensaje más de una vez antes de responder. Podía esperar porque los cincuenta dólares no comprometían sus cuentas y había concedido plazos mucho mayores a otras personas por cantidades más importantes. El problema no estaba en necesitar unos días adicionales, sino en que el nuevo retraso ya no venía acompañado por una fecha concreta. La primera demora había terminado el lunes, después apareció el viernes y ahora únicamente existían unos días cuya duración dependía de algo que ninguno había definido.

Aceptó, aunque la ausencia de un nuevo vencimiento empezó a incomodarlo. Esa noche Ely pasó por su casa y advirtió que estaba más callado de lo habitual. Anselmo intentó restarle importancia, pero después de algunas preguntas ella terminó comprendiendo que su madre tampoco había pagado ese viernes. Su primera reacción fue ofrecerse para hablar con ella, pero Anselmo se negó

y recordó la promesa que habían hecho antes de que existiera ninguna dificultad.

Ely insistió en que se trataba de su madre y él respondió que precisamente por esa razón prefería mantenerla fuera. Si la deuda podía resolverse entre las dos personas involucradas, no tenía sentido permitir que empezara a ocupar también la relación de pareja. Ely permaneció unos segundos en silencio antes de comentar que, al final, seguían siendo únicamente cincuenta dólares.

Anselmo recibió la observación con cierta incomodidad. Había escuchado muchas veces razonamientos semejantes y siempre le llamaba la atención que una cantidad pareciera volverse pequeña precisamente después de haber sido suficientemente importante como para pedirla. Explicó que, cuando su madre necesitó aquellos cincuenta dólares, no habían sido insignificantes; de haberlo sido, no habría tenido ninguna razón para pedirlos.

Ely entendió el argumento y tampoco pretendía justificar los retrasos. Conocía a su madre y estaba convencida de que terminaría pagando como en las ocasiones anteriores, aunque suponía que atravesaba una semana complicada y necesitaba algo más de tiempo. Anselmo reconoció que él también pensaba que finalmente pagaría. Lo que empezaba a necesitar no era una explicación larga ni una promesa especialmente solemne, sino una fecha capaz de significar algo para ambos.

La conversación no terminó en discusión. Ely podía comprender que Anselmo tuviera derecho a cobrar y, al mismo tiempo, sabía que la persona que debía era su madre. Aquella posición incómoda era precisamente la

que había intentado evitar desde que comenzaron los préstamos. Antes de marcharse volvió a ofrecerse para hablar con ella y Anselmo se negó nuevamente porque todavía creía posible cumplir la promesa de mantenerla fuera del conflicto.

Después de acompañarla hasta la puerta regresó a la mesa y abrió la libreta. Encontró las tres operaciones anteriores de la madre y recorrió con la mirada las cantidades ya tachadas. Los veinte, los treinta y los cuarenta habían seguido exactamente el recorrido previsto: salieron de sus manos, permanecieron fuera durante un tiempo conocido y regresaron cuando correspondía. Debajo estaba el préstamo de cincuenta, acompañado por una fecha original corregida y por el viernes posterior que tampoco se había cumplido.

Anselmo tomó el lápiz con intención de escribir un nuevo vencimiento y entonces comprendió que no tenía ninguno. Había aceptado que la mujer necesitaba unos días, pero ninguno de los dos había establecido cuántos. Aquello era precisamente lo que más le incomodaba. Hasta entonces la libreta había sido su forma de organizar algo tan incierto como prestar dinero. Cada nombre tenía una cantidad, cada cantidad unas condiciones y cada deuda una fecha. Incluso un retraso podía integrarse dentro del sistema mientras apareciera un nuevo acuerdo que sustituyera al anterior. Por primera vez, el nombre de la madre de Ely permanecía escrito allí sin una fecha verdadera de regreso.

Cerró la libreta y dejó una mano sobre la tapa. No necesitaba los cincuenta dólares al día siguiente y tampoco existía todavía una razón seria para imaginar que la mujer no pensara devolverlos. Estaba dispuesto a

esperar porque su historial seguía pesando más que dos retrasos; lo que ya no podía determinar con la misma seguridad era cuánto tiempo debía durar esa paciencia ni en qué momento esperar dejaba de ser una concesión razonable para convertirse en una deuda sin vencimiento.

CAPÍTULO 10

MAÑANA LE PAGO

Durante los primeros días posteriores al segundo retraso, Anselmo decidió no insistir. La decisión no nacía de la despreocupación, sino de una concesión que consideraba razonable después de los tres préstamos anteriores. La madre de Ely había demostrado hasta entonces que podía cumplir y, aunque aquella vez las cosas parecían haberse complicado, él todavía creía que era cuestión de esperar un poco. Había prestado cantidades mayores a personas mucho menos confiables y sabía que un retraso, por sí solo, no convertía necesariamente una deuda en un problema. Lo que realmente le incomodaba era la ausencia de una fecha, porque estaba acostumbrado a organizar cada préstamo alrededor de un plazo que le permitiera saber cuánto dinero tenía disponible y cuánto permanecía fuera de sus manos. Podía aceptar un retraso e incluso renegociar cuando las circunstancias lo justificaban, pero necesitaba saber hasta cuándo; la incertidumbre era precisamente aquello que su pequeño sistema administraba peor.

A pesar de aquella incomodidad, durante esa semana no escribió ni llamó. Continuó visitando la casa de Ely, aunque empezó a hacerlo con menos naturalidad. La primera vez después del retraso llegó un domingo a la hora acostumbrada y encontró a la madre preparando el almuerzo. Ella lo saludó como siempre, preguntó cómo estaba y continuó con sus cosas. Anselmo intentó comportarse de la misma manera, pero pronto descubrió que el silencio alrededor del dinero podía resultar tan incómodo como hablar de él. Durante la comida

conversaron sobre una vecina que estaba remodelando su casa, sobre el precio de algunos productos y sobre un problema que Ely había tenido durante la semana. Hubo momentos en que los tres rieron como antes y, sin embargo, Anselmo comenzó a preguntarse si la mujer interpretaría su presencia como una forma indirecta de cobrar. La posibilidad le resultaba desagradable porque no había ido a aquella casa por el dinero, sino porque durante meses había sido habitual pasar los domingos allí.

La madre de Ely experimentaba una incomodidad semejante, aunque desde el extremo contrario. Cada vez que Anselmo permanecía callado durante demasiado tiempo imaginaba que estaba pensando en la deuda; si miraba el teléfono, suponía que revisaba alguna fecha, y cuando la conversación se detenía sentía la necesidad de llenarla antes de que apareciera el tema que ambos evitaban. En realidad, Anselmo no dijo nada. Fue ella quien terminó mencionándolo cuando Ely se levantó para ir a la cocina. Le aseguró que durante esa semana conseguiría pagar y explicó nuevamente que algunos gastos se habían acumulado y no había previsto quedarse tan corta de dinero. Anselmo respondió que estaba bien y evitó pedir una fecha exacta porque no quería transformar una conversación de pocos segundos en el centro de todo el almuerzo. La mujer agradeció que entendiera, aunque después de que él se marchó terminó diciéndole a Ely que Anselmo parecía molesto. Cuando su hija quiso saber qué había dicho, tuvo que reconocer que nada; simplemente le había parecido distante.

La semana transcurrió y el pago tampoco llegó. Anselmo esperó hasta el sábado antes de preguntar y recibió una respuesta breve: el lunes pagaría sin falta. Aceptó, aunque

aquellas palabras empezaban a resultarle demasiado conocidas. Después de años prestando dinero había descubierto que quienes cumplían con regularidad rara vez necesitaban acompañar una fecha con expresiones como *sin falta*, *esta vez sí* o *se lo juro*; esas frases aparecían generalmente después de que una promesa anterior ya hubiera dejado de cumplirse. No quiso aplicar todavía aquella experiencia a la madre de Ely, porque tres préstamos pagados a tiempo seguían pesando más, dentro de su lógica, que los retrasos recientes.

El lunes por la tarde la mujer apareció en su casa. Anselmo se sorprendió al verla porque normalmente era él quien visitaba la vivienda de ellas. Después de sentarse, la madre abrió la cartera y colocó veinte dólares sobre la mesa. Explicó que era todo lo que había conseguido reunir y que completaría lo demás apenas pudiera. Anselmo miró el dinero y sintió alivio. No era suficiente para cerrar el préstamo, pero demostraba que la mujer no pretendía desaparecer de la obligación. Tomó los veinte dólares y preguntó cuándo creía que podría completar el resto del capital que todavía permanecía fuera de sus manos. La pregunta modificó inmediatamente la expresión de la mujer, que respondió que pagaría apenas tuviera dinero y que no sabía exactamente qué día podría hacerlo. Anselmo intentó explicarle que no tenía inconveniente en esperar, pero necesitaba al menos una referencia aproximada para organizarse. Ella calculó que quizá sería durante la semana siguiente, aunque no podía comprometerse con un día específico. Anselmo estuvo a punto de insistir y finalmente prefirió no hacerlo. Aceptó el pago parcial, agradeció que hubiera ido personalmente y dejó allí la conversación.

La madre salió de aquella casa con una sensación distinta de la que esperaba. Había entregado veinte dólares y, desde su propia forma de mirar la operación, reducía el capital pendiente de cincuenta a treinta. Esperaba sentir alivio, pero la pregunta sobre el resto había borrado parte de aquella satisfacción. Anselmo no había sido grosero, no la había amenazado ni había exigido el dinero de manera inmediata; aun así, ella consideraba que debería haber reconocido mejor el esfuerzo de haber reunido una parte. Sabía que le debía y precisamente por eso había conseguido esos veinte dólares. Mientras regresaba a casa empezó a pensar que Anselmo sabía dónde vivía, conocía a su hija, había recibido puntualmente los tres préstamos anteriores y acababa de obtener un abono importante. Desde su perspectiva, todo aquello debería bastar para que tuviera paciencia.

Cuando llegó, Ely preguntó cómo había ido. Su madre respondió que bien, aunque añadió que Anselmo parecía demasiado preocupado por saber cuándo recibiría el resto. Ely señaló que solamente le había pedido una fecha, pero la mujer recordó que acababa de entregarle veinte dólares. Su hija respondió que todavía quedaba capital por devolver y la madre, molesta, aseguró que conocía perfectamente cuánto faltaba. Ely comprendió que continuar solo conseguiría colocarla en una discusión que no le pertenecía y dejó el asunto allí.

Anselmo pensaba en la misma conversación desde una lógica completamente diferente. Los veinte dólares eran una buena señal y no tenía intención de despreciarlos; el problema era que aquello que permanecía pendiente volvía a quedar suspendido en una promesa indefinida. Si la mujer hubiera dicho miércoles, viernes o incluso dentro

de dos semanas, habría anotado el plazo y dejado de pensar en la cuenta hasta entonces. *Apenas tenga*, en cambio, no podía escribirse verdaderamente en una libreta. Esa noche registró los veinte dólares como el primer abono efectivo del préstamo de cincuenta y no volvió a contactar a la mujer durante varios días. La anotación quedó allí, sencilla y precisa: había entregado cincuenta y había recuperado veinte; hasta que otro dinero cambiara realmente de manos, aquel seguiría siendo el único pago efectuado dentro de esa operación.

Cuando llegó el siguiente domingo, Ely le preguntó si iría a almorzar. Anselmo respondió que tenía algunas cosas pendientes y prefería quedarse en casa. Era cierto que tenía trabajo, aunque en otras circunstancias probablemente lo habría dejado para después. Ely comprendió que la deuda influía en la decisión, pero no intentó convencerlo ni le preguntó qué ocurría con su madre. La promesa que Anselmo le había hecho tiempo atrás seguía presente: cualquier dificultad debía resolverla directamente con la mujer, sin convertir a Ely en mensajera ni utilizarla para averiguar qué pensaba hacer su madre. Por esa razón tampoco aprovechó la conversación para preguntarle si ella había dicho algo sobre el pago. El domingo siguiente sí fue a almorzar y aquella alternancia comenzó a convertirse lentamente en una nueva normalidad, pues algunas veces existían motivos reales para no asistir y otras simplemente prefería evitar una situación que empezaba a resultarle incómoda.

La madre también percibió el cambio. Cuando Anselmo aparecía intentaba comportarse con naturalidad, aunque la deuda modificaba su manera de interpretar hasta los gestos más pequeños. Una tarde él permaneció callado

mientras tomaban café y ella terminó preguntándole si ocurría algo. Anselmo respondió que estaba cansado, pero la mujer no quedó convencida y más tarde comentó a Ely que había pasado toda la tarde con “cara de cobrador”. Su hija recordó que ni siquiera había hablado de dinero. La madre respondió que no hacía falta porque ella sabía cómo la miraba. Ely no encontró una respuesta para aquello. Anselmo aseguraba estar haciendo exactamente lo contrario de presionarla: evitaba hablar de la deuda para no incomodar a nadie. Sin embargo, cuanto más se esforzaba en callarla, más parecía sentir la mujer que aquel silencio era otra forma de recordársela. La deuda empezaba a modificar no solamente las conversaciones, sino también la interpretación de aquello que nadie decía.

Pasaron varios días antes de que Anselmo volviera a preguntar directamente por el dinero. Lo hizo mediante un mensaje breve y sin reproches. La madre respondió que esperaba pagar la semana siguiente y, cuando él preguntó qué día, tardó varias horas antes de proponer el miércoles. Anselmo aceptó. Llegó el miércoles y el dinero no apareció. La mujer escribió al día siguiente explicando que había surgido otro gasto y que necesitaba un poco más de tiempo. Anselmo volvió a aceptar, aunque esta vez no pidió inmediatamente otra fecha porque empezaba a cansarse de sustituir un día por otro sin que ninguno terminara significando algo.

En las semanas siguientes el patrón se repitió lo suficiente para dejar de parecer una excepción. La madre prometía pagar cuando esperaba recibir algún dinero y, si aparecía una necesidad que consideraba más urgente, postergaba nuevamente el compromiso. Anselmo preguntaba cada vez menos, pero la reducción de sus mensajes no produjo

la tranquilidad que esperaba. Para la mujer, cada nuevo cobro parecía más difícil de justificar porque desde su perspectiva ya había realizado un abono importante. Había recibido cincuenta y entregado veinte; por eso seguía mirando treinta dólares de capital como la cantidad que realmente faltaba. Los intereses y las consecuencias de los retrasos todavía no se habían convertido en el centro explícito de la discusión, porque en ese momento el conflicto seguía girando principalmente alrededor de una cantidad pendiente y de fechas que se prometían con facilidad y se cumplían cada vez menos.

Una tarde habló de aquello con Ely y comentó que Anselmo tenía dinero suficiente para prestar cien o doscientos dólares a otras personas, pero parecía preocuparse demasiado por aquellos treinta que ella consideraba pendientes. Ely respondió que probablemente no los cobraba porque necesitara utilizarlos inmediatamente, sino porque le pertenecían. La mujer hizo un gesto de fastidio y recordó que nunca había dicho que no fuera a pagar; simplemente lo haría cuando pudiera. Ely le recomendó entonces que lo hiciera y terminara con el problema. Su madre respondió que eso era precisamente lo que estaba intentando y recordó los veinte dólares que ya había entregado. La conversación incomodó a Ely porque su madre empezó a señalar que Anselmo debería tener cierta consideración precisamente por tratarse de la madre de su pareja. Ely quiso saber qué relación tenía una cosa con la otra y la mujer respondió que, por la cercanía familiar, él podía comprender mejor sus circunstancias. Su hija recordó que ya había esperado bastante, pero la madre insistió en que continuaba preguntando. Ely señaló que últimamente casi ni lo hacía y recibió una respuesta que revelaba cuánto había

cambiado la percepción de la mujer: no necesitaba preguntar, porque cada vez que aparecía en la casa ella sabía perfectamente qué estaba pensando.

Más tarde Ely decidió hablar con Anselmo porque empezaba a sentirse afectada por aquello que ocurría dentro de su propia casa y necesitaba explicarle por qué algunas visitas se habían vuelto incómodas. No acudió a él para transmitirle una nueva promesa de pago ni porque Anselmo le hubiera pedido averiguar algo sobre su madre; fue una decisión propia, nacida del cansancio de observar cómo la deuda modificaba la convivencia de todos. Procuró no repetir las palabras de su madre como una acusación y se limitó a explicarle que ella se sentía presionada por la situación y que comenzaba a interpretar algunas de sus visitas como recordatorios silenciosos de la deuda. Anselmo tardó en responder y quiso saber si eso significaba que ya no podía ir a la casa. Ely explicó que no había dicho nada semejante y trató de hacerle comprender que su madre estaba avergonzada y probablemente por eso interpretaba determinados gestos de aquella manera. Anselmo podía comprender la vergüenza, pero le costaba aceptar convertirse en responsable de ella. Recordó que no hablaba de la deuda cuando iba, no preguntaba por dinero delante de Ely y había reducido considerablemente los cobros, de modo que terminó preguntando qué más podía hacer. Ely no tenía una respuesta sencilla y, por primera vez, comprendió que no existía una conducta de Anselmo capaz de resolver por sí sola la situación: si cobraba, su madre se sentía presionada; si callaba, interpretaba los silencios; si visitaba la casa, podía pensar que iba por dinero; si dejaba de hacerlo, la relación entre Ely y él también empezaba a cambiar.

Ely expresó finalmente aquello que llevaba tiempo intentando evitar: no quería estar en medio. Anselmo respondió que tampoco quería colocarla allí, pero ella le hizo notar que ya estaba. Él no podía negarlo, porque aunque nunca le había pedido que cobrara ni que llevara mensajes, la deuda ya estaba modificando dónde se encontraban, qué conversaciones podían tener y cómo Ely interpretaba las relaciones entre dos personas importantes para ella. A partir de entonces intentaron hablar menos del asunto, aunque la estrategia no funcionó demasiado. La deuda aparecía incluso cuando nadie la mencionaba: si Ely proponía visitar a su madre, Anselmo pensaba si resultaría incómodo; si se negaba, ella conocía la razón; cuando la madre preguntaba por él, Ely dudaba antes de responder porque ya no sabía si detrás de aquella pregunta existía afecto, molestia o preocupación por el dinero. Lo que había comenzado como una operación sencilla entre dos personas empezaba a ocupar espacios que nunca habían formado parte del acuerdo.

Después de otra promesa incumplida, Ely perdió la paciencia y le dijo a Anselmo que a veces parecía dispuesto a perder una persona antes que perder dinero. La frase salió con mayor dureza de la que pretendía y ella misma intentó corregirse, pero Anselmo ya la había escuchado. Tampoco sabía exactamente qué responder. Durante semanas había intentado separar la cantidad del problema y cada vez resultaba más difícil explicar por qué los treinta dólares de capital que todavía permanecían fuera podían importarle tanto cuando objetivamente no los necesitaba para vivir. Insistió en que no se trataba únicamente del dinero y Ely le pidió entonces que explicara de qué se trataba. Anselmo pensó antes de contestar. No quería hablar de principios como si estuviera

dando una lección ni repetir reglas que Ely conocía perfectamente. Terminó recordando algo más sencillo: cuando su madre necesitó los cincuenta, aquella cantidad no había sido insignificante. Había explicado por qué la necesitaba, había fijado una fecha y le había pedido que confiara en ella. Él lo había hecho. Ahora que llegaba el momento de devolver lo pendiente, parecía que los treinta restantes fueran tan poca cosa que él debía sentir vergüenza por querer recuperarlos.

Ely escuchó sin interrumpir y reconoció que no estaba diciendo que Anselmo careciera de razón. El problema era que se trataba de su madre. Allí aparecía finalmente aquello que ninguna cuenta podía resolver. Para Ely, detrás de aquellos treinta dólares existía una persona con la que tenía un vínculo que no podía reducir a un registro, mientras para Anselmo continuaba existiendo un acuerdo que había dejado de cumplirse. Ninguno estaba hablando exactamente de la misma cosa.

Mientras tanto, la madre había construido su propia explicación. No se consideraba alguien que se negara a pagar. Había entregado veinte dólares y pretendía completar los treinta restantes cuando pudiera hacerlo sin descuidar otras necesidades. Si en algún momento disponía de treinta dólares y debía elegir entre entregarlos a Anselmo o resolver algo urgente de la casa, escogería la casa. No porque quisiera quedarse con dinero ajeno, sino porque estaba convencida de que él podía esperar. Tenía ahorros, continuaba prestando y no dependía de aquella cantidad para comer. Con el tiempo, esa lógica empezó a resultarle tan evidente que dejó de comprender por qué Anselmo no la compartía. El problema era que nada de aquello había formado parte del acuerdo cuando pidió el

dinero. Anselmo había entregado cincuenta bajo una lógica diferente: no había prestado aquello que le sobraba, sino una cantidad que esperaba recuperar en una fecha determinada. Ninguno había cambiado completamente de personalidad; habían cambiado las circunstancias y ahora cada uno utilizaba sus propias razones para decidir qué resultaba justo.

Pasaron algunas semanas. Anselmo dejó de preguntar con frecuencia y, si encontraba a la madre de Ely, la saludaba y conversaba con ella sin mencionar el dinero. Algunas visitas incluso volvieron a parecerse a las de antes, aunque nunca recuperaron completamente la espontaneidad. La mujer interpretó la disminución de los cobros como señal de que finalmente él había comprendido su situación. Anselmo, en cambio, simplemente se había cansado de escuchar fechas que después debía reemplazar. Una noche recibió un mensaje de ella: “Anselmo, mañana le pago.” Meses atrás habría abierto inmediatamente la libreta y anotado el día porque una nueva fecha significaba orden y el orden significaba que la deuda volvía a estar bajo control. Esta vez dejó el teléfono sobre la mesa y continuó con lo que estaba haciendo, porque había aprendido que, dentro de aquella deuda, la palabra *mañana* ya no nombraba necesariamente un día concreto y podía ser apenas una forma de pedir otro poco de tiempo sin explicar cuánto. A la mañana siguiente la libreta permanecía cerrada en el mismo lugar, sin una nueva fecha escrita entre sus páginas.

PARTE III

LA FAMILIA TERMINA DONDE COMIENZA LA DEUDA

CAPÍTULO 11

YA NO SON CINCUENTA

Durante varias semanas Anselmo evitó modificar formalmente la deuda. Los veinte dólares que la madre de Ely había entregado permanecían registrados como un abono y, desde su perspectiva, debían conservar exactamente ese valor. No tenía intención de fingir que aquel pago nunca había ocurrido ni de convertirlo en algo diferente, pero el préstamo llevaba abierto mucho más tiempo del acordado y las sucesivas promesas habían dejado de ofrecerle una referencia confiable. En cualquier otra operación habría aplicado mucho antes las condiciones que utilizaba cuando una deuda sobrepasaba el plazo; precisamente porque se trataba de alguien cercano había hecho lo contrario y permitido que transcurrieran semanas sin modificar nada.

La madre de Ely observaba la situación desde una lógica mucho más sencilla. Había recibido cincuenta dólares y posteriormente había entregado veinte, por lo que consideraba que todavía faltaban treinta. Reconocía que se había retrasado mucho más de lo previsto y no negaba que Anselmo tuviera derecho a recuperar lo que le pertenecía, pero no creía que la demora pudiera transformar indefinidamente una cantidad cuyo origen ambos conocían. Si había recibido cincuenta y devuelto veinte, la diferencia seguía siendo treinta, sin importar cuántos viernes hubieran pasado desde entonces.

Anselmo ya no conseguía mirar únicamente esa resta. Desde el momento en que el préstamo dejó de cumplirse en la fecha acordada había empezado a considerar también

el tiempo transcurrido, los intereses y los aplazamientos posteriores como partes de una misma obligación. Durante semanas había suspendido cualquier incremento porque se trataba de la madre de Ely, pero aquella excepción comenzó a producirle una contradicción cada vez más difícil de ignorar. Si una fecha podía incumplirse repetidamente sin producir ninguna consecuencia, entonces la fecha anotada en la libreta terminaba perdiendo el sentido que para él tenía cualquier acuerdo.

No tomó la decisión durante una discusión ni después de recibir otra excusa. Una noche se sentó frente a la mesa, revisó la fecha original, calculó cuánto tiempo había transcurrido, mantuvo registrado el abono de veinte dólares y reconstruyó las condiciones bajo las que habría tratado una deuda semejante con cualquier otra persona. El resultado no significaba que desconociera el dinero ya recibido; aquellos veinte seguían allí. Lo que intentaba determinar era cuánto consideraba necesario para cerrar definitivamente una obligación que debía haber durado unas semanas y llevaba ya varios meses abierta. Según su cuenta, el total acumulado de cierre debía fijarse en sesenta dólares.

La precisión era importante incluso para él: no estaba diciendo que la madre de Ely tuviera que entregarle sesenta dólares adicionales. Como ya había pagado veinte, para alcanzar aquel total de sesenta todavía quedarían cuarenta dólares. Desde la aritmética de Anselmo, la operación era clara: sesenta como valor total acumulado de la obligación, menos veinte ya recibidos, dejaban cuarenta pendientes. Sabía, sin embargo, que para la mujer aquella explicación sería difícil de aceptar porque ella continuaba pensando en treinta dólares de capital mientras

él había empezado a valorar también el tiempo durante el cual ese capital había permanecido fuera.

Por eso decidió hablar personalmente con ella. La conversación ocurrió un domingo después del almuerzo. Anselmo había vuelto a visitar la casa con cierta regularidad, aunque aquellas tardes ya no poseían la espontaneidad de meses atrás. Habían aprendido a conversar alrededor de la deuda y a comportarse durante algunas horas como si los treinta dólares que la mujer consideraba pendientes no estuvieran también sentados a la mesa. Cuando Ely salió a comprar algunas cosas, Anselmo aprovechó el momento.

La madre estaba recogiendo los platos y, apenas escuchó que quería hablar del préstamo, respondió que no se había olvidado. Anselmo aseguró que sabía que tenía intención de pagar, pero explicó que habían transcurrido demasiadas semanas y que ya no podía mantener indefinidamente las condiciones originales. Después le dijo que había recalculado la operación considerando el abono recibido, los retrasos y el tiempo adicional. Para cerrar definitivamente la deuda, el total quedaría establecido en sesenta dólares.

La mujer tardó algunos segundos en reaccionar y lo primero que hizo fue recordar que ya había entregado veinte. Anselmo respondió que precisamente por eso no estaba pidiendo sesenta nuevos; aquellos veinte formaban parte de la cuenta y, bajo el nuevo total, quedarían cuarenta por completar. La explicación no consiguió tranquilizarla. Desde su perspectiva había pedido cincuenta y devuelto veinte, por lo que faltaban treinta. Anselmo sostuvo que aquella cuenta habría sido suficiente

si el préstamo se hubiera cerrado dentro del plazo acordado, mientras ella recordó que no había podido pagar y él señaló que precisamente por conocer sus dificultades había esperado durante semanas sin modificar nada.

La mujer formuló entonces aquello que realmente le resultaba difícil aceptar. Si faltaban treinta de los cincuenta originales, no comprendía por qué ahora debía entregar cuarenta más para terminar. Desde su punto de vista, el retraso estaba consiguiendo que la parte pendiente volviera a crecer hasta acercarse nuevamente a la cantidad que había solicitado inicialmente. Anselmo trató de explicar que no estaba duplicando arbitrariamente esos treinta dólares, porque existían intereses y varios vencimientos incumplidos, pero la operación empezaba a parecerle a ella cada vez más distante de aquello que recordaba haber acordado.

Había pedido cincuenta, había entregado veinte y ahora debía pagar otros cuarenta para que Anselmo considerara cerrada una obligación de sesenta. Todo lo demás le parecía una estructura demasiado complicada para justificar una cantidad que ya no reconocía completamente como propia. Le dijo que aquello no le parecía justo y Anselmo respondió que tampoco encontraba justo haber recibido una sucesión de fechas que nunca terminaban cumpliéndose. La mujer recordó que él conocía las dificultades económicas que había atravesado y esperaba precisamente por eso mayor comprensión. Anselmo sostuvo que comprenderlas no podía significar que el tiempo dejara de producir cualquier consecuencia, y ella terminó comentando, entre incredulidad y molestia, que para él probablemente hasta

respirar debía generar intereses. Anselmo decidió no responder y la conversación terminó sin acuerdo.

Cuando Ely regresó percibió inmediatamente que algo había cambiado, aunque ambos hablaban ya de otras cosas. Esperó hasta que Anselmo se marchó y entonces su madre reconstruyó la conversación desde su propia perspectiva: había pedido cincuenta dólares, había logrado devolver veinte pese a sus dificultades y ahora él pretendía convertir la operación en una deuda total de sesenta. En su relato apenas aparecían los intereses y las fechas incumplidas porque, para ella, nada de aquello modificaba el punto de partida. Estaba dispuesta a devolver aquello que consideraba legítimamente pendiente, pero no quería aceptar que una necesidad económica terminara produciendo una cantidad cada vez más difícil de reconocer.

Más tarde Ely habló con Anselmo. Él reconstruyó los plazos, el abono y el tiempo concedido intentando demostrar que la cifra no había aparecido de manera caprichosa. Ely comprendió su lógica, pero formuló una pregunta que Anselmo no había considerado con suficiente profundidad: quiso saber si su madre había entendido desde el principio que un incumplimiento prolongado podía terminar produciendo exactamente una cifra semejante.

Anselmo necesitó pensarlo. La mujer sabía que cobraba intereses y conocía de manera general que los retrasos podían producir consecuencias; sin embargo, cuando entregó aquellos cincuenta dólares, él no había explicado con detalle qué sucedería si el préstamo permanecía abierto durante meses ni mediante qué criterio calcularía

los cargos después de sucesivos vencimientos incumplidos. Tuvo que reconocerlo.

Ely señaló que allí también existía un problema y Anselmo no discutió. Había permitido que una relación iniciada dentro de la confianza familiar terminara comportándose como un préstamo sometido a reglas que él conocía perfectamente, pero que nunca había dejado completamente explicitadas para la otra persona. Aquello que para él formaba parte de una práctica habitual podía no haber sido igualmente evidente para la madre de Ely. Por eso Ely le pidió que, antes de modificar nuevamente cualquier cantidad, hablaran directamente y dejaran establecidas unas condiciones que ambos pudieran reconocer.

Después de otra conversación difícil, Anselmo y la madre de Ely alcanzaron un acuerdo. El total de sesenta dólares quedó fijado como cifra definitiva de cierre, reconociendo expresamente los veinte que ella ya había entregado. Por tanto, restaban cuarenta dólares, que acordaron dividir en dos pagos de veinte durante las semanas siguientes. A cambio, Anselmo se comprometía a no añadir ningún nuevo cargo si ambas fechas eran respetadas. La mujer no quedó plenamente satisfecha con la cifra, pero aceptó porque quería terminar con el conflicto y porque, por primera vez en meses, ambos disponían nuevamente de condiciones concretas que podían conducir al cierre.

Durante algunos días pareció que la deuda podía regresar a un terreno manejable. Cuando llegó la primera fecha, sin embargo, la mujer apareció con únicamente diez dólares. Había surgido otro gasto urgente y no había conseguido reunir los veinte acordados. Anselmo observó el dinero y

comprendió que aceptar aquel nuevo abono parcial podía volver todavía más difícil una cuenta que ya había generado suficientes desacuerdos. Después de pensarlo, le pidió que conservara los diez y que reuniera la cantidad completa para la siguiente fecha. No estaba rechazando el pago como castigo ni aumentando por ello la deuda; simplemente quería evitar que continuaran acumulándose pequeños abonos dentro de una operación cuya interpretación ya era distinta para cada uno. La mujer aceptó guardar el dinero, aunque interpretó la decisión como otra manifestación de rigidez.

De este modo, no se produjo ningún nuevo pago efectivo: los únicos veinte dólares que Anselmo había recibido hasta ese momento seguían siendo el abono realizado meses atrás. La cuenta del acuerdo permaneció, por tanto, matemáticamente intacta: sesenta dólares como total de cierre, veinte ya pagados y cuarenta todavía pendientes.

Ambos acordaron concentrar los cuarenta restantes en la segunda fecha. Para Anselmo era una nueva oportunidad de terminar sin volver a modificar la cifra; para la madre de Ely significaba disponer de unas semanas adicionales para reunir el dinero. Sin embargo, cuando llegó el nuevo vencimiento tampoco hubo pago. La mujer explicó que no tenía los cuarenta y que necesitaría más tiempo. Esta vez no ofreció inmediatamente otra fecha y, cuando Anselmo recordó que el acuerdo de sesenta dependía precisamente de respetar los vencimientos establecidos, ella respondió que ningún acuerdo podía obligarla a sacar dinero de donde no había. Anselmo dejó de discutir porque comprendió que, a pesar de todo lo hablado, habían regresado prácticamente al mismo punto.

Para entonces el conflicto ya no pertenecía únicamente a la familia. En un barrio pequeño, la información rara vez necesita una fuente perfectamente identificada para circular. Bastaba que alguien escuchara una parte de una conversación, que otra persona añadiera una cantidad y que una tercera recordara la historia de una manera ligeramente distinta para que, pocos días después, una versión pareciera haber existido desde siempre.

Alguien empezó a decir que Anselmo había prestado cincuenta dólares a la madre de Ely y ahora le cobraba sesenta. La frase llegó al mercado, pasó por una tienda y terminó formando parte de conversaciones entre personas que alguna vez también le habían pedido dinero. Algunos no encontraron nada extraño porque consideraban evidente que un retraso debía tener consecuencias; otros reaccionaron recordando que se trataba de la madre de su pareja y que precisamente por esa cercanía Anselmo debería comportarse de manera diferente. También aparecieron quienes consideraban divertida la situación porque una pelea familiar por cincuenta dólares resultaba suficientemente sencilla para convertirse en una buena historia.

Ninguna versión contenía todo. Algunas omitían los meses de retraso y otras olvidaban completamente el abono de veinte. Había quienes hablaban como si Anselmo hubiera prestado cincuenta un día y exigido sesenta al siguiente, mientras otros aseguraban que la mujer llevaba medio año sin devolver un solo centavo. Cada vez que la historia cambiaba de boca perdía contexto y ganaba facilidad para ser contada.

Anselmo se enteró cuando un conocido se acercó riéndose y quiso saber si ahora también cobraba intereses durante los almuerzos familiares. La broma no le causó gracia y su primera reacción fue preguntar quién había contado la historia. El hombre respondió únicamente que se comentaba, expresión que terminó molestándolo más que el propio chiste. Hasta entonces Anselmo había considerado la deuda un problema privado y descubrir que otras personas la utilizaban para evaluar su manera de prestar alteró algo que para él resultaba especialmente importante. No quería que el barrio empezara a creer que modificaba las condiciones después de entregar el dinero, aunque tampoco estaba dispuesto a recorrer las calles explicando meses de conversaciones a cada persona que hubiera escuchado una versión incompleta. Decidió no responder, pero el silencio dejó suficiente espacio para que otros completaran la historia como quisieran.

La madre de Ely también escuchó los comentarios y su primera reacción fue distinta. Descubrir que algunas personas consideraban excesivo que un préstamo de cincuenta hubiera terminado en un total de sesenta le produjo cierto alivio, porque por primera vez sintió que otros comprendían aquello que llevaba semanas intentando explicar. A una vecina le comentó que no era la única que pensaba que Anselmo estaba abusando y la mujer le recomendó pagar para terminar con el problema. La madre respondió que lo haría, pero que pagaría lo justo.

Aquella expresión empezó a sustituir lentamente otra que había utilizado durante meses. Antes decía simplemente que iba a pagar; ahora decía que pagaría lo justo. El cambio parecía pequeño, pero significaba que ya no reconocía toda la cantidad reclamada como parte de su

propia obligación. Desde su perspectiva, aceptar los incrementos sería reconocer un abuso; desde la de Anselmo, negarse a hacerlo significaba eliminar las consecuencias de todos los incumplimientos anteriores.

Transcurrió más de un mes sin que consiguieran cerrar el préstamo. Anselmo no añadió inmediatamente nuevos cargos porque había prometido explicar cualquier modificación antes de aplicarla y, después de la conversación con Ely, procuraba ser más cuidadoso. Sin embargo, el convenio que debía mantener el total en sesenta tampoco se había cumplido y el tiempo continuaba avanzando. Una noche volvió a sentarse frente a la libreta y revisó desde el comienzo la operación.

La matemática continuaba siendo precisa. Había entregado cincuenta dólares. De esos cincuenta había recibido un solo abono efectivo de veinte, de modo que el capital no recuperado seguía siendo treinta. Más adelante había establecido un total acumulado de cierre de sesenta, que habría dejado cuarenta por completar después del abono ya registrado, pero ese acuerdo no había sido cumplido. Los diez dólares que la mujer llevó en la primera fecha nunca habían cambiado de manos y, por tanto, no formaban parte de los pagos recibidos. No existía ningún otro abono escondido dentro de la libreta.

Anselmo revisó entonces el tiempo adicional transcurrido y el incumplimiento del convenio de sesenta. Según la lógica que utilizaba para sus otras operaciones, el nuevo total acumulado de cierre llegaba a setenta dólares. Esa cifra tampoco significaba que la mujer debiera entregarle setenta dólares nuevos. Los veinte pagados anteriormente continuaban reconocidos, por lo que bajo aquella nueva

cuenta quedarían cincuenta dólares por completar. La diferencia fundamental era que la madre seguía considerando que solo debía treinta del capital original, mientras Anselmo había llegado a una obligación total de setenta que incorporaba también los intereses y el tiempo transcurrido.

Esta vez no escribió la cifra como una decisión automática. La dejó sobre el papel durante varios días antes de hablar con la madre de Ely.

Cuando finalmente lo hizo, la reacción fue mucho más fuerte que la anterior. La mujer quiso saber cómo una deuda que primero había sido cincuenta y después sesenta podía convertirse ahora en setenta. Anselmo intentó explicar que el convenio de los sesenta no había sido respetado y que había transcurrido otro periodo sin completar los pagos. Ella interpretó la sucesión de cifras de una manera mucho más sencilla: primero cincuenta, después sesenta y ahora setenta. Desde su perspectiva, cada nueva fecha parecía añadir dinero a una deuda que ya no conservaba una relación reconocible con aquello que realmente había recibido.

Quiso saber si pensaba agregar diez dólares cada vez que incumpliera y Anselmo explicó que no funcionaba de aquella manera. Sin embargo, la pregunta lo obligó a reconocer una dificultad real dentro de su propia lógica. Si los retrasos continuaban y él seguía aplicando el mismo sistema, la cifra podía volver a aumentar. Aquello que para Anselmo poseía una coherencia interna empezaba a producir un resultado cada vez más alejado de los cincuenta dólares que la mujer recordaba haber recibido.

Respondió finalmente que la deuda dejaría de crecer cuando consiguieran cerrarla. La madre replicó que, bajo aquella lógica, quizá nunca terminaría, mientras Anselmo sostuvo que bastaba con fijar una fecha y cumplirla. Llevaban demasiado tiempo repitiendo variaciones de la misma conversación para que cualquiera de esas respuestas pudiera resolver algo. Finalmente la mujer abandonó el tratamiento formal que había conservado incluso durante los momentos más incómodos y, hablándole ya de tú, le recordó que ella únicamente le había pedido cincuenta dólares.

Anselmo respondió que él únicamente le había pedido que cumpliera el viernes.

Aquella oposición resumía prácticamente toda la deuda. La madre seguía mirando hacia el día en que recibió cincuenta dólares y hacia los veinte que había conseguido devolver; Anselmo miraba también todas las fechas transcurridas desde entonces. Para ella, el origen seguía definiendo la obligación. Para él, también la definía el tiempo.

Ely había escuchado parte de la conversación desde otra habitación y decidió no intervenir. Había prometido mantenerse fuera y empezaba a comprender que cualquier frase suya podía terminar utilizada después como argumento por alguna de las partes. Su madre terminó afirmando que pagaría aquello que realmente debía, pero no aceptaría un total de setenta dólares por un préstamo que había comenzado en cincuenta. Anselmo respondió que tampoco podía aceptar que ella decidiera unilateralmente qué partes de los acuerdos incumplidos tenían valor y cuáles podían desaparecer. No hubo insultos

ni amenazas. Todavía eran capaces de terminar una conversación y apartarse, aunque algo menos visible se había transformado: ya no hablaban principalmente para comprender al otro, sino para defender la propia versión.

En los días siguientes, la cifra de setenta se extendió por el barrio con mucha más rapidez que la de sesenta. La historia se volvió todavía más sencilla porque ahora podía contarse mediante dos números capaces de producir inmediatamente una reacción: Anselmo había prestado cincuenta dólares a su suegra y quería cobrar setenta.

Los veinte dólares abonados desaparecían con frecuencia del relato, igual que los meses de retraso, los convenios posteriores y las nuevas fechas. Quedaban únicamente el principio y el final porque resultaban mucho más fáciles de recordar. Algunas personas empezaron a llamarlo usurero, mientras otras sostenían que nadie había obligado a la mujer a pedir dinero. También estaban quienes observaban el conflicto como una historia entretenida y esperaban descubrir cuál sería la siguiente cifra. Anselmo comenzó a percibir miradas diferentes cuando caminaba por el barrio y la madre de Ely, en cambio, empezó a sentirse respaldada por quienes consideraban excesivo el cobro. La deuda había dejado de pertenecer únicamente a quienes la habían contraído y comenzaba a depender también de aquello que otras personas decidieran creer sobre ella.

Una noche Ely escuchó a dos mujeres hablando cerca de una tienda. Una aseguraba que Anselmo estaba cobrando casi el doble de lo prestado y la otra afirmaba que su madre llevaba meses sin pagar absolutamente nada. Ninguna de las dos versiones era correcta y, sin embargo, Ely continuó

caminando sin intentar corregirlas. Cuando llegó a casa encontró a su madre viendo televisión y pensó en advertirle que el barrio entero parecía conocer el problema, aunque terminó suponiendo que probablemente ya lo sabía.

Más tarde recibió un mensaje de Anselmo. No hablaba de dinero; quería saber si saldrían al día siguiente. Ely aceptó y durante algunos minutos conversaron sobre cualquier otra cosa, aunque cada vez requería más esfuerzo mantener una conversación en la que aquella deuda no encontrara alguna manera de entrar. Para entonces, Anselmo había fijado un total de setenta dólares, de los cuales solo veinte habían sido efectivamente pagados, mientras la madre seguía mirando los cincuenta originales y consideraba que únicamente faltaban treinta de capital.

Los dos podían explicar perfectamente sus propias cuentas. Lo que ninguno conseguía ya era reconocer como propia la cuenta del otro.

CAPÍTULO 12

TODO EL BARRIO SABE

Al principio, la madre de Ely creyó que los comentarios desaparecerían con la misma rapidez con que habían comenzado. En un barrio donde todos parecían saber algo de los demás, una deuda de cincuenta dólares difícilmente podía conservar durante demasiado tiempo la atención de nadie. Siempre existía una separación inesperada, una pelea entre vecinos, un hijo que no regresaba a casa, alguien que perdía el trabajo o una familia atravesando una dificultad económica. Bastaba esperar algunos días para que una historia sustituyera a otra. Esta vez, sin embargo, aquello no ocurrió y la deuda empezó a adquirir una vida que ya no dependía exclusivamente de Anselmo ni de la mujer que había recibido el dinero.

La primera señal apareció en una tienda cercana a su casa. Había ido a comprar algunas cosas cuando una mujer a quien conocía desde hacía años le preguntó, con una familiaridad que pretendía parecer inocente, si finalmente había solucionado el problema con Anselmo. No necesitó especificar de qué problema hablaba. La manera en que bajó ligeramente la voz y observó alrededor antes de formular la pregunta revelaba que conocía suficiente de la historia para no necesitar explicaciones. La madre de Ely respondió que estaban intentando arreglarlo y continuó escogiendo los productos que necesitaba, pero la mujer comentó que había escuchado que Anselmo estaba cobrando setenta dólares por un préstamo de cincuenta.

Aquella formulación consiguió que se detuviera. Aclaró inmediatamente que meses atrás ya había entregado veinte

dólares y la sorpresa de la otra mujer fue sincera, porque esa parte de la historia nunca había llegado hasta ella. La precisión era importante: Anselmo había fijado un total acumulado de setenta dólares, no estaba exigiendo setenta nuevos. De los cincuenta originales, la madre había pagado veinte, de modo que desde la cuenta de Anselmo todavía quedaban cincuenta para completar aquel total; desde la cuenta de ella, en cambio, solo faltaban treinta para devolver íntegramente el capital recibido. Ninguna de esas explicaciones circulaba completa por el barrio. Lo que sobrevivía era mucho más sencillo: pidió cincuenta y ahora él decía setenta.

La madre no añadió nada más. Pagó sus compras y regresó a casa, aunque durante todo el trayecto siguió pensando en la conversación. No le molestaba únicamente que alguien conociera la deuda; lo verdaderamente incómodo era descubrir que podía circular una versión donde su único pago efectivo hubiera desaparecido por completo. La misma historia podía convertir a Anselmo en un abusador si se contaba únicamente que había prestado cincuenta y establecido después un total de setenta, o convertirla a ella en una irresponsable si alguien añadía los meses de retraso y omitía los veinte que ya había devuelto. Por primera vez comprendió con claridad que ninguno controlaba ya la forma en que otras personas reconstruían lo ocurrido.

Durante los días siguientes aparecieron señales semejantes. Una vecina hizo un comentario indirecto, otra persona preguntó si todavía debía dinero y finalmente la madre escuchó su propio nombre dentro de una conversación que se interrumpió apenas se acercó. Aquello le produjo una vergüenza distinta de la que había sentido frente a Anselmo. Mientras el conflicto

permanecía dentro de la familia podía discutir, defender su versión y explicar por qué consideraba injusta la cantidad acumulada; fuera de aquel espacio no sabía qué conocía cada persona ni cuántas partes habían sido modificadas antes de llegar hasta ella. Empezó a comprar algunas cosas en otra tienda y ni siquiera se lo comentó a Ely. No había tomado la decisión porque alguien la hubiera insultado directamente, sino porque comenzaba a resultarle más sencillo modificar pequeñas rutinas que entrar en lugares donde podía sentir que todos conocían una historia cuya versión exacta ni siquiera ella podía controlar.

El rumor llegó también hasta Anselmo, aunque por un camino diferente. A quienes le pedían dinero les interesaba menos decidir quién tenía razón dentro del conflicto familiar que descubrir si aquel caso significaba que las reglas con las que había prestado durante años podían cambiar dependiendo de la persona involucrada. Un hombre que llevaba tres días atrasado fue el primero en utilizar a la madre de Ely como argumento. Cuando Anselmo le recordó el vencimiento, respondió que su suegra había recibido meses de espera y que no parecía justo exigirle a él puntualidad después de apenas unos días.

Anselmo quedó sorprendido por la comparación y explicó que una deuda no tenía relación con la otra. El hombre insistió en que las reglas deberían ser iguales para todos y Anselmo estuvo a punto de señalar que precisamente haber intentado tratar una deuda familiar mediante reglas semejantes estaba en el origen del conflicto. Sin embargo, comprendió que explicar meses de decisiones a una persona que únicamente necesitaba cumplir su propio

acuerdo no tenía demasiado sentido. Se limitó a recordar la fecha y terminó la conversación.

Poco después ocurrió algo semejante con alguien que todavía no había recibido dinero. Antes de aceptar las condiciones quiso saber cuánto podía crecer la obligación en caso de retrasarse, porque había escuchado que cincuenta dólares podían terminar convertidos en setenta. La pregunta era razonable y precisamente por eso preocupó a Anselmo. Por primera vez tenía que defender la claridad de su manera de prestar antes incluso de entregar el dinero. Explicó con más detalle de lo habitual cuánto entregaría, cuánto debía regresar, cuál era la fecha exacta y qué ocurriría si la otra persona necesitaba una extensión. Hasta entonces había supuesto que muchas de aquellas reglas eran suficientemente conocidas; empezaba a descubrir que, en realidad, habían sido evidentes sobre todo para quien llevaba la libreta.

Aquello le preocupaba mucho más que las bromas. Su actividad dependía de una confianza particular entre personas que necesitaban cantidades pequeñas con rapidez y alguien dispuesto a entregarlas sin procedimientos demasiado complejos. Los deudores confiaban en que Anselmo respetaría lo acordado y él confiaba en que su reputación sería suficiente para que las fechas y condiciones fueran tomadas en serio. Si el barrio empezaba a creer que modificaba las reglas después de entregar el dinero, aquella confianza podía deteriorarse. La deuda de la madre de Ely ya no estaba afectando únicamente una relación familiar; había empezado a entrar en sus otras operaciones.

Durante algunos días Anselmo intentó averiguar quién había contado la historia, pero pronto comprendió que perseguir el origen era inútil. Cada persona aseguraba haberla escuchado de alguien distinto. Un conocido creía que había surgido en el mercado, otra mujer pensaba haberla oído mientras esperaba un autobús y alguien más estaba convencido de que llevaba semanas circulando antes de conocerla personalmente. Nadie había estado presente cuando Anselmo entregó los cincuenta dólares y nadie había presenciado todas las promesas posteriores, pero eso no impedía que casi todos tuvieran una posición. Quien alguna vez había prestado y pasado meses intentando recuperar su dinero tendía a comprenderlo; quien había tenido que endeudarse para resolver una urgencia encontraba más fácil entender a la madre de Ely. Las cifras podían ser las mismas y, sin embargo, el significado cambiaba según la experiencia de quien las escuchaba. El barrio empezaba a funcionar como un tribunal donde casi nadie conocía todos los antecedentes y, aun así, sobraban conclusiones.

Ely intentó mantenerse al margen hasta que las preguntas comenzaron a llegar directamente hasta ella. Una compañera quiso saber si realmente Anselmo estaba cobrando setenta dólares a su madre y Ely respondió que se trataba de un asunto entre ellos. Días después otra persona preguntó si su madre se negaba a pagar, formulación que la irritó todavía más porque contenía una acusación completamente distinta. Ninguna pregunta expresaba la situación con precisión. Anselmo había fijado un total acumulado de setenta, pero había recibido veinte, de modo que su cuenta mantenía cincuenta pendientes; la madre reconocía solo treinta de capital y afirmaba que eso era lo que pensaba devolver. Ely conocía

esas diferencias y también sabía que explicarlas significaría convertir cada conversación casual en una reconstrucción financiera de la vida de su familia.

Aquella tarde regresó a casa y encontró a su madre conversando con una vecina. No escuchó toda la conversación, pero oyó el nombre de Anselmo y comprendió inmediatamente de qué hablaban. Esperó hasta que la mujer se marchó antes de preguntar si estaba contando la historia. Su madre reaccionó con molestia y aseguró que no buscaba a nadie para hablar de la deuda; simplemente las personas preguntaban. Ely quiso saber entonces cómo habían conseguido enterarse y la mujer respondió que quizá debería preguntárselo a Anselmo.

Aquella sospecha sorprendió a Ely. Su madre estaba empezando a asumir que él había contado el problema porque, según decía, nadie más tenía interés en revelar cuánto debía. Ely no encontraba demasiado sentido en la acusación. Conocía a Anselmo lo suficiente para saber que podía ser rígido, insistente y difícil cuando consideraba que una fecha debía cumplirse, pero también sabía que acostumbraba tratar las deudas como asuntos privados entre quien prestaba y quien debía. Además, divulgar que llevaba meses sin cerrar una cuenta tampoco parecía especialmente favorable para él. Su madre no quedó convencida porque, desde su perspectiva, alguien tenía que haber hablado. Ely decidió no continuar; empezaba a reconocer el momento exacto en que una conversación dejaba de buscar respuestas y comenzaba únicamente a proteger una sospecha.

La vergüenza de la madre aumentó cuando las personas dejaron de preguntarle directamente. Una tarde entró en

una tienda y dos mujeres interrumpieron la conversación apenas apareció. Una la saludó con demasiada amabilidad y la otra evitó mirarla. Podían haber estado hablando de cualquier cosa, pero ella salió convencida de que el tema era su deuda. Mientras regresaba a casa pensó que Anselmo podía reclamar aquello que considerara pendiente dentro de los límites de la relación que tenían, pero no tenía derecho a convertirla en comentario público.

Sabía que no existía ninguna prueba de que él hubiera contado la historia y tampoco podía recordar a una sola persona que afirmara haberla escuchado directamente de su boca. Aun así, la sospecha empezó a resultarle cómoda porque permitía colocar la vergüenza en un lugar concreto. Si Anselmo había hablado, entonces aquello que sentía tenía un responsable identificable. Las opiniones ajenas tampoco ayudaban. Una vecina le recomendaba pagar antes de que el asunto empeorara y, al escucharla, sentía que la trataban como alguien perseguido por una deuda; otra le decía que no debía dejarse abusar y aquella frase producía el efecto contrario, porque durante unos minutos se sentía comprendida. Ninguna posición conseguía tranquilizarla. No quería ser considerada irresponsable, pero tampoco quería convertirse en víctima. Lo único que deseaba era dejar de ser identificada por aquellos cincuenta dólares.

Anselmo enfrentaba una presión diferente. Una tarde, un hombre al que había prestado cien dólares llegó para renegociar un vencimiento. Llevaba una semana de retraso y necesitaba quince días adicionales. Anselmo explicó cuánto implicaría la extensión y el hombre, intentando bromear, le pidió que no terminara haciendo con él lo mismo que había hecho con su suegra. Anselmo

no se rio y pidió que se limitaran a aquella deuda. El hombre levantó las manos, aceptó lo acordado y se marchó.

Después de quedarse solo, Anselmo permaneció varios minutos pensando en la conversación. Antes podía discutir una fecha o un interés sin que aparecieran comparaciones con otras personas. Ahora cada operación parecía cargar detrás la historia familiar y aquello estaba obligándolo a modificar procedimientos que durante años había considerado suficientes. Empezó entonces a explicar todo con mayor precisión: cantidad entregada, total a devolver, vencimiento y qué ocurriría si alguien necesitaba más tiempo. Todavía lo hacía verbalmente y luego anotaba las condiciones delante del deudor, pero ya estaba naciendo la idea que más adelante desarrollaría plenamente: si una regla iba a producir consecuencias, no podía seguir existiendo únicamente dentro de su propia libreta. Sin proponérselo, la deuda más difícil de su vida estaba enseñándole a administrar mejor todas las demás.

Una tarde, un hombre mayor del barrio lo llamó mientras pasaba frente a su casa y le ofreció una silla. Se conocían desde hacía años y acostumbraban conversar cuando coincidían. Después de algunos asuntos cotidianos, el hombre mencionó la deuda y comentó que Anselmo se estaba volviendo famoso. Él reconoció que así parecía. El hombre recordó haber escuchado que cobraba setenta por cincuenta y añadió que hablar seguía siendo prácticamente lo único gratuito del barrio. La observación consiguió arrancarle una sonrisa, aunque la conversación cambió de tono cuando el hombre señaló que Anselmo había cometido un error que muchas personas descubrían demasiado tarde: prestar dentro de la familia.

Anselmo respondió que ya lo había comprendido, pero el hombre negó con la cabeza y explicó que todavía faltaba algo. Solo lo comprendería realmente cuando la deuda terminara. Había visto hermanos dejar de hablarse, amistades desaparecer y familias dividirse por cantidades que años después nadie recordaba con precisión. Según él, al principio una persona quería recuperar su dinero, pero después de suficiente tiempo el conflicto podía transformarse en otra cosa: ya no bastaba con cobrar, sino que empezaba también a importar que el otro reconociera quién había tenido razón. Anselmo permaneció en silencio porque no estaba seguro de haber llegado todavía a ese punto, aunque tampoco podía afirmar con la misma seguridad que se encontrara completamente lejos de él.

La madre de Ely recibía consejos distintos. Una vecina recomendaba reunir lo necesario para cerrar la obligación según la cuenta de Anselmo, aunque considerara injusto el total de setenta; otra opinaba que debía devolver únicamente los treinta dólares que faltaban para completar los cincuenta originales, mientras alguien más sugería que Ely interviniera porque Anselmo, al ser su pareja, debería mostrar mayor consideración. La diferencia era importante: la madre no tenía que entregar setenta dólares nuevos. Según la cuenta vigente de Anselmo, ya había pagado veinte y por tanto tendría que completar cincuenta adicionales para alcanzar el total acumulado de setenta. Ella, en cambio, reconocía solamente treinta.

Escuchar tantas soluciones empezó a confundirla todavía más, aunque algo se volvía cada vez más claro: ya no quería aceptar el total de setenta dólares como medida legítima de la deuda. Al comienzo el obstáculo había sido simplemente no tener dinero; ahora existía algo adicional.

Completar los cincuenta que Anselmo consideraba pendientes significaría terminar pagando setenta en total y, por tanto, reconocer que su cálculo era válido. Poco a poco dejó de preguntarse únicamente cómo conseguir el dinero y empezó a preguntarse cuánto debía realmente. De aquella duda surgió otra mucho más difícil: por qué tenía que considerar automáticamente correcta una cifra determinada únicamente por Anselmo.

Una tarde expresó esa inquietud frente a Ely y utilizó por primera vez una comparación que después aparecería con frecuencia. Si hubiera pedido dinero a un banco, dijo, por lo menos habría sabido desde el principio cuánto tendría que pagar. Ely recordó que una institución también aplicaba intereses y recargos, pero su madre señaló una diferencia que la hizo pensar: estarían escritos.

Ely recordó inmediatamente la libreta de Anselmo. Él también escribía todo, pero solamente él poseía el registro. Esa constatación no convertía automáticamente en injusta cada cifra anotada ni borraba los incumplimientos de su madre, aunque sí revelaba una desigualdad que hasta entonces ninguno había formulado con tanta claridad: uno de los dos conservaba el registro completo de la operación y el otro dependía de recordar qué había entendido durante cada conversación.

Días después, Anselmo llegó a casa para buscar a Ely y encontró a su madre sola en la sala. Ella estaba doblando ropa y lo saludó con la cortesía distante que había reemplazado la familiaridad de meses anteriores. Anselmo se sentó a esperar y durante algunos minutos ninguno encontró una razón para hablar. Finalmente la mujer

preguntó directamente si él había contado a alguien lo ocurrido con la deuda.

Anselmo necesitó unos segundos para comprender la acusación y negó haberlo hecho. Ella señaló que todo el barrio conocía el asunto y que alguien debía haber contado incluso las cifras. Él respondió que a él también le hacían preguntas y que muchas de las cosas que circulaban eran falsas, pero la mujer insistió en que, verdaderas o no, las personas conocían detalles demasiado específicos. Cuando quiso saber por qué suponía que precisamente él había hablado, la madre respondió que se trataba de su dinero.

Anselmo sintió crecer la irritación, aunque intentó contenerla. Precisamente porque era su dinero no encontraba ninguna ventaja en anunciar por el barrio que llevaba meses sin cerrar aquella cuenta. Le aseguró que no acostumbraba contar las deudas de las personas, pero la mujer respondió que aquella no era una deuda cualquiera. Antes de medir completamente la frase, Anselmo señaló que resultaba curioso que para ciertas cosas sí fuera considerado familia. El silencio posterior demostró inmediatamente que había cometido un error. La madre dejó de doblar la ropa y quiso saber qué pretendía decir con aquello. Anselmo intentó retirar la frase, pero ella insistió y, en ese momento, apareció Ely, que encontró a ambos demasiado tensos para creerles cuando aseguraron que no estaba ocurriendo nada.

Ely salió con Anselmo y esperó varias cuadras antes de preguntarle qué había sucedido. Él reconstruyó la conversación, incluido el comentario que habría preferido no haber pronunciado. Ely reconoció que su madre

sospechaba que Anselmo había divulgado la deuda y explicó que ella misma había intentado defenderlo. Él respondió con un agradecimiento cargado de sarcasmo que Ely detectó inmediatamente y le pidió que no descargara sobre ella una discusión que no le pertenecía. Anselmo se disculpó.

Después de caminar algunos minutos, Ely reconoció que estaba agotada. Había intentado mantenerse fuera del problema desde el comienzo, pero cada día aparecía una nueva manera de devolverla al centro. Su madre sospechaba de Anselmo, él estaba cada vez más molesto con ella y los vecinos ofrecían soluciones para una deuda en la que ninguno había participado. Incluso una amiga le había sugerido que pagara ella misma y después cobrara a su madre.

Anselmo quiso saber si pensaba hacerlo y Ely respondió que no, no porque no quisiera ayudar, sino porque hacerlo significaría aceptar una responsabilidad que nunca había sido suya. Lo único que pretendía mostrarle era hasta dónde había llegado la situación: todo el mundo parecía tener una solución para una deuda ajena. Anselmo no encontró nada que responder porque la frase describía demasiado bien aquello que estaba ocurriendo.

Durante los días siguientes las versiones siguieron modificándose. Algunas personas hablaban de los cincuenta originales, otras del total acumulado de setenta y algunas simplificaban la historia diciendo que Anselmo pretendía cobrar casi el doble. Podían aparecer cifras mayores dentro de las conversaciones del barrio, pero ninguna correspondía a una modificación real de la cuenta. En ese momento la cifra verdadera dentro de la

libreta de Anselmo seguía siendo un total acumulado de setenta dólares, con veinte efectivamente pagados y cincuenta pendientes según su sistema. Para la madre de Ely, en cambio, la única obligación que todavía reconocía eran los treinta dólares necesarios para completar el capital original.

Aquella diferencia debía permanecer clara aunque el barrio la deformara. Los rumores podían aumentar, reducir o borrar cantidades; la contabilidad real no. Precisamente allí comenzaba una de las transformaciones más peligrosas del conflicto: las personas ya no necesitaban saber cuánto se debía realmente para sentirse autorizadas a opinar sobre quién estaba equivocado.

La madre de Ely empezó a comprender que la historia podía terminar sustituyendo incluso su identidad. Si alguien hablaba de ella, existía siempre la posibilidad de que aparecieran los cincuenta dólares, los setenta o la discusión con Anselmo. Ya no quería seguir explicando cuándo había pagado, cuánto consideraba pendiente ni por qué rechazaba los intereses. Lo único que deseaba era volver a entrar en una tienda sin preguntarse si alguien estaba haciendo cuentas con su vida.

Anselmo experimentaba una sensación diferente pero igualmente incómoda. Su reputación, que durante años había dependido de ser considerado alguien estricto pero previsible, empezaba a transformarse a partir de una deuda que casi nadie conocía completa. No sabía todavía qué terminaría siendo más difícil de recuperar: los cincuenta dólares que su cuenta aún consideraba pendientes o la certeza de que las personas continuaban entendiendo sus reglas de la misma manera que antes.

El barrio ya sabía.

El problema era que cada persona sabía algo distinto.

CAPÍTULO 13

ENTRE MI MADRE Y TÚ

Durante mucho tiempo Ely creyó que mantenerse al margen sería suficiente. La deuda pertenecía a su madre y el dinero pertenecía a Anselmo; ella no había pedido los cincuenta dólares, no había establecido las fechas ni había participado en los acuerdos posteriores. Desde esa lógica parecía sencillo decidir que ambos debían resolver el problema sin involucrarla. Lo había dicho más de una vez y, durante algunas semanas, incluso consiguió que respetaran esa decisión. Sin embargo, había algo que Ely no había comprendido al principio: una persona podía mantenerse fuera de una deuda, pero resultaba mucho más difícil mantenerse fuera de sus consecuencias.

Su madre había dejado de hablar de Anselmo como antes. Ya no preguntaba si iría a almorzar ni hacía comentarios sobre su manera extravagante de vestirse, la barba o aquella costumbre de calcular los gastos que tiempo atrás incluso le había resultado divertida. Cuando pronunciaba su nombre era casi siempre para hablar del dinero y, poco a poco, el hombre que había conocido como pareja de su hija empezó a desaparecer detrás del prestamista que le exigía una cantidad que consideraba injusta. Anselmo tampoco hablaba de la madre de Ely con la misma naturalidad. Procuraba no criticarla directamente, pero cualquier referencia a ella terminaba conduciendo, de una manera u otra, a las fechas incumplidas, al único abono efectivo de veinte dólares o a la discusión sobre cuánto quedaba realmente por pagar. Ely escuchaba a ambos y tenía la sensación de conocer dos personas distintas. Su madre describía a un hombre incapaz de comprender una

dificultad económica y dispuesto a convertir cincuenta dólares en una cuenta interminable; Anselmo hablaba de una mujer que había utilizado la cercanía familiar para pedir tiempo una y otra vez hasta convertir cada fecha en algo negociable. Los dos podían presentar argumentos razonables y precisamente eso hacía todo más difícil.

Una noche, mientras Ely ayudaba a su madre a guardar algunas cosas, el tema apareció sin que ninguna lo hubiera buscado. La mujer comentó que había conseguido algo de dinero y necesitaba comprar varios artículos para la casa: una reparación pendiente, algunas cosas que llevaban semanas haciendo falta y un gasto que no podía continuar aplazando. Ely escuchó durante unos minutos hasta que recordó inevitablemente la deuda y preguntó si pensaba entregar algo a Anselmo. La reacción de su madre fue inmediata. Quiso saber por qué tenía que aparecer su nombre en cuanto mencionaba que había recibido dinero y Ely trató de explicar que no estaba fiscalizando sus gastos; simplemente llevaba meses escuchándola afirmar que no podía pagar porque no tenía recursos y, al saber que finalmente disponía de una cantidad, había supuesto que quizá destinaría una parte a la obligación.

La mujer respondió que también existían necesidades dentro de la casa y que no podía dejar de resolverlas únicamente porque Anselmo hubiera convertido un préstamo pequeño en un problema enorme. Ely señaló que, independientemente de la discusión sobre el total acumulado de setenta, todavía existía alguna cantidad que su madre aceptaba deber. Ella no lo negó. Desde su propia cuenta, había recibido cincuenta, ya había entregado veinte y todavía reconocía treinta dólares de capital. Lo que rechazaba era entregar nuevos abonos sin saber cómo

serían incorporados después a una cuenta que no compartía. Para Anselmo, en cambio, el total acumulado seguía siendo setenta y, como solo había recibido veinte de manera efectiva, todavía consideraba cincuenta pendientes. La diferencia no era ya una simple confusión de números, sino dos formas completamente distintas de definir la obligación.

Ely comprendió entonces que el problema había cambiado. Meses atrás su madre quería pagar y no podía hacerlo; ahora podía disponer ocasionalmente de alguna cantidad, pero ya no quería entregarla mientras no existiera un acuerdo sobre cuánto debía realmente. Le recomendó hablar nuevamente con Anselmo, pero su madre respondió que ya habían hablado suficiente. Cuando Ely quiso saber qué pensaba hacer, recibió la respuesta que llevaba semanas escuchando: pagaría lo justo. Esa noche decidió formular una pregunta que hasta entonces había evitado y quiso saber quién determinaba exactamente qué era lo justo. Su madre respondió que ella sabía cuánto dinero había recibido. Ely estuvo a punto de señalar que Anselmo también sabía cuánto tiempo había esperado, pero se detuvo antes de hacerlo porque cada vez que repetía el argumento de uno frente al otro terminaba pareciendo defensora de alguien.

El silencio tampoco la protegió. Su madre lo interpretó como una toma de posición y quiso saber si pensaba que Anselmo tenía razón. Ely negó haber dicho algo semejante y explicó que, desde su perspectiva, ambos tenían una parte de razón. La respuesta produjo una risa amarga porque su madre consideró demasiado fácil adoptar una postura intermedia cuando Ely no era quien debía el dinero. Aquella frase le dolió más de lo que esperaba y

respondió que precisamente ese era el punto: ella no era quien debía. Las dos guardaron silencio y ninguna retiró lo dicho.

Días después fue Anselmo quien volvió a hablar del tema. Habían salido a caminar y durante buena parte de la tarde conversaron de asuntos completamente distintos. Ely agradecía aquellos momentos porque le recordaban que su relación había existido antes de la deuda y que todavía podía existir fuera de ella. Anselmo rompió aquella tranquilidad al comentar que la madre de Ely había recibido dinero y estaba haciendo algunas compras. Ella quiso saber cómo se había enterado. Él explicó que alguien lo había mencionado durante una conversación, que no había preguntado ni enviado a nadie a averiguar y que la información simplemente había llegado hasta él.

Ely sintió inmediatamente el cansancio. Le pidió que no empezara y Anselmo intentó explicar que no pretendía involucrarla; simplemente le molestaba escuchar durante meses que su madre no tenía dinero y descubrir después que sí aparecía para otras cosas. Ely entendía el argumento y también sabía que su madre tenía gastos reales dentro de la casa. Cuando dijo que su madre no tenía dinero para pagarle setenta dólares, Anselmo se detuvo y preguntó si ahora ella también consideraba incorrecta la cifra. Ely comprendió inmediatamente que había vuelto a entrar en un terreno que llevaba meses intentando evitar y aclaró que no estaba diciendo cuál cantidad consideraba correcta, sino únicamente que su madre no reconocía el total de setenta. Anselmo señaló que ambas cosas no eran iguales y Ely respondió que precisamente ese era el punto.

Ya no quería discutir cuánto debía su madre, escuchar información sobre aquello que compraba ni explicar después por qué una necesidad podía tener prioridad sobre otra. Anselmo sostuvo que no estaba pidiéndole ninguna decisión, pero Ely empezó a comprender que una elección no necesitaba ser formulada explícitamente para sentirse como tal. Cada vez que él le contaba algo sobre su madre esperaba, al menos, que comprendiera por qué estaba molesto; cada vez que su madre hablaba de Anselmo esperaba que entendiera por qué se sentía perjudicada. Después ambos aseguraban que no querían colocarla en medio. Ely resumió finalmente la contradicción de una forma que Anselmo no pudo ignorar: estaban obligándola a escoger sin pedirle nunca que escogiera. Él respondió que jamás le exigiría algo semejante y Ely le creyó, pero precisamente por eso la situación resultaba más difícil. Ninguno quería imponerle una elección y, aun así, cada conversación terminaba acercándola a ella. Anselmo prometió entonces que no volvería a hablarle de la deuda. Ely esperaba sentir alivio, pero no ocurrió, porque a esas alturas el problema ya no dependía solamente de las palabras.

Anselmo comprendió que aquella promesa exigía algo más que dejar de pedirle a Ely que llevara mensajes o averiguara información. Había llegado a un punto en que incluso contarle sus molestias respecto de la madre podía obligarla a ocupar una posición que nunca había elegido. Durante algunos días intentó respetar esa nueva distancia y, cuando estaba con Ely, evitaba mencionar la deuda; si escuchaba algún comentario relacionado con la mujer, prefería guardarlo. Al principio pareció funcionar. Volvieron a salir, recuperaron conversaciones que habían abandonado y, durante ciertos momentos, consiguieron

sentirse otra vez como antes. Sin embargo, el silencio no eliminó el conflicto, porque si Ely proponía pasar por su casa Anselmo preguntaba con aparente indiferencia si su madre estaría allí, y si prefería esperar afuera ella comprendía la razón aunque él no la explicara. Cuando rechazaba una invitación familiar podían existir otros motivos, pero la posibilidad de que fuera por la deuda aparecía inmediatamente. Su madre contribuía también a aquella sensación: había dejado de preguntar por Anselmo con la naturalidad de antes y, cuando Ely anunciaba que saldría con él, respondía con una indiferencia tan exagerada que terminaba diciendo más que cualquier comentario directo.

Una noche, mientras Ely se arreglaba para salir, su madre apareció en la puerta de la habitación y quiso saber si iba con Anselmo. Cuando recibió una respuesta afirmativa reaccionó con un gesto que Ely conocía demasiado bien y terminó preguntándole qué significaba. La mujer afirmó que nada y Ely señaló que últimamente todo parecía significar nada. La discusión comenzó de una manera que ninguna había planeado. Su madre sostuvo que no comprendía cómo podía mantenerse tan tranquila después de todo lo ocurrido y añadió que la manera en que una persona se comportaba cuando existía dinero de por medio decía mucho sobre ella. Ely sintió que el comentario atravesaba una frontera distinta. Anselmo era su pareja, no su prestamista. Su madre respondió que por ahora.

La insinuación fue suficiente para que Ely le pidiera que no utilizara su conflicto económico para evaluar una relación donde Anselmo nunca había controlado su dinero, jamás le había cobrado nada y nunca había convertido el afecto entre ambos en una cuenta. Su madre

insistió en que precisamente aquella experiencia le permitía saber cómo podía comportarse él ante un conflicto económico. Ely reconoció que lo ocurrido entre ellos decía algo sobre Anselmo, pero no aceptaba que aquello otorgara a su madre el derecho de decidir cómo debía verlo ella. Tomó sus cosas y salió antes de que la discusión siguiera creciendo.

La conversación la acompañó durante toda la noche. Anselmo notó que estaba distraída y quiso saber si ocurría algo. Ely estuvo a punto de contarle lo sucedido, pero recordó su propio esfuerzo por impedir que ambos continuaran utilizándola como puente y respondió únicamente que estaba cansada. Anselmo no insistió. Ely comprendió entonces que también ella había empezado a seleccionar aquello que podía contar para proteger la relación. No estaba mintiendo exactamente, pero existían temas que medía antes de pronunciar porque cualquier referencia a su casa podía terminar convertida en otra discusión sobre su madre. Meses atrás podía hablar con Anselmo de prácticamente cualquier cosa; ahora empezaban a existir partes de su propia vida que administraba como si fueran información peligrosa. La deuda estaba modificando incluso las conversaciones que no hablaban de dinero.

El siguiente conflicto ocurrió algunos días después. La madre de Ely había utilizado parte del dinero recibido para resolver varios gastos y conservaba todavía una cantidad pequeña. Anselmo no sabía cuánto tenía y, después de la promesa hecha a Ely, tampoco había preguntado. Fue la propia madre quien terminó mencionándolo mientras Ely preparaba café. Comentó que, si Anselmo estaba tan desesperado por recuperar lo suyo, podía entregarle algo

de aquello que había guardado. Ely respondió que lo hiciera. Su madre pareció sorprendida por la sencillez de la respuesta y quiso saber qué sentido tenía entregar otra cantidad si después Anselmo seguiría sosteniendo un total de setenta. Ely dejó lo que estaba haciendo porque ya no comprendía qué solución esperaba su madre. La mujer insistió en que quería pagar únicamente aquello que realmente debía y que Anselmo era quien no aceptaba esa cantidad. Ely señaló que ninguno parecía dispuesto a aceptar la cuenta del otro y sugirió que se sentaran nuevamente para encontrar una cifra común. Su madre respondió que con Anselmo era imposible y Ely, agotada, señaló que él decía exactamente lo mismo de ella.

La frase produjo un silencio inmediato. Su madre quiso saber por qué Anselmo continuaba hablándole sobre ella después de haber prometido mantenerla fuera del conflicto. Ely comprendió que había quedado atrapada por algo que Anselmo había dicho antes de comprometerse a guardar silencio y se lo explicó con calma. Desde aquella promesa él no había vuelto a contarle nada nuevo sobre la deuda, pero Ely conocía demasiado bien los argumentos de ambos porque llevaba meses escuchándolos. Su madre insistió en que eso no cambiaba el hecho de que ella supiera perfectamente lo que Anselmo pensaba, y Ely respondió que podía decir exactamente lo mismo en sentido contrario: conocía cada razonamiento de su madre porque también ella la había utilizado durante demasiado tiempo como lugar donde descargar el conflicto. La discusión creció hasta que Ely expresó aquello que llevaba meses acumulando. Estaba cansada de que cada vez que no afirmaba que su madre tenía razón se la acusara de estar del lado de Anselmo, y cansada también de que cualquier argumento comprensible de su madre pareciera

convertirla, ante él, en defensora de los incumplimientos. Ya no quería seguir teniendo razón para ninguno de los dos.

Su madre respondió recordándole que era su madre y que, por tanto, esperaba comprensión. Ely aseguró que la comprendía; lo que ya no podía aceptar era que comprender significara darle la razón en todo. La mujer interpretó aquello como una nueva distancia y terminó acusándola de ponerse contra ella por un hombre. Ely rechazó la acusación y su madre le pidió entonces que hablara con Anselmo. Cuando recordó que era su novio, Ely respondió con una frase que ninguna de las dos consiguió olvidar: Anselmo podía ser su pareja, pero aquella seguía siendo la deuda de su madre. La discusión terminó allí.

Durante los días siguientes ambas recuperaron parte de la normalidad, aunque Ely empezó a observar con mayor claridad cuánto se habían transformado las relaciones. Su madre ya no podía separar completamente a Anselmo del prestamista y ella misma empezaba a tener dificultades para escuchar una crítica sobre él sin sentir que también se estaba cuestionando su decisión de continuar a su lado. Recordaba los primeros meses de la relación, cuando la tacañería de Anselmo producía bromas y su madre incluso afirmaba que era preferible un hombre que supiera cuidar el dinero a alguien que lo desperdiciara. Anselmo seguía siendo, en muchos aspectos, el mismo hombre que calculaba cuánto costaba un trayecto, comparaba precios antes de comprar y podía recordar una deuda durante meses. Lo que había cambiado era el lugar desde donde aquellas características eran observadas. Mientras el dinero pertenecía a otras personas, su disciplina parecía

responsabilidad; cuando la deuda entró en la familia, empezó a parecer crueldad. Ely no sabía cuál de las dos imágenes era completamente verdadera y comenzó a sospechar que quizá ambas contenían una parte.

Días después se encontró con Anselmo. Hablaron durante un buen rato sin mencionar a su madre y Ely estaba más tranquila porque él parecía decidido a respetar la distancia que ella había pedido. Fue ella quien terminó rompiéndola y explicó que su madre quería que hablara con él. Anselmo preguntó si se refería a la deuda y quiso saber si Ely también deseaba participar de aquella conversación. Cuando respondió que no, él consideró que entonces no debían hablar del asunto entre ellos y pidió que, si su madre tenía alguna propuesta, se la comunicara directamente, porque no quería volver a utilizarla como mensajera. Ely agradeció la respuesta y, antes de cambiar de tema, formuló una pregunta que llevaba varios días pensando: quiso saber qué haría si su madre nunca pagaba aquello que él consideraba pendiente. No estaba transmitiendo una propuesta ni hablando en nombre de nadie; preguntaba por una preocupación propia, por el futuro de una relación que ya estaba siendo modificada por una deuda sin final visible. Anselmo tardó en responder. Hasta entonces había pensado en esperar, renegociar, cobrar o modificar condiciones, pero nunca había considerado seriamente la posibilidad de que la cuenta permaneciera abierta indefinidamente. Ely quiso saber durante cuánto tiempo estaba dispuesto a continuar así y Anselmo respondió que hasta que lograran arreglarla. Ella preguntó qué ocurriría si nunca conseguían hacerlo y, por primera vez, él no encontró una respuesta.

Aquella noche Ely regresó a casa y encontró a su madre dormida frente al televisor. Apagó el aparato, buscó una manta y la cubrió antes de retirarse. Permaneció observándola durante algunos segundos y pensó en la facilidad con que la deuda había transformado las palabras utilizadas para describirla. Para ella, aquella mujer seguía siendo su madre antes que cualquier otra cosa. Después pensó en Anselmo, que continuaba siendo el hombre con quien había construido una relación antes de convertirse, dentro del conflicto familiar, en un acreedor. Sin embargo, cada día resultaba más difícil mantener aquellas identidades completamente separadas. La deuda había empezado a mezclarlas hasta conseguir que una defensa pareciera una traición y que un silencio pudiera ser interpretado como una elección. Ely llevaba meses intentando no escoger entre dos personas que quería y solo entonces comprendió que el verdadero problema no era decidir quién tenía más razón, sino que ambos empezaban a ocupar lados opuestos de una disputa que ella jamás había elegido y que ninguno parecía saber cómo terminar. No sabía quién cedería primero ni cuánto tiempo podían continuar así; lo único que empezaba a comprender era que aquellos cincuenta dólares ya estaban cobrando mucho más que dinero.

CAPÍTULO 14

EL POBRE COBRA MEMORIA

La madre de Ely descubrió que una deuda podía perseguir a una persona sin necesidad de que el acreedor la siguiera a ninguna parte. Durante las primeras semanas había temido principalmente los encuentros con Anselmo porque sabía que una conversación cualquiera podía terminar conduciendo hacia los cincuenta dólares, los pagos incumplidos o la cantidad que él continuaba reclamando. Con el paso del tiempo comprendió que el problema era mucho más amplio, pues Anselmo podía encontrarse a varias calles de distancia y, aun así, aparecer dentro de una tienda, en una pregunta aparentemente inocente o en la manera en que alguien observaba las bolsas que ella llevaba después de hacer compras. La deuda había adquirido una presencia propia y empezaba a acompañarla incluso en aquellos lugares donde no existía ninguna posibilidad real de encontrarse con él.

Al principio intentaba defenderse explicando que había entregado veinte dólares y que nunca se había negado a devolver aquello que consideraba justo. Muy pronto descubrió que cada aclaración abría nuevas preguntas, porque alguien quería saber cuándo había pagado, otra persona preguntaba por qué se había retrasado y siempre terminaba apareciendo quien deseaba comprender de dónde habían salido los setenta dólares que ahora circulaban por el barrio. Respondía una cosa y aparecían otras tres, hasta que comprendió que convertir cada encuentro cotidiano en una reconstrucción pública de sus finanzas resultaba mucho más humillante que guardar silencio. Por eso comenzó a responder que se trataba de

un asunto privado y evitaba cualquier explicación adicional, sin saber que Anselmo había empezado a utilizar prácticamente la misma respuesta cuando alguien intentaba preguntarle por aquella deuda.

En eso, al menos, seguían coincidiendo, aunque las consecuencias del rumor eran distintas para cada uno. La madre de Ely quería protegerse de la imagen de alguien que simplemente se negaba a pagar, porque había cumplido anteriormente y continuaba convencida de que la dificultad actual no nacía de una decisión de quedarse con dinero ajeno, sino de una disputa sobre cuánto debía considerarse legítimamente pendiente. Explicar aquella diferencia a otras personas era casi imposible, ya que cualquier reconstrucción terminaba reducida a una frase mucho más sencilla: había pedido cincuenta dólares y ahora discutía porque Anselmo quería cerrar la cuenta en setenta. Todo lo ocurrido entre una cifra y otra desaparecía con facilidad cuando la historia cambiaba de boca.

Las opiniones que recibía tampoco ayudaban a resolver nada. Una vecina le recomendaba reunir la cantidad completa y terminar con el problema aunque considerara injusta la cifra, argumentando que la tranquilidad valía mucho más que veinte o treinta dólares de diferencia. Otra mujer sostenía exactamente lo contrario y le advertía que pagar aquello que consideraba abusivo equivaldría a reconocer que Anselmo podía modificar las condiciones cuando quisiera. La madre empezó a preferir esta segunda interpretación, no necesariamente porque estuviera mejor fundamentada, sino porque le permitía observarse desde una posición menos dolorosa. Resultaba mucho más soportable pensar que estaba defendiendo un principio que verse como una mujer incapaz de resolver una deuda

pequeña y, poco a poco, esa nueva lectura comenzó a modificar incluso la manera en que ella misma relataba lo ocurrido. Al principio explicaba que no había podido pagar a tiempo; después comenzó a concentrarse en que Anselmo estaba cobrando demasiado. Ambas cosas habían sucedido, pero ya no siempre aparecían juntas dentro de su propia versión.

A pesar de todo, seguía queriendo cerrar la deuda, aunque ya no estaba dispuesta a terminarla de cualquier manera. Una tarde Anselmo llegó a la casa para dejar una pequeña funda que Ely le había pedido. La madre abrió la puerta y su expresión cambió ligeramente al verlo, pero lo saludó con corrección y le explicó que su hija todavía no había regresado. Anselmo respondió que lo sabía y que únicamente había ido a entregar aquello, de modo que la visita habría podido terminar en ese momento. Sin embargo, después de meses en los que cualquier oportunidad para hablar parecía demasiado incómoda y al mismo tiempo demasiado necesaria, terminó preguntándole si había pensado en alguna forma de resolver definitivamente la cuenta.

La mujer lo miró con cansancio y quiso saber si incluso una visita tan breve tenía que terminar hablando de dinero. Anselmo intentó explicarle que no estaba cobrando en aquel momento, sino preguntando si existía alguna propuesta concreta que permitiera cerrar el problema, pero la precisión no consiguió tranquilizarla porque, desde su perspectiva, la dificultad ya no consistía únicamente en la frecuencia con que él preguntaba. Lo que empezaba a resultarle insoportable era la certeza de que Anselmo nunca olvidaba. Podían pasar días o incluso semanas sin que pronunciara una sola palabra relacionada con la deuda

y, aun así, ella sabía que la cantidad seguía perfectamente conservada en algún lugar de su memoria.

Anselmo no comprendió por qué recordar aquello que le debían debía interpretarse como una falta y trató de distinguir entre tener presente una cuenta y vivir pendiente de ella. Explicó que manejaba otras deudas, algunas mucho mayores, y que su vida no dependía de recuperar aquellos setenta dólares. La afirmación produjo exactamente la interpretación contraria de la que esperaba, porque la mujer quiso saber por qué insistía tanto si realmente no necesitaba el dinero.

Anselmo sintió que regresaban al mismo punto de siempre y respondió que la razón era sencilla: necesitara o no la cantidad, seguía siendo dinero suyo. La madre negó lentamente con la cabeza y sostuvo que alguien con recursos suficientes para esperar no podía comprender completamente lo que significaba encontrarse sin dinero para resolver varias necesidades al mismo tiempo. Anselmo respondió que tampoco había nacido con dinero y que precisamente había conseguido conservar algo porque no acostumbraba regalarlo.

Apenas terminó la frase comprendió cómo podía sonar e intentó aclarar que no estaba acusándola de querer quedarse con nada, pero ella ya interpretaba aquellas palabras desde meses de discusiones acumuladas. Para entonces no escuchaba únicamente la explicación que Anselmo intentaba ofrecerle, sino también todo aquello que creía haber descubierto sobre él desde que comenzaron los retrasos. Le dio las buenas tardes y cerró la puerta antes de que pudiera completar la aclaración.

Aquella misma tarde contó la conversación a una vecina y, como suele ocurrir cuando una persona reconstruye un momento que todavía le duele, recordó con mayor precisión las palabras que más la habían afectado. Repitió que Anselmo había dicho que tenía dinero porque no acostumbraba regalarlo y la mujer interpretó inmediatamente que estaba insinuando que ella pretendía quedarse con lo suyo. La madre no afirmó exactamente eso, pero tampoco corrigió la interpretación con demasiado empeño. La historia salió de aquella casa con una modificación mínima que bastó para cambiar su significado y, al día siguiente, alguien ya contaba que Anselmo había ido personalmente a cobrarle y la había acusado de querer apropiarse del dinero.

Dos días después, un conocido detuvo a Anselmo en la calle para recomendarle que dejara tranquila a la señora durante algún tiempo. Él tardó en comprender de qué hablaba y, cuando escuchó que supuestamente había ido hasta la casa únicamente para cobrarle, recordó que llevaba visitando aquella vivienda desde mucho antes de que existiera ninguna deuda. Intentó explicar que había ido a dejar algo para Ely y que la conversación sobre el dinero había surgido después, pero el hombre levantó las manos y aclaró que simplemente repetía lo que había escuchado. Anselmo empezaba a detestar aquella explicación porque nadie parecía ser responsable de contar ninguna historia y, sin embargo, todas conseguían atravesar el barrio con una facilidad extraordinaria.

Con el tiempo, incluso las compras de la madre de Ely comenzaron a adquirir significados que antes no tenían. Si regresaba con una bolsa nueva podía imaginar a alguien preguntándose por qué no destinaba ese dinero a pagar; si

compraba zapatos, una prenda o algún objeto para la casa, pensaba inevitablemente en la posibilidad de encontrarse con una mirada que interpretaría como juicio. No necesitaba que nadie pronunciara nada para sentir aquella presión, porque la deuda había empezado a participar silenciosamente en decisiones que antes pertenecían únicamente a su vida cotidiana.

Una tarde encontró una prenda sencilla que llevaba meses necesitando. Revisó el precio, comprobó que podía pagarla y, justo antes de entregar el dinero, pensó en Anselmo y en lo que él podría decir si llegaba a enterarse de aquella compra. La reacción la enfureció porque él ni siquiera estaba allí y no tenía ninguna participación en aquella decisión. Durante unos segundos consideró dejar la prenda, pero hacerlo le pareció todavía peor, como si aceptara que una deuda discutida pudiera determinar también aquello que tenía derecho a comprar. Finalmente pagó, guardó el recibo y salió de la tienda con una mezcla de desafío y vergüenza que ella misma consideró absurda.

Cuando llegó a la calle miró alrededor casi por reflejo y comprobó que Anselmo no estaba en ninguna parte. El gesto le pareció ridículo porque él ni siquiera sabía que había entrado en aquella tienda y, aun así, había conseguido aparecer en su pensamiento antes de que entregara el dinero. Precisamente esa constatación aumentó su resentimiento, pues la deuda había alcanzado un punto en el que ya no necesitaba la presencia física del acreedor para modificar la manera en que ella actuaba. Anselmo podía estar ocupado con cualquier otra cosa y, sin saberlo, continuar presente dentro de una decisión que no le pertenecía.

Anselmo tampoco necesitaba encontrarse con la madre de Ely para recordar. Cada vez que alguien pronunciaba su nombre, la cuenta aparecía casi automáticamente en su cabeza y podía reconstruir fechas, promesas, pagos y conversaciones sin necesidad de abrir la libreta. Una tarde, mientras cobraba otra deuda, un hombre comentó que tenía memoria de elefante para el dinero y Anselmo respondió que precisamente por eso conseguía recuperar aquello que prestaba. El hombre se rio y formuló entonces una comparación que permaneció acompañándolo durante el resto del día: según él, el banco cobraba intereses, mientras Anselmo cobraba memoria.

Al principio no supo exactamente qué hacer con aquella frase porque siempre había considerado su memoria una ventaja. Conocía los antecedentes de quienes pedían dinero, recordaba fechas que otros olvidaban y utilizaba la libreta precisamente para reforzar esa capacidad. Sin embargo, la comparación señalaba algo que nunca había pensado desde aquel ángulo. Una institución podía enviar estados de cuenta, llamadas automáticas o mensajes y permitir que un sistema administrara buena parte del cobro, mientras Anselmo no tenía ningún mecanismo separado de sí mismo. Él era quien prestaba, quien anotaba, quien recordaba y quien después volvía a encontrarse con esas mismas personas en las tiendas, las calles o las reuniones del barrio.

Comprendió entonces que la cercanía hacía mucho más difícil separar a una persona de aquello que debía. Cuando encontraba a alguien en una tienda podía recordar inmediatamente que había prometido pagar esa semana; si se cruzaba con otra persona en la calle sabía cuánto tiempo llevaba atrasada y, aunque no pronunciara una sola

palabra, aquel conocimiento continuaba presente. Nunca había considerado que su silencio pudiera sentirse como una forma de cobro porque, desde su perspectiva, callar significaba precisamente conceder espacio. Para quien sabía que Anselmo recordaba cada fecha, sin embargo, aquel silencio podía significar algo completamente distinto.

Fue durante una compra de domingo cuando esa realidad terminó de hacerse evidente para ambos. La madre de Ely esperaba el cambio en una tienda cuando Anselmo entró. Se saludaron con educación y él caminó hacia otro lado del local para buscar aquello que necesitaba. La mujer recibió sus monedas y podía haberse marchado inmediatamente, pero permaneció algunos segundos organizándolas dentro de la cartera porque sintió que salir demasiado rápido podía parecer una forma de escapar. Sabía perfectamente que Anselmo ni siquiera la estaba observando y que probablemente estaba pensando en su propia compra, pero la deuda había entrado en el local con él y ahora cualquier movimiento parecía susceptible de adquirir una intención que antes no habría tenido.

En ese momento el tendero comentó a otra persona que alguien todavía le debía pasar el contacto de un vendedor de herramientas. La palabra *debía* fue suficiente para que la madre sintiera durante un instante que el comentario estaba relacionado con ella, aunque comprendió inmediatamente que no era así. Guardó las monedas y salió intentando convencerse de que aquella reacción era absurda. Anselmo la vio marcharse con cierta rapidez y, desde el otro lado de la tienda, interpretó el comportamiento de una manera diferente: creyó que nuevamente estaba intentando evitarlo. Ninguno había

realizado un gesto directamente relacionado con la deuda y, aun así, ambos habían conseguido interpretar el comportamiento del otro a partir de ella.

Pocos días después ocurrió algo mucho más evidente. Anselmo conversaba con dos hombres cerca de una tienda cuando la madre de Ely regresaba del mercado. Uno de ellos la reconoció y, creyendo que hacía una broma inofensiva, golpeó ligeramente el brazo de Anselmo antes de comentar que allí venía su mejor clienta. Hubo una risa breve entre quienes estaban cerca, aunque Anselmo no participó porque comprendió inmediatamente a qué se refería. La madre también había escuchado y el hombre entendió demasiado tarde que el comentario había sido una mala idea. Intentó corregirlo diciendo que únicamente estaba molestando, pero aquella explicación empeoró el efecto porque confirmaba que la deuda había alcanzado suficiente notoriedad como para convertirse en una broma pública.

La mujer miró a Anselmo y le hizo notar que precisamente a eso se refería cuando hablaba de los comentarios del barrio. Él respondió que no había dicho nada y ella señaló que ese era justamente el problema, porque a esas alturas casi nunca necesitaba pronunciar una palabra para que la deuda apareciera. Anselmo quiso saber qué esperaba que hiciera, ya que no podía controlar las bromas de otras personas ni impedir que alguien repitiera una historia que él mismo no había contado. La madre respondió que lo único que quería era que la dejara tranquila y él, cada vez más confundido, señaló que ni siquiera había estado hablando con ella antes de que el otro hombre hiciera el comentario.

La mujer sabía que aquello era cierto, pero también sabía que, si la deuda nunca hubiera existido, nadie habría tenido una razón para convertirla en la mejor clienta de Anselmo. Esa contradicción hizo que la conversación creciera más de lo necesario. Le pidió que no le cobrara delante de otras personas y Anselmo reaccionó con incredulidad porque no había realizado ningún intento de cobro. Ella insistió en que, por su culpa, todo el barrio conocía la historia y él respondió que no podía asumir responsabilidad por cada cosa que otras personas decidieran decir.

Ninguna de las respuestas conseguía resolver la discusión porque estaban hablando de responsabilidades diferentes. Anselmo se defendía de acciones concretas que no había realizado; la madre hablaba de una sensación de exposición que asociaba directamente con él. Al comprender que la conversación empezaba a llamar la atención de quienes estaban cerca, Anselmo decidió marcharse antes de ofrecer al barrio otra escena que pudiera ser reconstruida después.

La precaución llegó demasiado tarde. Antes de terminar el día ya existían varias versiones de lo ocurrido. Algunas personas afirmaban que Anselmo había intentado cobrar públicamente a su suegra y otras sostenían que la mujer había provocado una discusión cuando él ni siquiera estaba hablándole. Ely escuchó una de aquellas versiones y decidió no preguntar qué había sucedido, pues estaba cansada de reconstruir escenas que siempre terminaban produciendo dos relatos diferentes. Su madre se lo contó de todos modos y Anselmo también terminó mencionándolo días después, de manera que Ely volvió a escuchar las dos perspectivas.

Entonces comprendió algo que hasta ese momento no había visto con tanta claridad: el barrio ya no se limitaba a observar el conflicto, sino que intervenía constantemente en él. Cada comentario modificaba la manera en que Anselmo y su madre interpretaban lo que ocurría después, de modo que una broma podía sentirse como una humillación, una mirada podía convertirse en cobranza y una ausencia terminar interpretada como desprecio. La deuda seguía perteneciendo económicamente a dos personas, pero emocionalmente había empezado a alimentarse también de quienes no habían prestado ni recibido un solo dólar.

La madre de Ely continuaba pensando que algún día podía entregar una cantidad y cerrar la cuenta económica, aunque empezaba a comprender que hacerlo no borraría necesariamente todo lo demás. El dinero podía regresar a las manos de Anselmo, pero las miradas, los comentarios y la sensación de haberse convertido en una historia pública permanecerían durante mucho más tiempo. Aquello explicaba en parte por qué la cifra había dejado de ser el único problema. Ya no discutía únicamente por cuánto dinero debía, sino por todo lo que sentía que había perdido mientras la deuda permanecía abierta.

Anselmo, por su parte, comenzó a preguntarse qué estaba defendiendo exactamente. Durante años habría respondido sin dificultad que cobraba porque el dinero era suyo y porque una palabra debía cumplirse. Ahora su reputación se había mezclado con aquella cuenta y la posibilidad de abandonarla después de tantos meses de discusión pública le producía un temor diferente. Si renunciaba a cobrar aquello que consideraba legítimo, algunas personas podían interpretar que sus reglas eran

negociables hasta desaparecer; si continuaba insistiendo, cada nuevo intento podía alimentar la imagen del hombre capaz de perseguir a una mujer por una cantidad que otros consideraban insignificante. Aquella deuda había dejado de ofrecerle una salida que no implicara perder algo.

Esa noche abrió la libreta y encontró el nombre de la madre de Ely entre las cuentas pendientes. Ya no necesitaba revisar las fechas para recordar lo ocurrido porque conocía cada una de ellas, igual que recordaba el primer préstamo, el abono, las promesas y las discusiones posteriores. Pensó nuevamente en la frase que había escuchado días atrás y comprendió por qué continuaba resultándole incómoda. Un banco podía administrar miles de deudores sin reconocer sus rostros cuando caminaban por una calle, mientras él prestaba a personas que vivían cerca, compraban en las mismas tiendas y aparecían constantemente dentro de su vida cotidiana.

Allí empezaba a comprenderse la diferencia que aquella broma había expresado mejor de lo que cualquiera habría querido admitir. Una institución podía colocar entre el acreedor y el deudor contratos, sistemas, oficinas, números de cuenta y personas que nunca volverían a encontrarse fuera de esos espacios. Anselmo no tenía nada semejante. Él mismo entregaba el dinero, escribía las fechas, recibía los pagos y conservaba en la memoria aquello que todavía permanecía pendiente. Por esa razón no necesitaba recordarle una deuda a alguien cada vez que lo encontraba; bastaba que ambos supieran que él no la había olvidado.

La madre de Ely había empezado a recorrer algunas calles adicionales para evitar determinados encuentros y

Anselmo comenzaba a descubrir que su memoria, aquella cualidad que durante años había considerado una de sus mayores fortalezas, podía convertirse también en una presencia que el otro sentía incluso cuando él guardaba silencio. Tal vez allí estaba la diferencia verdadera entre deberle a una institución y deberle a una persona que compartía el mismo barrio: el banco podía conservar una deuda dentro de un sistema y, al terminar la jornada, desaparecer de la vida cotidiana del deudor; Anselmo, en cambio, podía aparecer al día siguiente en la tienda, en la esquina o durante un almuerzo familiar y recordar, sin necesidad de decirlo, exactamente aquello que todavía seguía pendiente.

CAPÍTULO 15

MEJOR DEBERLE AL BANCO

La frase empezó a circular como una broma y terminó convirtiéndose en una comparación incómoda. Nadie recordaba quién la había pronunciado primero ni en qué conversación había aparecido; algunos aseguraban que surgió entre personas que habían pedido dinero a Anselmo, otros creían haberla escuchado en una tienda y no faltaban quienes estaban convencidos de que había nacido directamente de la historia con la madre de Ely. Como tantas expresiones que sobreviven a su origen, terminó pasando de boca en boca hasta quedar reducida a una idea sencilla: quizá era mejor deberle al banco. Al principio provocaba risas porque ninguna persona razonable consideraba agradable mantener una obligación con una institución financiera. Todos conocían historias de cuotas atrasadas, intereses, llamadas insistentes y compromisos capaces de acompañar a una familia durante años. Sin embargo, la comparación funcionaba porque señalaba una diferencia que el conflicto entre Anselmo y la madre de Ely había vuelto cada vez más visible: con una institución existían documentos, tasas, fechas y condiciones que podían consultarse sin depender exclusivamente de aquello que cada persona recordara de una conversación.

La madre de Ely escuchó la frase una mañana mientras esperaba en una fila. Dos hombres conversaban delante de ella sobre un conocido que llevaba meses intentando ponerse al día con una deuda y uno comentó que, después de todo lo ocurrido en el barrio, preferiría recurrir a una institución antes que volver a pedir dinero a alguien

conocido. El otro se rio y la conversación continuó sin que ninguno pareciera reparar en la mujer que permanecía detrás. Ella no sabía si aquellos hombres conocían su historia ni si la comparación había surgido precisamente por lo que sucedía con Anselmo; probablemente no, aunque durante el camino de regreso descubrió que repetía mentalmente la frase y que, cuanto más la pensaba, menos absurda le parecía.

Meses atrás la habría rechazado sin dificultad. Sabía perfectamente que ninguna institución formal le habría entregado cincuenta dólares con la facilidad con que Anselmo había abierto un cajón y puesto el dinero en sus manos. Probablemente habría tenido que demostrar ingresos, llenar formularios, esperar una aprobación o aceptar simplemente que una cantidad tan pequeña no justificaba iniciar ningún procedimiento. Anselmo, en cambio, había estado allí cuando apareció la necesidad y había resuelto el problema en pocos minutos. Aquello había tenido un valor real y precisamente por eso ella había recurrido a él más de una vez. Sin embargo, después de tantos meses de conflicto, empezó a imaginar también aquello que una deuda formal habría tenido desde el principio: una tasa conocida, una fecha establecida, un documento y alguna regla compartida que no dependiera de cómo cada parte reconstruyera después una conversación.

Ese último aspecto comenzó a parecerle más importante que todos los demás. Con Anselmo también existía un registro, pero la libreta pertenecía únicamente a él. Ella sabía que había recibido cincuenta dólares y recordaba perfectamente haber entregado veinte meses atrás; también sabía que había incumplido varias fechas y que

después habían intentado alcanzar nuevos acuerdos. Lo que no podía hacer era revisar por sí misma cómo Anselmo transformaba esos retrasos en un total de sesenta y posteriormente en setenta. La cuenta, observada desde los hechos que ambos podían reconocer, mostraba con claridad el punto exacto de la ruptura: solo había existido un pago efectivo de veinte dólares, mientras los diez que alguna vez reunió durante el acuerdo de sesenta nunca habían cambiado de manos porque Anselmo le pidió que los conservara hasta completar una cantidad mayor. Por tanto, desde la perspectiva de ella, seguían faltando exactamente treinta dólares para devolver materialmente todo el capital original; desde la perspectiva de Anselmo, en cambio, el total acumulado había llegado a setenta, de los cuales únicamente veinte estaban pagados, por lo que su libreta todavía mostraba cincuenta pendientes. Aquella distancia entre treinta y cincuenta ya no nacía de un error de aritmética, sino de dos definiciones completamente distintas de aquello que constituía la deuda.

La conversación llegó a casa aquella misma noche. Mientras preparaba café, la madre comentó a Ely que había escuchado decir que era mejor deberle al banco y reconoció que, por primera vez, empezaba a comprender la comparación. Ely respondió que tampoco encontraba graciosa la frase y recordó que una institución podía cobrar intereses, aplicar recargos y ser mucho menos paciente que Anselmo. Su madre aceptó que aquello era cierto, pero insistió en que por lo menos esas condiciones estarían escritas y podrían conocerse antes de aceptar el dinero. Ely señaló que Anselmo también anotaba todo y la mujer respondió con una precisión que resumía el problema: era él quien anotaba. No discutía que existiera una libreta; discutía que solamente una de las dos partes

controlara aquello que después se utilizaba para reconstruir la operación. Ely recordó que su madre sabía desde el principio que Anselmo cobraba intereses, pero ella sostuvo que conocer esa costumbre no equivalía a saber que una deuda de cincuenta podía transformarse, después de varios meses y renegociaciones, en un total acumulado de setenta.

Ely estuvo a punto de defender a Anselmo y se detuvo antes de hacerlo. Terminó señalando algo mucho más sencillo: tampoco creía que él hubiera imaginado que aquella deuda duraría tanto. La observación obligó a ambas a regresar mentalmente al día del préstamo. Entonces no existían sesenta ni setenta dólares, rumores, intereses discutidos ni interpretaciones enfrentadas; había únicamente una necesidad, cincuenta dólares y una fecha que todos consideraron suficientemente clara. El problema no había nacido solamente porque las condiciones fueran informales, sino también porque nadie imaginó que tendría que seguir interpretándolas durante tantos meses.

Anselmo escuchó la misma frase algunos días después. Conversaba con dos conocidos cuando uno comentó que su fama estaba creciendo y le informó, divertido, que ya se decía por el barrio que era preferible deberle a un banco antes que a él. Anselmo respondió con fastidio que, en ese caso, podían ir al banco, pero el hombre señaló algo que consiguió apagar rápidamente la broma: precisamente muchas de las personas que acudían a su casa no podían hacerlo. Anselmo sabía que tenía razón. Quienes lo buscaban rara vez estaban comparando tranquilamente distintas opciones de crédito. Llegaban porque necesitaban resolver una situación ese mismo día y, en

muchos casos, porque ninguna institución formal estaba interesada en prestar cantidades pequeñas a personas con ingresos irregulares o sin documentos suficientes. La rapidez, la cercanía y la ausencia de trámites formaban parte del valor de aquello que ofrecía, pero empezaba a comprender que también constituían una parte importante del riesgo.

Durante años había considerado que conocer personalmente a quienes recibían su dinero compensaba la ausencia de documentos. Sabía dónde vivían, conocía parte de sus circunstancias y podía evaluar, con mayor o menor acierto, si estaban en condiciones de cumplir. Había llegado a confiar tanto en aquella cercanía que rara vez se preguntaba si una conversación verbal podía cumplir realmente la misma función que un acuerdo escrito cuando surgía un conflicto. La deuda de la madre de Ely demostraba que conocer a una persona no significaba necesariamente compartir con ella la misma interpretación de aquello que había sido acordado.

Esa noche revisó algunas páginas antiguas de la libreta, no porque hubiera olvidado las cantidades, sino porque quería observar su propio sistema como si perteneciera a otra persona. Encontró nombres, fechas, montos y anotaciones que para él resultaban perfectamente comprensibles. Con unas pocas palabras podía reconstruir dónde había ocurrido una conversación, qué explicación había dado el deudor y por qué había aceptado determinado plazo. Sin embargo, cuanto más observaba aquellas páginas, más evidente resultaba algo que nunca había considerado problemático: la libreta estaba escrita para él, no para los deudores. Mientras una deuda terminaba en la fecha acordada, aquella diferencia apenas

importaba. Nadie necesitaba interpretar demasiado una operación que se cerraba en una o dos semanas y de la que ambas personas conservaban recuerdos semejantes. Cuando aparecían meses de retrasos, nuevos vencimientos, intereses y renegociaciones, la situación era distinta. Las pocas palabras que permitían a Anselmo reconstruir una conversación no necesariamente permitían al otro comprender cómo había llegado a determinada cifra. Reconocer aquello no significaba que la madre de Ely tuviera razón al incumplir ni convertía automáticamente en injustos los intereses, pero hacía mucho más difícil afirmar que todas las reglas habían sido evidentes desde el principio.

Por primera vez Anselmo tuvo que aceptar que quizá había confiado demasiado en que su manera de entender un préstamo coincidiera automáticamente con la de las demás personas. La constatación resultaba especialmente incómoda después de la deuda familiar porque, dentro de su libreta, la matemática le parecía completamente ordenada: cincuenta dólares entregados, veinte efectivamente recuperados, un acuerdo posterior de sesenta que no se cumplió y, finalmente, un total acumulado de setenta. El problema era que la claridad de aquellas cifras dentro de su propio sistema no garantizaba que la otra persona hubiera entendido o aceptado cada transformación de la misma manera.

La madre de Ely decidió entonces comprobar hasta qué punto la comparación con el banco resistía un análisis más concreto. Conocía a una mujer que trabajaba en una cooperativa y, durante una conversación aparentemente casual, quiso saber cuánto terminaría pagando alguien que solicitara una cantidad pequeña. Cuando mencionó

cincuenta dólares, la mujer se rio y explicó que para una suma semejante casi nadie iniciaría un crédito formal. Después habló de requisitos, montos mínimos, plazos y diferentes productos financieros, hasta dejar suficientemente claro que una institución difícilmente habría resuelto aquella necesidad con la rapidez de Anselmo. Mientras regresaba a casa tuvo que admitir una verdad que el enojo había empezado a ocultar. Anselmo había estado disponible cuando necesitó aquellos cincuenta dólares y no le exigió documentos, garantías ni explicaciones imposibles. Esa facilidad había sido una ventaja real y precisamente por eso había confiado en él anteriormente. La comparación con el banco no podía borrar ese hecho.

Sin embargo, tampoco desaparecía la diferencia que ahora consideraba fundamental. Una institución podía negarle el crédito, pero, si aceptaba concedérselo, las condiciones quedarían fuera de la memoria individual de cualquiera de las partes. La tasa, las fechas y los cargos existirían en un documento que tanto el acreedor como el deudor podrían consultar. No necesitaba considerar bueno al banco para reconocer que, al menos en ese punto, una deuda formal ofrecía algo que su acuerdo con Anselmo no había tenido.

La siguiente conversación entre ambos ocurrió algunos días después. Anselmo había ido a buscar a Ely y esperaba afuera cuando la madre salió primero. Se saludaron con aquella cortesía que había reemplazado la familiaridad de meses anteriores y, antes de que Anselmo preguntara por su hija, la mujer le explicó que finalmente sabía cómo pensaba pagar. Él preguntó cuándo y ella corrigió inmediatamente que no estaba hablando del momento, sino de la forma. Había comenzado a reunir dinero y

prefería entregarlo de una sola vez, porque no quería volver a aparecer con cantidades pequeñas ni permitir que nuevos abonos se mezclaran con cálculos posteriores. Anselmo preguntó cuánto pensaba reunir y la mujer respondió que treinta dólares. La cantidad confirmó que continuaban mirando cuentas diferentes. Para la madre, aquellos treinta tenían una lógica indiscutible: ya había pagado veinte y, al entregar treinta más, habría devuelto exactamente los cincuenta dólares que alguna vez recibió. Para Anselmo, sin embargo, la cuenta total estaba fijada en setenta y únicamente había recibido veinte, por lo que todavía consideraba pendientes cincuenta dólares. Los treinta que ella pensaba entregar serían suficientes para recuperar completamente el capital, pero no para cerrar la obligación según su sistema.

Anselmo recordó que ya habían hablado sobre aquello y la mujer respondió que, entonces, continuaban sin haber arreglado nada. Él sostuvo que ella estaba intentando decidir por sí sola cuánto debía y la madre devolvió inmediatamente la pregunta: qué estaba haciendo él. Anselmo estuvo a punto de responder que tenía todo anotado, pero precisamente esa explicación permitió que ella formulara con claridad el problema que llevaba semanas intentando expresar. Él tenía todo anotado; ella no poseía ningún registro compartido donde pudiera comprobar por qué una deuda que comenzó en cincuenta terminó convirtiéndose primero en un total de sesenta y después en setenta. Anselmo le recordó que conocía la cantidad original, el único abono de veinte y todos los retrasos. La madre admitió cada uno de esos hechos sin discutirlos. Lo que no comprendía era cómo esas circunstancias se convertían exactamente en las cifras posteriores y qué impediría que apareciera otra cantidad si

el tiempo continuaba pasando. Anselmo intentó explicar nuevamente los intereses y los plazos, pero ella volvió al mismo punto: en una deuda formal, todo aquello habría quedado establecido desde el comienzo.

La respuesta de Anselmo salió más dura de lo que pretendía y le dijo que entonces debería haber acudido a un banco. La madre sostuvo su mirada y respondió que, después de todo lo ocurrido, probablemente lo habría hecho. Anselmo recordó que ninguna institución le habría prestado cincuenta dólares con semejante facilidad y quiso saber si realmente habría preferido quedarse sin el dinero cuando lo necesitaba. La mujer respondió que quizá habría sido mejor eso que terminar de aquella manera. La frase produjo un silencio diferente de los anteriores. Anselmo habría podido responder que el problema no había comenzado cuando entregó el dinero, sino cuando dejaron de cumplirse las fechas, y durante meses esa habría sido exactamente su reacción. Sin embargo, por primera vez consiguió escuchar algo más dentro de la afirmación. Para él, aquel préstamo seguía siendo una solución legítima que se había complicado después por los incumplimientos; para la madre de Ely, el mismo préstamo empezaba a ser recordado retrospectivamente como el origen de una cadena de situaciones que había terminado perjudicándola mucho más de lo que podía imaginar aquella tarde. Ya no discutían únicamente sobre el dinero; incluso el recuerdo del día en que comenzó la deuda había dejado de significar lo mismo para ambos.

Ely apareció poco después y percibió inmediatamente la tensión. Su madre aseguró que únicamente habían estado conversando y regresó a la casa, mientras Anselmo y Ely emprendieron el camino sin hablar del asunto durante

varias cuadras. Finalmente ella quiso saber qué había ocurrido. Anselmo dudó antes de responder porque había prometido no volver a convertirla en receptora del conflicto y se limitó a decirle que habían hablado sobre la deuda y que seguían sin ponerse de acuerdo. Ely observó que algo más había sucedido, pero esta vez él no desarrolló la discusión ni repitió los argumentos de su madre. Le aseguró que prefería resolverlo directamente con ella y cambió de tema. Ely comprendió que aquella reserva no solucionaba el problema entre ambos, pero al menos mostraba que Anselmo empezaba a reconocer una frontera que durante demasiado tiempo había cruzado sin advertir cuánto la afectaba.

Después de aquella conversación, Anselmo empezó a modificar su manera de trabajar. No dejó de cobrar intereses ni renunció a fijar fechas, pero comenzó a escribir las condiciones de los nuevos préstamos con un detalle que antes consideraba innecesario. Indicaba la cantidad entregada, el total que debía regresar, el vencimiento y aquello que ocurriría si alguien necesitaba una extensión. Cuando la suma era mayor, pedía a la persona que leyera delante de él lo escrito y confirmara que comprendía las condiciones antes de recibir el dinero. Algunos se burlaban de aquella nueva formalidad y comentaban que finalmente el Banco estaba empezando a parecer realmente un banco. Anselmo aceptaba la broma porque había comprendido algo que le costaba reconocer: confiar en la memoria funcionaba únicamente mientras quienes participaban en una conversación recordaran lo mismo. Cuando cada persona empezaba a reconstruir el acuerdo desde sus propias circunstancias, una anotación privada ya no bastaba para sostener una interpretación común.

La frase *mejor deberle al banco* continuó circulando por el barrio, algunas veces como chiste y otras como consejo. Anselmo dejó de discutir cada vez que la escuchaba. Ya no necesitaba demostrar que una institución probablemente no resolvería las mismas necesidades que él ni que buena parte de quienes acudían a su casa lo hacían precisamente porque requerían algo que el sistema formal no podía ofrecerles. Había comprendido que ambas cosas podían ser ciertas al mismo tiempo: su manera de prestar solucionaba necesidades reales, pero dependía demasiado de acuerdos capaces de volverse confusos cuando algo salía mal. La madre de Ely había llegado desde el lado contrario a una conclusión parecida. Continuaba creyendo que Anselmo pretendía cobrar demasiado, aunque ya no podía negar que había sido precisamente él quien tuvo cincuenta dólares disponibles cuando los necesitó. Esa admisión no reconciliaba sus cifras ni modificaba aquello que cada uno consideraba justo, pero conseguía algo importante: volvía la historia menos sencilla de lo que resultaba cuando cualquiera de los dos intentaba reducirla únicamente a la culpa del otro.

Una noche Anselmo volvió a abrir la libreta y buscó el nombre de la madre de Ely. Ya conocía la cuenta de memoria y esta vez no necesitó detenerse demasiado en los números. Sabía que había entregado cincuenta, que había recuperado únicamente veinte y que su cálculo acumulado había llegado a setenta. Pensó más bien en las conversaciones, en las fechas modificadas y en todas las cosas que ninguno dejó suficientemente claras al comienzo porque ambos creyeron que la deuda terminaría rápidamente. Durante años habría defendido sin dudar que una palabra era suficiente cuando las personas se conocían y que la familiaridad ofrecía, en cierta medida, la garantía

que otros buscaban mediante documentos. Después de aquellos meses ya no estaba tan seguro de ninguna de las dos cosas, porque empezaba a reconocer que había confundido familiaridad con garantía y memoria con contrato.

A unas calles de distancia, la madre de Ely guardaba pequeños billetes dentro de un sobre. Su objetivo era reunir treinta dólares, no porque ignorara que Anselmo reclamaba más, sino porque aquellos treinta representaban para ella la única cantidad que todavía reconocía como propia. Había recibido cincuenta y ya había devuelto veinte; si lograba entregar otros treinta, ningún dólar del capital original permanecería en sus manos. Una semana podía guardar diez, otra apenas cinco, pero continuaba añadiendo lo que podía y evitaba hablar del asunto con Ely porque estaba cansada de convertir cada pequeña suma en otra discusión familiar. Anselmo no sabía nada del sobre y la madre de Ely tampoco conocía los cambios que él empezaba a introducir en sus nuevos préstamos. Sin haberse puesto de acuerdo, ambos intentaban reparar desde extremos distintos aquello que el conflicto les había obligado a reconocer: él comenzaba a construir condiciones que pudieran ser conocidas por las dos partes y ella reunía el dinero necesario para devolver materialmente todo aquello que había recibido. Los dos podían sentir que se acercaban a una solución y, en cierto sentido, ambos tenían razón, pero la cifra escrita en la libreta de Anselmo y la cantidad que crecía lentamente dentro del sobre de la mujer representaban finales diferentes. Anselmo todavía consideraba cincuenta dólares pendientes dentro de un total acumulado de setenta; la madre estaba reuniendo treinta porque, sumados a los veinte efectivamente pagados, completarían

los cincuenta dólares originales. Entre una cuenta y otra ya no existía un error matemático, sino dos conceptos diferentes de aquello que debía considerarse pagado

PARTE IV

EL DELITO DE DEBERLE A UN POBRE

CAPÍTULO 16

PARA MÍ, YA ESTÁ PAGADO

La madre de Ely tardó varias semanas en completar los treinta dólares que había decidido entregar a Anselmo. No reunió la cantidad de una sola vez, sino separando pequeñas sumas cada vez que podía hacerlo sin dejar desatendidos otros gastos de la casa. Una semana guardó diez dólares, algunos días después añadió cinco y continuó completando el resto con billetes que conseguía reservar cuando terminaba algún periodo con algo disponible. Conservaba el dinero dentro de un sobre escondido entre algunas prendas de su habitación y, a diferencia de los primeros meses, dejó de comentar con Ely cuánto había conseguido reunir. Ya no quería consejos, nuevas explicaciones ni conversaciones donde terminara escuchando otra vez los cálculos de Anselmo. Después de todo lo ocurrido había llegado a una conclusión propia y necesitaba actuar de acuerdo con ella para sentir que recuperaba, al menos en parte, el control sobre una deuda que durante demasiado tiempo había parecido pertenecer también a quienes opinaban sobre ella.

Desde su perspectiva, la operación continuaba siendo sencilla. Había recibido cincuenta dólares y meses atrás había entregado veinte. Los treinta que ahora reunía completarían exactamente la cantidad que Anselmo alguna vez puso en sus manos. Reconocía que había incumplido la primera fecha, que prometió otras que

tampoco pudo respetar y que el préstamo se prolongó mucho más de lo previsto. No intentaba borrar ninguno de esos hechos ni convencerse de que había actuado correctamente en cada momento, pero tampoco aceptaba que aquellas demoras transformaran el dinero recibido en una obligación total de setenta dólares cuya forma de cálculo nunca sintió completamente propia.

Anselmo llevaba otra cuenta y, dentro de su propia lógica, los números estaban igualmente definidos. Había entregado cincuenta dólares y hasta ese momento solo había recibido un pago efectivo de veinte. Los diez que la mujer había conseguido reunir durante el antiguo acuerdo de sesenta nunca habían cambiado de manos, porque él mismo le pidió que conservara aquella cantidad hasta poder completar un pago mayor. Después vinieron nuevos retrasos, fechas incumplidas y el fracaso de aquel convenio, hasta que Anselmo terminó fijando el total acumulado de la obligación en setenta dólares. Antes de recibir el sobre, por tanto, continuaba considerando pendientes cincuenta: treinta correspondían al capital que todavía no había recuperado y veinte a los intereses que, según su manera de entender el préstamo, se habían acumulado con el tiempo.

Los treinta dólares que la mujer estaba reuniendo tenían, entonces, un significado perfectamente definido aunque cada uno extrajera una conclusión distinta. Si Anselmo los recibía, el capital original quedaría completamente recuperado, porque los veinte pagados meses atrás sumados a aquellos treinta completarían exactamente cincuenta. A partir de ese momento la diferencia dejaría de estar dispersa entre capital, fechas y pagos parciales y se reduciría exclusivamente a veinte dólares de intereses.

Para la madre de Ely, esos veinte no constituían una obligación legítima; para Anselmo representaban precisamente la parte que demostraba que los meses de retraso y los acuerdos incumplidos no podían desaparecer como si nunca hubieran existido.

Aquella claridad paradójica fue lo que llevó a la mujer a dejar de negociar. Había pasado demasiados meses discutiendo sobre cifras que cada conversación parecía hacer más difíciles de reconciliar y ya no confiaba en que otra reunión pudiera producir una cuenta compartida. Decidió completar los treinta dólares, entregarlos personalmente y considerar terminado el asunto desde su propio punto de vista. Anselmo podía conservar en la libreta los cálculos que quisiera, pero ella necesitaba tener la certeza de que ningún dólar del capital original permanecía todavía en su poder. Esa idea, aunque no resolvía la disputa completa, empezó a devolverle una tranquilidad que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Anselmo ignoraba la existencia del sobre. Después de las últimas discusiones había reducido considerablemente los cobros directos y procuraba mantener el problema lejos de sus conversaciones con Ely. No había renunciado al total de setenta que continuaba considerando válido, pero empezaba a comprender que repetir sus argumentos frente a ella solo conseguía trasladarle una carga que no le correspondía. La distancia permitió incluso que la relación recuperara parcialmente algunos espacios anteriores a la deuda. Continuaban existiendo momentos incómodos cuando aparecía el nombre de su madre, pero ambos habían aprendido a detener determinadas conversaciones antes de que terminaran transformándose en otra pelea.

Una tarde caminaron juntos por el mercado y Ely se detuvo frente a un puesto de libros usados. Encontró una novela que llevaba algún tiempo buscando y comenzó a revisar el estado de las páginas. Anselmo permaneció a su lado sin preguntar inmediatamente cuánto costaba, detalle que ella percibió casi de inmediato y utilizó para burlarse de su supuesto progreso. Él respondió que tarde o temprano pensaba preguntar el precio, pero Ely consideró un avance que al menos hubiera tardado. La broma los hizo reír y, durante unos minutos, recuperaron algo de aquella relación anterior a la deuda, cuando discutir sobre dinero podía significar únicamente molestarlo porque comparaba precios o calculaba tres dólares de más y no una conversación capaz de arrastrar inevitablemente a su madre.

Aquella misma tarde, sin que ninguno de los dos lo supiera, la mujer completó los treinta dólares dentro del sobre. Decidió entregarlos el martes siguiente. No quería hacerlo en su casa ni delante de Ely porque, después de tantos meses intentando impedir que su hija quedara atrapada entre ambas partes, sentía que aquella conversación debía terminar exactamente entre las dos personas que la habían comenzado. Esperó hasta el final de la tarde y caminó hasta la casa de Anselmo con el sobre guardado dentro de la cartera. Durante el trayecto repasó varias veces lo que pensaba decir y se prometió que no volvería a reconstruir cada fecha, cada interés ni cada discusión. Había reunido el dinero que consideraba pendiente y quería entregarlo sin convertir el momento en otra negociación.

Anselmo se sorprendió al verla frente a su puerta. Preguntó si buscaba a Ely y la mujer explicó que había ido

precisamente porque su hija no estaba. Necesitaba hablar directamente con él. Anselmo la dejó pasar y ambos terminaron sentados frente a la misma mesa donde, durante años, tantas personas habían pedido, recibido y devuelto dinero. La mujer había estado antes en aquella casa en circunstancias completamente distintas, pero nunca se había sentido tan consciente de aquella mesa ni de la libreta que Anselmo acostumbraba mantener cerca. Después de unos segundos abrió la cartera y explicó que había ido a pagar. La frase produjo en Anselmo una mezcla inmediata de alivio y cautela porque, después de tantos meses, había aprendido que una palabra aparentemente sencilla podía significar cosas diferentes para cada uno. No quiso suponer que ambos estaban hablando de la misma cantidad. La mujer sacó el sobre, lo colocó sobre la mesa y explicó que allí estaban los treinta dólares que, según su cuenta, faltaban para completar los cincuenta originales.

Anselmo no tocó inmediatamente el dinero porque aquella cifra confirmaba exactamente lo que había anticipado. Para la mujer, los treinta cerraban todo; para él, cerraban únicamente el capital. Le recordó que ya habían hablado sobre la diferencia y que esa cantidad no completaba la obligación bajo el total de setenta que él mantenía registrado. La madre respondió que precisamente por haber discutido durante tanto tiempo había decidido dejar de hacerlo. Para ella, aquellos treinta completaban el dinero que Anselmo alguna vez le prestó y no estaba dispuesta a continuar negociando una cantidad que nunca había considerado legítima.

Anselmo miró el sobre y comprendió que tenía que decidir si aceptarlo. Sabía exactamente qué representaban esos

billetes dentro de su propia contabilidad: sumados a los veinte recibidos meses atrás, recuperarían todo el capital original y dejarían pendientes únicamente los veinte dólares de intereses. Rechazar el sobre podía convertir un esfuerzo real de pago en otro enfrentamiento y habría significado negarse a recuperar su propio capital solo porque la mujer no reconocía simultáneamente su interpretación de los intereses. Aceptarlo, sin embargo, podía ser leído por ella como una admisión de que aquellos treinta cerraban toda la deuda. Finalmente explicó que podía recibirlos, pero que no los consideraría un pago total.

La aclaración modificó inmediatamente la expresión de la madre. Desde su perspectiva, aquellos eran precisamente los treinta que faltaban y no comprendía cómo Anselmo podía reconocer que completaban los cincuenta y, al mismo tiempo, continuar llamándola deudora. Él intentó explicar la diferencia con la mayor claridad posible: el total acumulado que había fijado era setenta, de los cuales ella ya había pagado veinte; al entregar ahora treinta más, el dinero efectivamente devuelto llegaría a cincuenta y quedarían veinte correspondientes exclusivamente a los intereses. La mujer encontró en aquella explicación la confirmación exacta de aquello que llevaba meses rechazando. Nunca había pedido setenta dólares y, por más veces que Anselmo reconstruyera fechas y recargos, seguía sin reconocer esa cantidad como una obligación propia. Empujó ligeramente el sobre hacia él y pidió que recibiera los treinta porque con ellos ya estaría devolviendo todo aquello que había salido alguna vez de las manos de Anselmo.

Él abrió el sobre y contó los billetes. Había treinta dólares exactos. Los colocó sobre la mesa y la mujer sintió, por primera vez en muchos meses, una sensación cercana al alivio. Había imaginado durante semanas aquel momento y, mientras veía el dinero en manos de Anselmo, pudo pensar que finalmente se estaba desprendiendo de una obligación que había ocupado demasiado espacio en su vida. Por eso, cuando dijo que el asunto había terminado, no lo hizo como provocación, sino con la convicción de quien acababa de completar una operación. Anselmo tuvo que aclarar que, para él, todavía quedaban veinte. El alivio desapareció casi de inmediato y la madre respondió que, para ella, no quedaba absolutamente nada. Durante algunos segundos ninguno necesitó repetir los argumentos anteriores porque ambos entendían perfectamente dónde se encontraba la diferencia: ella observaba los treinta dólares como la última parte de un capital original que finalmente regresaba completo a su propietario, mientras Anselmo veía exactamente el mismo dinero como un pago que recuperaba el capital pero dejaba todavía abiertos los intereses.

No existía ningún documento firmado capaz de decidir cuál de aquellas interpretaciones había sido aceptada por ambas partes desde el principio. Existía una libreta escrita por Anselmo, recuerdos que cada uno organizaba de manera distinta y meses de resentimiento acumulados alrededor de una diferencia que ahora podía reducirse materialmente a veinte dólares. La mujer volvió a insistir en que ya le había pagado y Anselmo reconoció que el capital estaba completamente devuelto, aunque sostuvo que la obligación entera todavía no lo estaba. Para ella esa distinción resultaba cada vez más absurda, porque los cincuenta dólares que alguna vez recibió estaban

nuevamente en manos de su dueño y cualquier otra cifra pertenecía únicamente al sistema mediante el cual Anselmo había decidido valorar sus retrasos.

Guardó la cartera y le dijo que podía llamar a aquellos veinte como quisiera, escribirlos en la libreta o conservarlos allí indefinidamente, pero ella ya no pensaba reconocerse deudora. Anselmo sintió regresar la irritación y estuvo a punto de responder que una obligación no desaparecía simplemente porque una persona decidiera dejar de reconocerla. Se contuvo, consciente de que llevaban meses intercambiando versiones de la misma discusión y de que ninguna frase nueva parecía capaz de modificar la posición del otro. La mujer se marchó convencida de que había terminado y, mientras regresaba a casa, experimentó una mezcla extraña de alivio y rabia. Había devuelto materialmente cada dólar que alguna vez recibió y, aun así, Anselmo continuaba considerándola deudora. Aquella contradicción terminó de convencerla de que el conflicto ya no consistía en recuperar dinero que realmente hubiera permanecido fuera de las manos de él, sino en determinar si tenía derecho a convertir los incumplimientos en veinte dólares adicionales que ella nunca había aceptado como propios.

Cuando llegó encontró a Ely preparando algo de comer. Su hija quiso saber dónde había estado y la mujer respondió que había ido a pagarle a Anselmo. Ely interrumpió lo que estaba haciendo y preguntó si finalmente había entregado aquello que pensaba reunir. Su madre explicó que había llevado treinta dólares y recordó que meses atrás ya había pagado veinte, por lo que los cincuenta originales estaban completos. Después añadió, antes de que Ely preguntara, que Anselmo continuaba

considerando pendientes otros veinte. Ely entendió inmediatamente lo ocurrido. Conocía suficientemente bien las posiciones de ambos para saber que aquel desenlace era casi inevitable y, aunque sintió el impulso de reconstruir una vez más las dos cuentas, decidió no hacerlo. Su madre acababa de explicarle su posición y no quería volver a ocupar el lugar de intérprete de Anselmo. Se limitó a preguntar si estaba segura de que quería dar por terminado el asunto de esa manera. La mujer respondió que sí y Ely dejó la conversación allí.

Anselmo permaneció sentado frente a los treinta dólares durante varios minutos después de que la mujer abandonó la casa. Había recuperado el capital completo y, desde un punto estrictamente material, los cincuenta dólares que alguna vez salieron de sus manos habían regresado. Aquello debería haberle producido la tranquilidad que durante meses decía buscar y, sin embargo, descubrió que no era suficiente. Continuaba pensando en los veinte dólares de intereses, en el tiempo transcurrido, en las personas a quienes había aplicado consecuencias por retrasos mucho menores y en lo que significaría renunciar precisamente a la deuda que todo el barrio había convertido en una prueba pública de su manera de prestar. Si tachaba el nombre de la madre de Ely, una parte de él sentiría que estaba haciendo una concesión comprensible para preservar una relación familiar que ya había sufrido demasiado; otra parte interpretaría el mismo gesto como la admisión de que las condiciones defendidas durante meses nunca habían tenido verdadero valor y que, después de suficiente resistencia, cualquier deudor podía decidir qué parte de una obligación reconocía y cuál no.

Abrió la libreta y registró los treinta dólares. Después reconstruyó la cuenta sin prisa porque ya no existía ninguna ambigüedad matemática: había entregado cincuenta, recibido veinte meses atrás y acababa de recibir otros treinta. Los pagos efectivos sumaban cincuenta y el capital estaba completamente recuperado. El total acumulado que él había establecido seguía siendo setenta y, por tanto, quedaban exactamente veinte de intereses. La cifra era completamente clara dentro de su sistema; lo que empezaba a resultar mucho menos claro era por qué conservarla se había vuelto tan importante.

Ely vio a Anselmo esa misma noche, pero ninguno introdujo inmediatamente la deuda. Él sabía que había prometido no utilizarla como espacio donde descargar cada conflicto con su madre y ella acababa de decidir, horas antes, que tampoco quería volver a actuar como traductora de dos cuentas incompatibles. Hablaron durante un rato de otras cosas hasta que Ely, movida por una inquietud que ya no podía reducir a la curiosidad por el dinero, le preguntó únicamente si había recuperado los cincuenta dólares que originalmente había prestado. Anselmo respondió que sí. Ella quiso saber entonces si, a pesar de eso, continuaba considerando abierta la cuenta y él volvió a responder afirmativamente. No necesitaban reconstruir toda la discusión para comprender que los veinte dólares seguían allí. Ely evitó preguntarle por qué continuaba cobrando una cantidad que a esas alturas podía parecer insignificante y formuló otra pregunta mucho más difícil: qué creía estar defendiendo ahora que el capital había regresado completo.

Anselmo respondió que defendía aquello que había acordado. Ely pensó durante unos segundos antes de

señalar que nunca había dudado de que él creyera en sus propias reglas; lo que no sabía era si su madre había entendido de la misma manera cada una de las transformaciones que llevaron la cuenta desde cincuenta hasta setenta. Anselmo permaneció callado porque aquella pregunta no tenía una respuesta completamente satisfactoria. Habían hablado muchas veces de intereses, fechas y consecuencias, pero nunca había existido un documento común donde ambos pudieran señalar una cantidad y afirmar que habían entendido exactamente lo mismo. La mujer conocía la existencia de intereses y nadie podía negar los retrasos, pero otra cosa muy distinta era asegurar que ambos hubieran aceptado con idéntica claridad que, después de recuperar el capital, quedarían precisamente veinte dólares adicionales.

Ely avanzó entonces hacia algo que llevaba tiempo sospechando. Consideraba posible que Anselmo ya no estuviera defendiendo únicamente los veinte dólares escritos en la libreta, sino también todo aquello que había quedado asociado a ellos después de meses de discusiones, comentarios y cuestionamientos públicos. Ceder ahora podía parecerle, incluso ante sí mismo, una forma de admitir que había estado equivocado desde el principio. La observación lo irritó porque se parecía demasiado a una posibilidad que él mismo había empezado a reconocer y preguntó si, bajo esa lógica, su madre podía declarar unilateralmente que ya había terminado de pagar y esperar que todos aceptaran su versión. Ely aclaró que tampoco defendía aquello. Lo único que intentaba decir era que ya no sabía cuánto de aquel conflicto pertenecía todavía al dinero y cuánto provenía de la necesidad que ambos tenían de no parecer

quienes habían perdido. La conversación terminó sin una pelea abierta, pero tampoco produjo ningún acuerdo.

Durante los días siguientes, la madre de Ely empezó a comportarse como alguien que había terminado de pagar. Ya no separaba dinero para Anselmo ni intentaba calcular cuándo podría conseguir otra cantidad. Cuando alguien preguntaba por el conflicto respondía que había devuelto los cincuenta dólares completos y que cualquier suma adicional pertenecía únicamente a los cálculos de él. La frase comenzó a circular y, como había ocurrido muchas veces antes, terminó simplificándose: la madre de Ely ya había pagado. Para quienes consideraban exagerados los intereses, aquello significaba que el problema debía haberse terminado; otras personas sostenían que recuperar el capital no eliminaba automáticamente aquello que se había acumulado por los retrasos. Anselmo empezó a escuchar ambas opiniones sin haber pedido ninguna. Una tarde, un conocido quiso confirmar si la mujer ya había devuelto los cincuenta y él respondió que sí. El hombre pareció sorprendido y concluyó que, entonces, el asunto debía estar resuelto. Cuando Anselmo explicó que todavía quedaban veinte de intereses, la expresión con que recibió la aclaración produjo una incomodidad distinta.

Mientras el conflicto podía describirse como una deuda de cincuenta, sesenta o setenta dólares, existían suficientes antecedentes para hablar de capital, tiempo e incumplimiento. Ahora, ante los ojos del barrio, todo parecía haberse reducido a un hombre que continuaba reclamando veinte dólares después de recuperar completamente aquello que había prestado. Anselmo sabía que esa simplificación era incompleta, aunque también empezaba a comprender por qué resultaba tan

poderosa. Una noche abrió la libreta buscando otra cuenta y terminó deteniéndose nuevamente en la página de la madre de Ely. El registro era inequívoco: cincuenta dólares entregados, veinte recibidos meses atrás, treinta recibidos recientemente y un capital original completamente recuperado. Debajo permanecía el saldo que él continuaba considerando válido dentro de su sistema: veinte dólares.

Anselmo observó la cifra durante un largo momento y pensó en todo aquello que se había acumulado alrededor de ella: las discusiones con Ely, la distancia con una casa donde antes lo recibían con afecto, los comentarios del barrio, las dudas sobre su sistema y la sensación de que su reputación podía depender de no retroceder. Durante años habría afirmado sin vacilar que una deuda continuaba siendo una deuda independientemente de su tamaño y todavía creía en aquel principio. Lo que ya no conseguía asegurar era que recuperar aquellos veinte dólares pudiera reparar alguna de las cosas que se habían deteriorado mientras intentaba cobrarlos. La duda, sin embargo, todavía no fue suficiente para tacharlos y cerró la libreta dejando la cuenta abierta.

A unas calles de distancia, la madre de Ely guardó el sobre vacío en el mismo lugar donde durante semanas había escondido los billetes. No sabía exactamente por qué quería conservarlo, pero verlo vacío le producía una sensación de cierre que necesitaba después de tantos meses organizando pequeñas cantidades para completarlo. Para ella, aquel sobre representaba algo que la libreta de Anselmo no podía negar: los cincuenta dólares originales habían regresado completos y ninguna parte del capital que él puso alguna vez en sus manos permanecía todavía

en su poder. Anselmo conservaba otra prueba, una página donde aún figuraban veinte dólares pendientes. Ninguno podía ver el objeto que el otro guardaba ni experimentar el significado que ese objeto tenía dentro de su versión de la historia. Ella observaba un sobre vacío y encontraba la evidencia de que había terminado; él miraba una anotación abierta y encontraba la evidencia de que todavía faltaba algo. Después de tantos meses, ambos tenían finalmente una prueba material de aquello que creían, pero esas dos pruebas sostenían conclusiones completamente opuestas.

CAPÍTULO 17

VEINTE DÓLARES

Después de que la madre de Ely entregó los treinta dólares, Anselmo creyó que el problema sería más sencillo porque, al menos, la discusión sobre los cincuenta originales había desaparecido. El capital estaba completamente recuperado y, según sus cuentas, únicamente quedaban pendientes veinte dólares correspondientes a los intereses acumulados. La madre de Ely, en cambio, empezó a comportarse como alguien que ya había terminado de pagar. Dejó de separar dinero, dejó de pensar en nuevas fechas y dejó de considerar que existiera una obligación pendiente. Para ella, haber devuelto los cincuenta completos cerraba todo aquello que estaba dispuesta a reconocer, mientras los veinte que permanecían escritos en la libreta pertenecían exclusivamente a la interpretación de Anselmo.

Anselmo tardó algunos días en aceptar que la mujer hablaba en serio. Al principio interpretó su silencio como una pausa comprensible después del esfuerzo de reunir los treinta dólares y supuso que quizá necesitaría algún tiempo antes de discutir el saldo restante. Él tampoco tenía intención de reclamar de inmediato porque aquellos veinte no representaban una urgencia para sus cuentas y podía esperar perfectamente. Lo único que no estaba dispuesto a hacer era borrarlos, pues dentro de su sistema continuaban formando parte de una obligación que consideraba válida. Con el paso de las semanas comprendió que la madre no estaba esperando una oportunidad para volver a hablar, sino que realmente se consideraba liberada de cualquier deuda. Aquella

tranquilidad empezó a incomodarlo porque, mientras ella reunía dinero, todavía existía la sensación de que ambos reconocían una obligación aunque discutieran sobre su tamaño; ahora parecía haber una cuenta que solo existía para él.

Ely fue la primera en notar hasta qué punto las posiciones se habían endurecido. Una noche preguntó a su madre si pensaba conversar nuevamente con Anselmo sobre los veinte dólares y la mujer respondió que no tenía nada que discutir porque no reconocía deber esa cantidad. Ely intentó señalar que Anselmo no compartía esa conclusión, pero su madre sostuvo que ese era precisamente el problema de él. Había devuelto cada dólar que recibió y no pensaba entregar veinte adicionales únicamente para permitirle demostrar que su cuenta había sido correcta. Sabía perfectamente que Anselmo cobraba intereses y nunca lo había negado; lo que rechazaba era que él pudiera determinar, después de meses de retrasos y renegociaciones, cuánto debían valer exactamente esos intereses sin que existiera una regla compartida desde el comienzo.

Ely comprendió que insistir no produciría ningún cambio y terminó preguntándose en voz alta cómo pensaban terminar aquello si uno consideraba abierta la deuda y el otro afirmaba que ya no existía. Su madre respondió que, desde su punto de vista, el problema estaba terminado desde el momento en que entregó los treinta dólares y completó el capital. Ely decidió no continuar porque sabía que cualquier intento de discutir esa certeza la devolvería nuevamente a la posición que más deseaba evitar: tener que explicar a una persona la cuenta de la otra.

Anselmo se hacía una pregunta parecida desde el lado contrario. Podía imaginar perfectamente el lápiz atravesando aquellos veinte dólares y sabía que, desde una perspectiva práctica, la decisión no modificaría su economía. Había recuperado los cincuenta originales, continuaba prestando a otras personas y una cantidad semejante no representaba ninguna amenaza para sus finanzas. El problema aparecía cuando pensaba en lo que significaría tacharla. No sentía que estuviera simplemente perdonando veinte dólares, sino aceptando que la madre de Ely podía declarar unilateralmente cuándo terminaba una deuda y obligarlo a reconocer esa decisión. Aquello le resultaba más difícil de aceptar que perder el dinero, porque convertía la discusión en una cuestión de autoridad sobre el acuerdo y no únicamente en una cuestión económica.

El barrio volvió a intervenir, aunque esta vez la historia se había simplificado todavía más. Ya no se contaba que una mujer había pedido cincuenta dólares y que, después de meses de retrasos, Anselmo había fijado un total de setenta. La nueva versión era mucho más fácil de repetir: la suegra había devuelto los cincuenta y él continuaba cobrándole veinte. Incluso algunas personas que antes habían defendido sus intereses empezaron a considerar que quizá había llegado el momento de abandonar el asunto.

Un conocido se lo comentó una tarde y le recordó que ya había recuperado lo suyo. Anselmo corrigió que había recuperado únicamente el capital, pero el hombre no encontró una diferencia suficientemente importante y sostuvo que, por veinte dólares, él habría preferido dejar el problema atrás. Anselmo respondió con mayor dureza

de la necesaria que probablemente por eso aquel hombre no se dedicaba a prestar dinero y continuó caminando antes de comprender que acababa de descargar su irritación sobre alguien que no tenía ninguna deuda con él.

La reacción lo hizo pensar porque demostraba hasta qué punto aquellos veinte dólares empezaban a extender el conflicto hacia personas que ni siquiera formaban parte de él. Si los intereses desaparecían cada vez que una cantidad parecía demasiado pequeña para justificar una discusión, entonces sus reglas dependerían de cuánto estuviera dispuesto a resistir cada deudor. Esa conclusión continuaba pareciéndole válida, pero también debía reconocer que el problema ya estaba ocupando más espacio del que cualquier saldo de veinte dólares podía justificar por sí solo.

La madre de Ely recibía consejos parecidos desde el otro lado. Algunas vecinas celebraban que hubiera devuelto únicamente los cincuenta originales y consideraban absurdo continuar hablando de intereses; otras le recomendaban entregar los veinte y terminar definitivamente. Una mujer mayor, a quien conocía desde hacía años, decidió formularle una pregunta distinta. Quiso saber cuánto faltaba según la cuenta de Anselmo y, después de escuchar que eran veinte dólares, no preguntó si la cifra era justa, sino cuánto le estaba costando negarse a pagarla.

La madre interpretó inicialmente la pregunta como una acusación y quiso saber si también estaba del lado de Anselmo, pero la mujer explicó que no intentaba decidir quién tenía razón. Le preocupaba únicamente que ambos hubieran empezado a defender aquella cantidad como si

renunciar a ella significara perder algo mucho mayor. La madre insistió en que no era orgullo y la mujer mayor respondió que, en ese caso, podía pagar y olvidarse del asunto. La respuesta salió antes de que pudiera medirla: hacerlo sería darle la razón.

Apenas pronunció esas palabras comprendió lo que acababa de admitir. El obstáculo ya no consistía únicamente en considerar injustos los intereses; entregar aquellos veinte implicaría reconocer públicamente y ante sí misma que la cuenta de Anselmo había terminado imponiéndose. La mujer mayor no necesitó añadir nada y la conversación cambió poco después de tema.

Una tarde, Anselmo llegó a la casa de Ely y encontró a su madre sentada cerca de la entrada. Ely todavía no había regresado, así que decidió esperar unos minutos. Hablaron del clima, de una vecina enferma y de una reparación pendiente, y durante un rato la conversación consiguió parecerse a aquellas que mantenían antes del préstamo. Fue la propia madre de Ely quien terminó mencionando el dinero y expresó su esperanza de que Anselmo no pensara continuar con los veinte.

Él aclaró que no había ido por eso y que, de hecho, quería dejar el tema atrás tanto como ella. La mujer consideró que la solución era sencilla y le pidió que lo dejara. Anselmo respondió que, para hacerlo, la cuenta tenía que cerrarse. Ella sostuvo que ya la había cerrado y él señaló que lo había hecho únicamente desde su propia perspectiva. La mujer le devolvió exactamente el mismo argumento: Anselmo continuaba manteniéndola abierta también desde la suya.

La frase consiguió detenerlo porque describía con demasiada precisión el conflicto. Cada uno había establecido un final distinto para la misma deuda y ninguno reconocía la autoridad del otro para imponerlo. Anselmo quiso saber entonces qué proponía y la madre respondió que nada, porque desde su punto de vista ya no existía ningún asunto que resolver. Él decidió no insistir y aceptó que no hablaran, pero el silencio duró poco porque ella misma quiso aclarar que después no deseaba escuchar que se decía por el barrio que se negaba a pagar. Anselmo recordó que era difícil afirmar que alguien no quería pagar cuando esa misma persona sostenía que no debía nada.

La conversación empezó a regresar al mismo círculo y ambos terminaron deteniéndose únicamente cuando Ely apareció. Al mirar la expresión de los dos, comprendió inmediatamente que los veinte habían vuelto a ocupar la tarde y esta vez no intentó intervenir; entró a la casa y dejó a ambos con un conflicto que ya no estaba dispuesta a administrar.

Aquella noche, mientras caminaban, Ely formuló una sola pregunta a Anselmo. Quiso saber qué haría si su madre nunca pagaba los veinte dólares. Él tardó en responder porque, hasta entonces, siempre había pensado en la deuda desde acciones concretas: esperar, cobrar, renegociar o insistir. Nunca se había obligado a imaginar un límite temporal para ninguna de ellas. Finalmente reconoció que no lo sabía.

Ely no intentó convencerlo de nada y únicamente le pidió que pensara en esa posibilidad, porque una deuda que podía permanecer abierta indefinidamente no era una

solución, sino otra forma de organizar la vida alrededor del conflicto.

Los días siguientes transcurrieron sin nuevas discusiones. Anselmo no reclamó y la madre de Ely no ofreció pagar, de modo que durante un tiempo pareció posible que los veinte permanecieran suspendidos entre ambos sin producir otros enfrentamientos. Sin embargo, la ausencia de conversaciones no significaba que la deuda hubiera dejado de modificar las relaciones. Anselmo dudaba antes de aceptar una invitación a la casa, la madre preguntaba si él estaría presente antes de asistir a alguna reunión y Ely comenzó a organizar ciertos encuentros procurando que coincidieran lo menos posible. Nadie había acordado formalmente aquellas distancias ni había pedido que las cosas fueran de ese modo, pero terminaron apareciendo como una manera silenciosa de evitar nuevas escenas.

Una tarde Anselmo recibió el pago de un hombre que llevaba varias semanas atrasado. La cantidad era considerablemente mayor y, además del capital, incluía intereses. El deudor entregó todo sin discutir demasiado, Anselmo contó el dinero, registró el pago y trazó una línea sobre la cuenta. La facilidad del gesto le produjo una sensación extraña porque, durante años, aquello había sido precisamente la imagen de un préstamo terminado: el dinero regresaba, el registro se tachaba y ambas personas podían continuar con sus vidas.

Al mirar la línea pensó inevitablemente en la madre de Ely y se preguntó por qué debía comportarse de manera diferente cuando otros habían pagado intereses incluso después de retrasos menores. La primera respuesta que apareció fue precisamente la que llevaba meses intentando

rechazar: porque ella era familia o, al menos, formaba parte de la familia de Ely.

Anselmo había insistido desde el principio en que el parentesco no debía modificar una deuda, pero sus propias acciones demostraban que ya lo había hecho. Había esperado más tiempo, aceptado pagos parciales y tolerado discusiones que difícilmente habría soportado con otro deudor. La había tratado de manera distinta mucho antes de preguntarse si debía perdonarle veinte dólares y, aunque aquello no significaba necesariamente que ahora tuviera que hacerlo, hacía más difícil seguir afirmando que únicamente estaba aplicando reglas idénticas para todos.

Al otro lado del barrio, la madre de Ely revisaba las cuentas de la casa y, después de cubrir varios gastos, descubrió que le quedaban veinticinco dólares. Los contó más de una vez y comprendió que, por primera vez desde que había entregado el sobre, tenía delante una cantidad suficiente para cerrar el conflicto según la versión de Anselmo. Separar veinte era sencillo. Podía hacerlo en ese momento, caminar hasta su casa al día siguiente, entregar los billetes y pedir que tachara definitivamente su nombre de la libreta.

Imaginó la escena con suficiente claridad para saber que el problema no estaba en desprenderse del dinero. Había repetido durante semanas que no debía aquellos veinte y había defendido ante Ely, ante otras personas y ante sí misma que devolver los cincuenta originales había terminado con su obligación. Presentarse ahora con la cantidad adicional significaría reconocer precisamente aquello que había negado durante meses. No sería únicamente una transferencia de dinero, sino una

admisión de que la cuenta de Anselmo era la que finalmente determinaba cuándo podía considerarse cerrada la deuda.

Guardó los veinticinco dólares sin separar nada.

Esa misma noche, sin saber nada de aquella decisión, Anselmo volvió a abrir la libreta. No necesitaba revisar la cuenta, pero terminó buscando la página y observó los veinte dólares que todavía aparecían pendientes. Tomó el lápiz y permaneció algunos segundos sobre el papel. Podía atravesar la cifra mediante una sola línea y sabía que la decisión no perjudicaría sus cuentas, porque el capital ya había regresado y aquellos intereses no eran necesarios para sostener su economía. Sin embargo, dentro del sistema que había utilizado durante años, tacharlos significaba hacer una excepción precisamente en la deuda que más personas conocían y en el conflicto que más había puesto en duda su manera de prestar.

Pensó en Ely, en la madre, en las personas que habían pagado intereses y también en la forma en que él mismo interpretaría aquella línea al día siguiente. No quería engañarse afirmando que todo dependía todavía del dinero, porque sabía que una parte importante del problema estaba ahora en lo que significaba ceder. Si tachaba los veinte, podía sentir que había privilegiado la relación familiar por encima de una regla; si los conservaba, mantenía una deuda que ya había demostrado costar mucho más que su valor económico.

No trazó la línea y cerró la libreta.

A unas calles de distancia, la madre de Ely guardaba veinticinco dólares de los que podía sacar veinte sin dificultad. Anselmo tenía una libreta, un lápiz y la posibilidad de borrar exactamente la misma cantidad. Por primera vez desde que comenzó el conflicto, ninguno necesitaba esperar que el otro consiguiera algo que no tenía. Ella podía pagar y él podía perdonar; ambos poseían en ese momento una salida material suficientemente sencilla como para terminar la deuda.

Lo que ninguno estaba dispuesto a hacer era ser el primero en utilizarla. Los veinte dólares habían dejado de crecer desde hacía tiempo, pero alrededor de ellos continuaban acumulándose orgullo, reputación, memoria y la necesidad de que el desenlace no pareciera una derrota. La deuda ya no estaba aumentando en la libreta de Anselmo ni disminuyendo dentro de la cartera de la madre de Ely. Permanecía exactamente en el mismo lugar, sostenida no por la falta de dinero ni por la imposibilidad de renunciar a él, sino por todo aquello que ambos habían terminado asociando a una cantidad que cualquiera de los dos podía hacer desaparecer.

CAPÍTULO 18

LO QUE CUESTA TENER RAZÓN

Ely empezó a cansarse antes de darse cuenta de que estaba cansada. No ocurrió después de una gran discusión ni de una frase especialmente cruel, sino de una forma más lenta y difícil de identificar. Primero dejó de contarle a Anselmo ciertas cosas que ocurrían en su casa porque sabía que cualquier referencia a su madre podía acercarlos otra vez a los veinte dólares. Después hizo lo mismo en sentido contrario y evitó contarle a su madre dónde había estado con Anselmo, qué habían hecho o cuáles eran sus planes para el fin de semana. No mentía ni necesitaba inventar excusas; simplemente había aprendido que algunas conversaciones resultaban más fáciles cuando se omitían determinados nombres. Durante un tiempo creyó que aquella precaución era una manera de proteger a todos, hasta que comprendió que estaba organizando su vida alrededor de una deuda que ni siquiera era suya.

Si Anselmo iba a visitarla, Ely procuraba saber antes si su madre estaría en casa. Cuando aparecía un almuerzo familiar pensaba dos veces antes de invitarlo y, si sabía que ambos podían coincidir en algún lugar, empezaba a anticipar posibles silencios, bromas o comentarios incómodos. Los veinte dólares no tenían que aparecer expresamente en ninguna de esas decisiones porque ya estaban presentes de otra manera: condicionaban lugares, horarios y conversaciones. Nadie había pedido formalmente que Ely organizara las cosas de ese modo, pero ella había terminado haciéndolo porque cualquier

coincidencia podía abrir nuevamente una disputa que llevaba demasiado tiempo ocupando espacios que no le pertenecían.

Un domingo, una tía de Ely celebró su cumpleaños e invitó a buena parte de la familia. La reunión sería sencilla, con comida preparada entre varios, música y una torta comprada a última hora. Ely había mencionado el evento delante de Anselmo días antes, pero evitó preguntarle si quería acompañarla. La omisión no pasó inadvertida. Finalmente fue él quien quiso saber a qué hora sería la reunión y, después de algunas preguntas indirectas, terminó preguntándole si quería que fuera. Meses atrás Ely habría respondido inmediatamente, pero esta vez dijo que podía ir si quería. Anselmo percibió la falta de entusiasmo y preguntó si la madre estaría presente. La pregunta confirmó exactamente aquello que Ely había intentado evitar. Respondió que sí y, al observar su reacción, le dijo que quizá sería mejor que no asistiera. Anselmo aclaró que nunca había dicho eso y explicó que podía compartir perfectamente un espacio con su madre siempre que nadie transformara la reunión en otra discusión. Ely respondió que precisamente ese era el problema: no podía garantizar lo que otras personas fueran a decir ni quería pasar un cumpleaños vigilando conversaciones para impedir que una broma terminara reabriendo el conflicto. Finalmente Anselmo decidió no acompañarla y explicó que tenía algunas cosas pendientes en casa, aunque ninguno fingió creer completamente aquella excusa.

La reunión transcurrió con normalidad hasta que alguien preguntó por él. Ely respondió que no había podido ir y su madre continuó comiendo sin levantar la mirada. Una

prima comentó que resultaba extraño no verlo porque antes acompañaba a Ely con frecuencia. Nadie mencionó el préstamo, pero ella percibió inmediatamente cómo su madre se tensaba. Repitió que Anselmo estaba ocupado y consiguió que la conversación cambiara. Más tarde, mientras recogían los platos, su madre se acercó y comentó que Anselmo no tenía por qué dejar de asistir a las reuniones familiares por su culpa. Ely intentó terminar la conversación explicando que él no había dejado de ir por ella, pero la mujer estaba convencida de lo contrario y quiso aclarar que nunca le había prohibido entrar en la casa ni participar en ningún encuentro. Aquella defensa terminó agotando la poca paciencia que Ely conservaba. Le explicó que justamente eso era lo que empezaba a cansarla: tanto su madre como Anselmo tomaban decisiones condicionadas por el conflicto y después actuaban como si esas decisiones no tuvieran ninguna relación con él. La mujer respondió que ella no había hecho nada y Ely señaló, con una tristeza que pesaba más que cualquier reproche, que probablemente Anselmo habría utilizado exactamente la misma frase para defenderse. No quiso continuar.

Mientras tanto, Anselmo pasó aquel domingo en casa intentando convencerse de que había tomado una decisión práctica. Consideraba innecesario exponerse a una reunión donde alguien podía hacer una broma o donde la madre de Ely podía interpretar algún comentario como una provocación. La explicación parecía razonable hasta que recordó que antes disfrutaba acompañarla a esas reuniones y que jamás había necesitado calcular quién estaría presente antes de decidir si quería ir. Entonces comenzó a molestarse sin saber exactamente contra quién dirigir el enojo. Una parte culpaba a la madre de Ely por

mantener una posición que continuaba considerando injusta; otra responsabilizaba al barrio por haber convertido una deuda privada en una historia conocida por demasiadas personas. Incluso sintió cierta irritación con Ely por no haber insistido en que fuera, aunque comprendió casi inmediatamente la contradicción de esperar que ella resolviera una situación de la que precisamente intentaba apartarse. Al final terminó también molesto consigo mismo por haber preguntado si la madre estaría presente antes de decidir.

Dos días después se encontraron y Ely estaba distante. Anselmo intentó hablar del cumpleaños, preguntó si lo había pasado bien y quiso saber si alguien había preguntado por él, pero las respuestas fueron tan breves que terminó preguntándole directamente qué ocurría. Ely dijo primero que estaba cansada y Anselmo interpretó que hablaba nuevamente de su madre. Ella lo corrigió: no estaba cansada de ella, sino de todo lo que se había formado alrededor de aquellos veinte dólares. Explicó que ya no quería pensar si podía invitarlo a su casa, averiguar antes si su madre estaría presente, preocuparse por las bromas del barrio o anticipar quién interpretaría cualquier comentario como una provocación. Anselmo respondió que tampoco quería vivir así y recordó que nunca le había pedido que cobrara el dinero. La frase era cierta, pero insuficiente. Ely le hizo ver que no necesitaba llevar veinte dólares de una casa a otra para seguir atrapada en el problema. Cuando él dejaba de asistir a una reunión porque su madre estaría presente, Ely quedaba en medio; cuando su madre preguntaba por qué no había ido, volvía a quedar en medio; y cada vez que cualquiera de los dos esperaba saber qué había dicho el otro, la colocaban nuevamente en el mismo lugar.

Aquella observación obligó a Anselmo a reconocer algo que durante demasiado tiempo había utilizado para defenderse. Meses atrás había prometido no convertir a Ely en mensajera ni utilizarla para averiguar lo que pensaba su madre y, más tarde, cuando comprendió que incluso hablarle de la deuda podía arrastrarla al centro del conflicto, se comprometió a guardar mayor distancia. Sin embargo, el problema no estaba ya únicamente en aquello que le pedía de manera directa. Había momentos en que se descubría buscando señales en sus silencios, interpretando una invitación familiar a través de la presencia de la madre o esperando comprender, por la manera en que Ely reaccionaba, qué podía estar ocurriendo al otro lado de la disputa. Tal vez no formulaba una pregunta expresa, pero para ella la diferencia resultaba cada vez menos importante porque el efecto seguía siendo el mismo: continuaba obligada a administrar una tensión que nunca había elegido.

Anselmo bajó la mirada porque no tenía una respuesta capaz de contradecirla. Durante meses se había repetido que jamás había utilizado a Ely para cobrar y técnicamente aquello continuaba siendo cierto, pero comenzaba a comprender que había confundido no convertirla en cobradora con mantenerla verdaderamente fuera de la deuda. No bastaba con no pedirle que llevara dinero o transmitiera mensajes si sus propias decisiones seguían obligándola a organizar encuentros, medir silencios y anticipar conflictos. Lo que para él había parecido respeto a una promesa podía seguir siendo, para Ely, una forma distinta de quedar atrapada entre ambos.

Caminaron varias cuadras antes de que Ely retomara la conversación. Recordó que al principio la forma de

Anselmo de cuidar el dinero incluso le producía gracia. Se burlaba cuando caminaba varias cuadras para ahorrar un dólar de transporte o cuando comparaba tres lugares antes de comprar cualquier cosa, mientras él respondía haciendo cálculos para demostrar cuánto podía ahorrar en un año. Aquellas diferencias terminaban en risas porque entonces la tacañería de Anselmo era simplemente una característica de su personalidad, una manía exagerada que no parecía capaz de dañar a nadie. Ahora Ely ya no sabía dónde terminaba aquella manera de cuidar lo suyo y dónde comenzaba la necesidad de demostrar que tenía razón. La observación afectó a Anselmo porque tocaba exactamente la duda que él mismo había empezado a experimentar. Intentó decir que el conflicto no se trataba de demostrar nada, pero Ely no quiso volver a discutir sobre la legitimidad de los intereses. Le pidió únicamente que encontrara alguna manera de terminar aquello. Cuando Anselmo quiso saber qué esperaba concretamente de él, ella se negó a decidirlo. No pensaba decirle si debía perdonar los veinte ni obligar a su madre a pagarlos, porque ninguna de esas decisiones le correspondía. Lo único que quería era que ambos dejaran de hacerla pagar las consecuencias de una deuda que jamás había sido suya.

La frase acompañó a Anselmo durante el resto del camino y también siguió a Ely cuando regresó a casa. Su madre notó inmediatamente que algo había ocurrido y preguntó si había peleado con él. Ely intentó evitar la conversación, pero la mujer quiso saber si la discusión tenía relación con ella. Al final reconoció que sí, aunque aclaró que el problema ya no podía reducirse a una sola persona. Su madre quiso saber qué había dicho Anselmo y Ely se negó a contárselo porque comprendía demasiado bien lo que ocurriría después: repetiría una frase, su madre la

interpretaría desde meses de resentimiento, Anselmo terminaría enterándose y volverían a discutir sobre quién había dicho qué y con qué intención. Por primera vez Ely estableció el límite sin dejar espacio para interpretaciones. No quería continuar contando a ninguno aquello que el otro decía ni responder preguntas destinadas a averiguar posiciones, intenciones o comentarios. Su madre respondió que jamás le había pedido hacer algo semejante y Ely escuchó exactamente la misma defensa que Anselmo había utilizado otras veces. Se lo señaló sin elevar la voz y la mujer quedó en silencio. Aquella coincidencia resultaba incómoda porque demostraba que ambos podían sentirse completamente inocentes de haber colocado a Ely en medio mientras ella experimentaba exactamente lo contrario.

Durante los días siguientes Ely mantuvo la decisión. No dejó de hablar con su madre porque vivían juntas ni dejó de ver a Anselmo, pero estableció una regla definitiva: no quería escuchar nada relacionado con los veinte dólares ni servir de fuente de información sobre el otro. Anselmo fue el primero en respetarla y dejó de preguntar qué pensaba su madre, si había comentado algo o si existía alguna nueva propuesta. La decisión alivió algunas conversaciones, aunque no reparó inmediatamente todo lo que había cambiado.

Una tarde Anselmo fue a buscarla sin avisar. La madre abrió la puerta y ambos se saludaron con aquella cortesía que todavía contenía demasiada distancia. Él preguntó por Ely y decidió esperar afuera hasta que apareciera. Cuando finalmente caminaron juntos, Anselmo tardó varias cuadras en decir aquello que llevaba horas pensando: no quería perderla por el conflicto. Ely respondió que,

entonces, no permitiera que eso ocurriera. La respuesta parecía sencilla, aunque ambos sabían que no lo era. Anselmo estuvo a punto de preguntarle nuevamente qué debía hacer, pero recordó que eso significaría devolverle una responsabilidad que ella acababa de rechazar. En lugar de pedir instrucciones, le prometió que intentaría arreglar la situación directamente. Ely aceptó la intención, aunque estableció dos condiciones que para ella resultaban indispensables: no quería que la obligara a escoger entre él y su madre ni que volviera a convertirla, siquiera indirectamente, en mensajera de ninguno. Anselmo aceptó ambas cosas y comprendió que la única posibilidad restante consistía en hablar directamente con la mujer.

Tardó dos días en encontrar el momento. No preparó una cantidad ni diseñó una propuesta exacta porque sabía que comenzar hablando de los veinte dólares devolvería inmediatamente la conversación al mismo lugar. Encontró a la madre de Ely regresando a casa, la saludó y preguntó si podían hablar unos minutos. Ella reaccionó con desconfianza y advirtió que, si había ido por los veinte, no pensaba discutir. Anselmo respondió que quería hablar de Ely y el nombre de su hija modificó inmediatamente la expresión de la mujer. Le explicó que Ely estaba cansada de ambos. La madre bajó la mirada y reconoció que también lo había notado. Por primera vez en mucho tiempo compartían una preocupación que no necesitaba cálculos, fechas ni reconstrucciones. Anselmo admitió entonces que el problema se les había ido de las manos y la mujer lo observó con cierta sorpresa porque nunca lo había escuchado reconocer algo semejante. Su primera reacción fue recordar que ella ya había pagado, pero lo hizo sin la dureza habitual. Anselmo sintió aparecer

automáticamente todas las respuestas que llevaba meses repitiendo y decidió no utilizar ninguna. No quería discutir en ese momento quién tenía razón sobre la deuda; quería encontrar una manera de terminar con aquello antes de que Ely continuara pagando sus consecuencias.

La mujer permaneció en silencio durante unos segundos y volvió a insistir en que, desde su perspectiva, la cuenta ya estaba cerrada. Anselmo respondió que, entonces, necesitaban encontrar alguna forma de que también pudiera terminar para él. La diferencia parecía mínima, pero cambió el tono porque ninguno estaba intentando obligar al otro a reconocer inmediatamente que se había equivocado. La madre recordó que días atrás había llegado a tener veinticinco dólares disponibles y que podía haber separado veinte, aunque no quiso hacerlo porque habría sentido que estaba reconociendo la cuenta de Anselmo. Él, desde el lado contrario, también había tenido el lápiz sobre la cifra y había podido borrar aquellos veinte sin afectar sus finanzas. Por primera vez ambos estaban frente a una verdad incómoda: el dinero ya no constituía el obstáculo principal.

La madre fue la primera en poner un límite y aclaró que no pagaría veinte dólares. Anselmo aceptó que no quisiera hacerlo y, cuando ella preguntó sorprendida si realmente estaba de acuerdo, estuvo a punto de precisar que comprender su negativa no significaba reconocer que su versión fuera correcta. Se detuvo antes de completar la aclaración. La mujer notó el esfuerzo y, por primera vez en mucho tiempo, casi sonrió mientras le señalaba cuánto le había costado quedarse sin la última palabra. Anselmo admitió que bastante y aquella pequeña broma consiguió devolver durante unos segundos algo parecido a la

relación que habían tenido antes de que el préstamo se transformara en una disputa.

La madre quiso saber entonces cuánto estaría dispuesto a aceptar y Anselmo pensó en diez dólares. La mitad tenía sentido precisamente porque ninguno obtendría completamente aquello que había defendido durante meses: ella no pagaría los veinte y él tampoco tendría que borrarlos todos. No sería una victoria completa para ninguno y quizá por eso podía convertirse en una salida. Estaba a punto de formular la propuesta cuando una voz llegó desde la esquina. Era uno de los hombres del barrio que solía pedirle dinero a Anselmo y, al reconocer a la madre de Ely, se acercó con la familiaridad de quien cree conocer una historia porque la ha escuchado demasiadas veces. Preguntó si todavía estaban arreglando lo de los veinte dólares y añadió, creyendo hacer una broma, que por una cantidad semejante hasta él estaría dispuesto a pagar con tal de que dejaran de discutir.

La intervención cambió inmediatamente el sentido de la conversación. Unos segundos antes la madre había estado dispuesta a ofrecer una cantidad; ahora miró alrededor y, aunque las personas que caminaban a cierta distancia probablemente no habían escuchado nada, volvió a sentir que la deuda dejaba de pertenecerles para convertirse en una escena pública. Imaginó cómo podía contarse después cualquier acuerdo alcanzado delante de aquel hombre: al final había pagado, Anselmo tenía razón, después de tantos meses terminó aceptando los intereses. La posibilidad de entregar algo dejó de parecerle una salida y comenzó a parecer nuevamente una derrota. Anselmo comprendió lo que estaba ocurriendo, pero también sintió aparecer una incomodidad semejante. Si en ese momento

proponía aceptar diez dólares, el hombre podía contar después que había tenido que rebajar la deuda para conseguir algo. Por primera vez resultaba evidente que la presencia de una audiencia perjudicaba a los dos de la misma manera. La madre temía parecer vencida si pagaba y Anselmo temía parecer vencido si perdonaba. El dinero seguía siendo exactamente el mismo, pero la posibilidad de ser observados había devuelto a cada gesto un significado que ambos empezaban apenas a abandonar.

Anselmo pidió al hombre que no prestara atención al asunto y esperó a que continuara su camino. Después volvió a mirar a la madre de Ely, aunque la pequeña tregua que habían conseguido construir se había debilitado. Ella cruzó los brazos y él comprendió que insistir en la propuesta en aquel momento podía hacerla retroceder todavía más. Durante algunos segundos ninguno habló, no porque hubieran olvidado aquello que estaban a punto de negociar, sino porque ambos sabían que la conversación ya no se sentía privada. La madre señaló finalmente que precisamente por situaciones como aquella había dejado de querer hablar del dinero. Anselmo no discutió. Meses atrás habría respondido que no podía controlar lo que otras personas decidieran decir; ahora sabía que, aunque aquella afirmación continuaba siendo cierta, tampoco resolvía nada. El barrio había aprendido la historia porque la deuda había permanecido abierta suficiente tiempo para convertirse en parte de la vida cotidiana y cada comentario posterior hacía más difícil cualquier salida que pudiera interpretarse como una concesión.

Anselmo propuso dejar la conversación para otro momento y la mujer aceptó. No hubo acuerdo, pero tampoco regresaron a las acusaciones habituales. Antes de

entrar a la casa, ella recordó que estaban hablando por Ely y él respondió que precisamente por eso volverían a intentarlo. La frase no resolvió los veinte dólares, pero dejó algo que hasta entonces había faltado durante demasiado tiempo: una razón compartida para terminar el conflicto que no dependía de decidir cuál de los dos había tenido razón desde el principio. Aquella noche Anselmo no necesitó abrir la libreta y la madre tampoco volvió a contar el dinero que conservaba. Por primera vez en meses, ambos pensaron menos en la cantidad que los separaba y más en la persona que estaba pagando las consecuencias de que ninguno hubiera sabido detenerse antes. Tener razón seguía siendo importante para los dos, pero comenzaban a comprender que una razón defendida durante demasiado tiempo también podía convertirse en una deuda y que esa era precisamente la única cuenta que Ely nunca había aceptado asumir.

CAPÍTULO 19

LO QUE DICE EL BARRIO

La historia de los cincuenta dólares llevaba tanto tiempo circulando que ya nadie podía asegurar cuál había sido su primera versión ni en qué momento empezó a separarse de aquello que realmente había ocurrido. Algunas personas recordaban que la madre de Ely había pedido dinero para resolver una necesidad puntual, mientras otras aseguraban que Anselmo se lo había ofrecido por iniciativa propia porque quería ganarse a la familia de su pareja. Había quienes sostenían que los intereses estuvieron claros desde el comienzo y quienes estaban convencidos de que aparecieron después, cuando la mujer empezó a retrasarse. Para algunos, Anselmo había tenido una paciencia que ningún otro prestamista habría mostrado; para otros, había utilizado cada incumplimiento para aumentar una cuenta que nunca debió crecer de aquella manera. Todas las versiones contenían alguna parte reconocible de la historia, pero ninguna conseguía conservarla completa. Lo único que parecía sobrevivir sin modificaciones era la cantidad inicial de cincuenta dólares, porque a partir de allí cada persona añadía aquello que había escuchado, supuesto o decidido creer.

Anselmo había aprendido a soportar los comentarios mientras se limitaran a su conocida tacañería. Durante años se habían burlado de su costumbre de comparar precios, caminar para ahorrar transporte, reparar objetos antes de reemplazarlos y guardar incluso las monedas más pequeñas. Aquella fama nunca le había producido demasiada vergüenza y, en ocasiones, él mismo participaba de las bromas porque consideraba que ser

demasiado cuidadoso con el dinero era un defecto bastante menos grave que no saber conservarlo. El problema apareció cuando comprendió que algunas conversaciones habían dejado de referirse a su manera de administrar para empezar a definir la clase de hombre que supuestamente era.

Lo comprobó una tarde al entrar en una tienda donde compraba con frecuencia. Tres hombres conversaban cerca del mostrador y uno de ellos interrumpió una frase apenas lo vio aparecer. Anselmo notó el silencio, aunque fingió no hacerlo, pidió algunas cosas y esperó mientras el dueño calculaba el precio. Cuando estaba buscando monedas para completar el pago, uno de los hombres comentó con una sonrisa demasiado evidente que precisamente habían estado hablando de él. Anselmo respondió que ya lo imaginaba y el hombre aseguró que no se trataba de nada malo, aclaración que consiguió producir exactamente el efecto contrario.

Ante la insistencia de Anselmo terminó explicando que alguien había comentado que cobraba intereses incluso a su propia familia y que, por esa razón, era mejor no pedirle dinero si uno no estaba completamente seguro de poder devolverlo. Anselmo no encontró aquella afirmación especialmente ofensiva porque, en esencia, era cierta. Respondió que quien no estuviera seguro de pagar simplemente no debía pedirle y comenzó a guardar el cambio. Fue entonces cuando el tendero añadió otro comentario: también se decía que, por veinte dólares, Anselmo ya ni siquiera entraba en la casa de su novia.

Aquella frase lo afectó de una manera distinta porque no podía rechazarla completamente como una invención.

Había dejado de asistir a una reunión familiar, evitaba algunas visitas cuando sabía que la madre de Ely estaría presente y, aunque nadie le había prohibido entrar en aquella casa, desde fuera resultaba fácil interpretar la distancia como una consecuencia directa de la deuda. Sintió durante unos segundos la necesidad de averiguar quién había iniciado aquella versión, pero comprendió casi inmediatamente que perseguir el origen sería inútil. La persona que se la había contado al tendero señalaría a otra y esa otra probablemente recordaría haberla escuchado en algún lugar imposible de comprobar. Pagó, recogió sus cosas y salió mientras uno de los hombres intentaba quitar importancia al asunto diciendo que eran simplemente cosas del barrio. Durante el camino de regreso continuó pensando en aquella frase porque había descubierto algo incómodo: las historias más sencillas tenían una enorme ventaja sobre la verdad, pues podían recordarse sin necesidad de conservar todos los detalles que las hacían justas.

La madre de Ely descubrió pocos días después que también existía una versión de ella que circulaba sin su participación. Una vecina se acercó mientras barría la entrada de la casa y quiso saber si finalmente había arreglado el problema con Anselmo. La mujer respondió que, desde su perspectiva, ya no existía nada que arreglar porque había devuelto los cincuenta dólares completos. La vecina pareció sorprendida y explicó que había escuchado algo semejante, aunque también se comentaba que Anselmo todavía reclamaba intereses. Cuando supo que eran veinte dólares reaccionó con incredulidad y comentó que aquel hombre era realmente duro para el dinero.

La madre sintió durante unos segundos la satisfacción de escuchar a alguien interpretar la historia desde su propio punto de vista, pero esa sensación desapareció cuando la vecina añadió que también había oído que la deuda se había prolongado porque ella prometía fechas que después no cumplía. La reacción fue inmediata. Quiso saber quién había contado aquello y, cuando recibió como respuesta que simplemente se comentaba, le pidió que comprobara las cosas antes de repetirlas y que, si quería conversar, lo hiciera sobre su propia vida. La vecina se marchó ofendida y la escena volvió a demostrar lo difícil que resultaba defenderse del rumor sin alimentarlo, porque antes de terminar el día ya podía circular un detalle nuevo: la madre de Ely se enfadaba cuando alguien preguntaba por la deuda.

En ese momento de la historia, sin embargo, la contabilidad real ya no admitía demasiadas dudas. La madre había devuelto primero veinte dólares y después otros treinta, de modo que los cincuenta dólares de capital estaban completamente pagados. Anselmo continuaba considerando pendientes únicamente veinte dólares de intereses, mientras ella no reconocía aquella cantidad como parte legítima de la obligación. Las cifras de sesenta y setenta pertenecían a etapas anteriores del cálculo; si alguien las utilizaba ahora como si fueran el saldo vigente, estaba contando una versión atrasada o deformada de la deuda. Esa precisión apenas circulaba porque resultaba mucho menos atractiva que afirmar simplemente que un hombre seguía cobrando después de haber recuperado lo que prestó.

Ely empezó a escuchar comentarios en lugares donde las personas ni siquiera sabían que conocía todos los

antecedentes. Una compañera le preguntó un día, casi entre risas, si era verdad que su novio llevaba meses cobrándole dinero a su madre. Ely sintió primero vergüenza y después enojo, pero estuvo a punto de responder con una explicación completa. Para hacerlo habría tenido que comenzar por los cincuenta dólares, continuar con los veinte pagados inicialmente, reconstruir los retrasos, los intereses, los treinta posteriores y terminar explicando por qué ahora quedaban veinte que su madre no reconocía. Antes de empezar comprendió que no quería convertir su vida familiar en una exposición financiera para satisfacer la curiosidad ajena y se limitó a responder que se trataba de un problema entre ellos.

Aquella conversación la acompañó durante el resto del día porque por primera vez comprendió que la deuda había dejado de circular únicamente dentro del barrio. Había alcanzado a personas que no conocían personalmente a su madre y que, aun así, podían utilizar la historia como tema de conversación. Cuando se encontró con Anselmo esa tarde no pensaba contárselo, pero terminó mencionándolo. Él quiso saber inmediatamente quién había preguntado y qué le habían dicho, mientras Ely intentaba impedir que la conversación regresara al mismo mecanismo de siempre. Cuando explicó que había respondido que era un asunto entre ellos, Anselmo consideró que podría haber aclarado cómo habían ocurrido realmente las cosas.

Ely le hizo entonces una pregunta que lo dejó sin respuesta inmediata: cuál de todas las versiones esperaba que explicara como la verdad. Anselmo respondió que debía contar todo, pero ella señaló que precisamente allí estaba el problema. Si explicaba que su madre había incumplido varias fechas parecía defenderlo a él; si decía que ya había

devuelto los cincuenta completos, parecía ponerse del lado de ella. Podía reconstruir toda la historia y añadir que solamente quedaban veinte de intereses según la cuenta de Anselmo, pero no quería pasar la vida justificando a dos personas que llevaban meses incapaces de ponerse de acuerdo sobre el significado de aquella cantidad. Anselmo recordó finalmente la promesa de no volver a colocarla en medio y aceptó que no explicara nada. Ely agradeció que la conversación terminara allí.

A Anselmo, sin embargo, comenzó a preocuparle seriamente aquello que se decía. No temía únicamente quedar como tacaño, porque aquella reputación llevaba años acompañándolo sin impedir que las personas acudieran a pedir dinero. Su actividad dependía de algo más específico: quienes aceptaban sus condiciones podían considerar altos los intereses o saber que conseguir una prórroga no siempre sería sencillo, pero necesitaban confiar en que las reglas no cambiarían arbitrariamente después de recibir el dinero. Había una diferencia enorme entre ser conocido como alguien duro para cobrar y empezar a parecer una persona que inventaba cantidades según avanzaba el conflicto.

Una mujer que ya le había pedido dinero en otras ocasiones puso aquella preocupación en palabras antes de aceptar un nuevo préstamo. Quiso saber si la cuenta podía aumentar después como había ocurrido con la madre de Ely. Meses atrás Anselmo habría respondido simplemente que dependería del tiempo de retraso, pero esta vez reconoció que una explicación semejante podía dejar demasiado espacio para interpretaciones posteriores. Tomó una hoja, escribió la cantidad entregada, la fecha de vencimiento, el total acordado y aquello que ocurriría si el

pago no se realizaba a tiempo. Después giró el papel para que la mujer pudiera leerlo completo y solo entregó el dinero cuando ella confirmó que entendía las condiciones.

La mujer respondió que así sí quedaba claro. Anselmo no discutió la observación. Guardó una copia de lo escrito y comprendió que una deuda todavía inexistente acababa de ser organizada mediante algo que había aprendido precisamente de aquella que no conseguía terminar.

La madre de Ely descubría una dificultad semejante desde el otro lado. Algunas personas la trataban como víctima de un prestamista abusivo y otras como alguien que había utilizado la relación familiar para evitar pagar intereses. Ninguna interpretación conseguía representarla completamente. Ella no se consideraba una víctima y tampoco pensaba haberse aprovechado de Anselmo. Desde su propia perspectiva, había pedido dinero, se había retrasado, había devuelto los cincuenta dólares y no reconocía como legítimos los veinte restantes. Aquella explicación podía contener decisiones cuestionables, pero al menos era una historia que todavía reconocía como suya.

Los relatos que circulaban por el barrio necesitaban personajes mucho más simples. Resultaba más fácil hablar de un avaro, una deudora y una hija atrapada entre ambos que explicar meses de decisiones, fechas modificadas, abonos, interpretaciones y orgullo. Los veinte dólares parecían entonces suficientes para resumir una historia que, en realidad, hacía mucho tiempo había dejado de caber dentro de una cantidad.

El rumor cambió de naturaleza una tarde cerca de la cancha. Anselmo caminaba por la acera cuando escuchó a un grupo de adolescentes conversando y no prestó atención hasta que uno pronunció su apodo. El muchacho comentó que el Barbón cobraba hasta el último centavo y los demás rieron. Anselmo habría continuado su camino si la conversación hubiera terminado allí, pero entonces escuchó algo distinto: alguien aseguró que incluso amenazaba cuando no le pagaban.

Se detuvo a cierta distancia y preguntó quién estaba diciendo aquello. Las risas desaparecieron y el muchacho que había pronunciado la frase explicó, con evidente incomodidad, que simplemente se lo habían contado. Anselmo quiso saber quién y el joven, después de mirar a sus amigos, respondió que no lo recordaba. Anselmo no se acercó ni levantó la voz; se limitó a pedir que no dijeran que amenazaba a las personas si no podían señalar una sola ocasión en que hubiera ocurrido y después continuó caminando.

A los pocos metros miró hacia atrás y vio que los muchachos habían retomado la conversación. No podía escuchar lo que decían y precisamente por eso sintió una inquietud nueva. Acababa de pedir que no inventaran historias sobre él, pero no tenía ninguna manera de impedir que aquel mismo encuentro se transformara al día siguiente en otra versión: quizá alguien contaría que Anselmo había enfrentado a unos muchachos porque estaban hablando de la deuda o que había ido a reclamarles precisamente por repetir aquello que intentaba desmentir. El rumor había llegado a un punto en que incluso la defensa podía convertirse en prueba de la acusación.

Esa noche se lo contó a Ely. Ella escuchó hasta el final y formuló una pregunta que Anselmo recibió casi como una ofensa: quiso saber directamente si alguna vez había amenazado a su madre. Respondió que nunca. Ely explicó que necesitaba preguntarlo precisamente porque ya no sabía qué parte de todo lo que circulaba provenía de una discusión real y cuál había sido inventada. Anselmo interpretó inicialmente aquella explicación como una duda sobre su palabra, pero Ely insistió en que le creía. Lo único que intentaba comprender era cómo una pelea verbal podía transformarse, después de suficientes repeticiones, en una amenaza.

La afirmación no consiguió tranquilizarlo completamente. Incluso después de escuchar que Ely le creía, la simple necesidad de haber tenido que responder aquella pregunta dejó una marca nueva. La palabra *amenaza* había entrado en la historia y ya no sabía cuántas personas la habían escuchado ni qué versión circulaba exactamente. Podía haber nacido de una discusión contada fuera de contexto, de alguna frase modificada con cada repetición o simplemente de una invención que parecía plausible porque todos conocían la intensidad del conflicto. Por primera vez Anselmo tuvo la sensación clara de que la historia podía continuar creciendo aunque él dejara de participar completamente en ella.

La madre de Ely escuchó el mismo rumor poco después. Una conocida se acercó con preocupación y le recomendó tener cuidado con Anselmo porque se decía que amenazaba a quienes no pagaban. La mujer reaccionó primero con una risa incrédula. Había tenido con él demasiadas discusiones para idealizarlo: sabía que podía ser insistente, obstinado, rígido y profundamente

desagradable cuando se convencía de que una cifra o una fecha debían respetarse. Había defendido cada dólar con una seriedad que muchas veces le parecía absurda y durante meses ella misma lo había considerado responsable de buena parte de lo ocurrido. Sin embargo, una cosa no tenía relación con la otra. Anselmo nunca la había amenazado.

Lo dijo sin vacilar.

La conocida pareció sorprendida y recordó que ambos estaban peleados, como si aquella circunstancia pudiera volver razonable cualquier acusación. La madre respondió que estar peleados no convertía una mentira en verdad. Cuando la mujer se marchó, permaneció durante varios minutos frente a la casa pensando en la facilidad con que habría podido guardar silencio. El rumor perjudicaba a Anselmo y, en apariencia, podía favorecerla, porque reforzaba la imagen de que ella había sido víctima de un hombre peligroso. Sin embargo, aceptar una acusación falsa únicamente porque beneficiaba su posición significaba atravesar una frontera distinta de todas las discusiones anteriores. No estaba dispuesta a hacerlo.

Ely fue quien terminó contándoselo a Anselmo. Le explicó que alguien había preguntado a su madre por las supuestas amenazas y que ella había negado categóricamente que alguna vez hubieran ocurrido. Anselmo levantó la mirada y quiso saber quién había formulado la pregunta, pero Ely evitó volver al mecanismo de perseguir fuentes. Lo importante, señaló, era que su madre podía haberse quedado callada y no lo hizo.

Anselmo comprendió perfectamente. Después de tantos meses de discusiones, de considerarlo injusto y de sostener ante medio barrio que aquellos veinte dólares no existían, la madre de Ely había elegido corregir una historia que lo perjudicaba aunque hacerlo no le produjera ninguna ventaja. Ese gesto no borraba las fechas incumplidas ni convertía automáticamente en correcta la cuenta de ella, pero complicaba la imagen que Anselmo había empezado a construir para justificar su propio enojo. Resultaba mucho más sencillo mantener un conflicto cuando uno conseguía convencerse de que la otra persona estaba completamente equivocada y que cada acción suya confirmaba esa conclusión. La madre de Ely acababa de hacer algo que no encajaba en esa versión.

Dos días después coincidieron frente a una tienda. La madre de Ely estaba saliendo cuando Anselmo llegaba y ambos se saludaron con aquella distancia educada que se había convertido en su forma habitual de encontrarse. Ella estuvo a punto de continuar caminando, pero Anselmo la detuvo únicamente para decirle que Ely le había contado lo ocurrido. La mujer comprendió inmediatamente a qué se refería y respondió que no pensaba mentir.

Anselmo agradeció y ella aclaró que no lo había hecho por él, sino porque el rumor no era cierto. La respuesta casi produjo una sonrisa y, durante algunos segundos, permanecieron frente a la tienda sin discutir. Después de meses hablando de cincuenta, sesenta, setenta y finalmente veinte dólares, habían encontrado algo en lo que podían estar completamente de acuerdo: una mentira seguía siendo una mentira aunque perjudicara a la persona con quien uno estaba enfrentado.

La madre comentó que la gente hablaba demasiado y Anselmo respondió que cada vez hablaba más. Ella recomendó que simplemente dejara de prestar atención, pero él señaló que los comentarios también la molestaban. La mujer no pudo negarlo. Anselmo estuvo a punto de mencionar nuevamente los veinte dólares y decidió no hacerlo; ella tampoco introdujo el tema. Se despidieron y, por primera vez en mucho tiempo, una conversación entre ambos terminó sin que ninguno necesitara demostrar que tenía razón.

Aquella pequeña tregua no resolvía la deuda. Los comentarios continuaron, algunas personas seguían diciendo que Anselmo cobraba demasiado y otras sostenían que la madre de Ely había aprovechado el parentesco para evitar intereses. El rumor sobre las amenazas reaparecía de vez en cuando, aunque ahora convivía con otra versión: quienes conocían directamente a la mujer habían empezado a escuchar que ella misma aseguraba que Anselmo jamás la había amenazado. La historia ya no tenía una sola dirección y empezaba incluso a contradecirse a sí misma, lo que no la hacía menos poderosa; simplemente la volvía mucho más difícil de controlar.

Aquella noche Anselmo no abrió la libreta. Tampoco repasó las fechas ni pensó demasiado en los veinte dólares. La palabra que permaneció acompañándolo fue *amenaza*. Hasta entonces el barrio había deformado cifras, intenciones y discusiones, pero todavía hablaba de hechos relacionados de alguna manera con la deuda. Ahora había empezado a atribuirle una conducta que nunca había ocurrido y que la propia mujer con quien mantenía el conflicto estaba dispuesta a desmentir.

Por primera vez comprendió que aquello que se decía podía terminar siendo más peligroso que aquello que realmente había hecho.

CAPÍTULO 20

ANTES DE QUE PASE ALGO

La palabra *amenaza* no desapareció después de que la madre de Ely asegurara que Anselmo nunca la había amenazado. Durante algunos días perdió fuerza, como ocurre con ciertos rumores cuando aparece alguien dispuesto a contradecirlos, pero continuó circulando dentro de conversaciones pequeñas y casi siempre protegido por expresiones que permitían repetir cualquier cosa sin asumir la responsabilidad de afirmarla. Unos decían que aquello era simplemente lo que habían escuchado, otros aseguraban que no podían saber si era verdad y algunos mencionaban a una persona que supuestamente conocía mejor la historia. De esa manera, cada vecino podía añadir una pequeña pieza y marcharse convencido de que no había contribuido realmente a construir nada.

Anselmo descubrió que desmentir un rumor exigía mucho más esfuerzo que iniciarlo. Para explicar que jamás había amenazado a la madre de Ely necesitaba reconstruir el préstamo original, los retrasos, los intereses, los pagos y la situación actual de la cuenta: ella había devuelto ya los cincuenta dólares de capital y él continuaba considerando pendientes únicamente veinte dólares de intereses. En cambio, para mantener viva la sospecha bastaba con asegurar que alguien había escuchado algo. Aquella desproporción empezó a preocuparlo porque comprendió que la verdad necesitaba contexto, mientras una versión falsa podía sobrevivir sin ofrecer ninguna explicación. Incluso defenderse podía resultar contraproducente, pues cuanto mayor fuera su interés en negar una historia, más

personas podían preguntarse por qué parecía importarle tanto.

La madre de Ely creyó inicialmente que su palabra bastaría. Cuando alguien preguntaba, reconocía sin dificultad que había discutido muchas veces con Anselmo, que consideraba injustos los veinte dólares de intereses y que ambos continuaban enfrentados respecto de aquella cantidad, pero aclaraba inmediatamente que nunca había recibido una amenaza. Para ella resultaba indispensable separar ambas cosas: podía pensar que Anselmo estaba equivocado, podía sentirse perjudicada por su manera de cobrar e incluso podía estar profundamente resentida con él sin necesidad de atribuirle una conducta que jamás había tenido. Sin embargo, cuanto más intentaba explicarlo, más preguntas aparecían. Querían saber por qué seguían peleados si ella ya había devuelto el capital, cómo cobraba Anselmo los intereses, si alguna vez se había puesto bravo o si nunca había sentido miedo frente a él. La mujer empezó a comprender que algunas personas ya no preguntaban porque quisieran conocer lo ocurrido; parecían buscar una confirmación para una historia construida previamente y, si una respuesta no encajaba, simplemente formulaban otra pregunta.

Una tarde conversó con una mujer a quien conocía desde hacía años. No eran especialmente cercanas, aunque la otra había escuchado suficiente sobre el conflicto como para sentirse autorizada a opinar. Después de hablar sobre asuntos cotidianos terminó mencionando a Anselmo y le recomendó que tuviera cuidado. La madre respondió con cansancio que nuevamente estaban exagerando y recordó que nunca había ocurrido nada que justificara aquella preocupación. La mujer aclaró que no estaba asegurando

que Anselmo fuera a hacerle daño, pero insistió en que el dinero podía cambiar a las personas y que, cuando un problema se prolongaba demasiado, era mejor tomar precauciones antes de lamentarse.

Aquella última expresión consiguió incomodarla mucho más que una acusación concreta. Quiso saber qué clase de precauciones debía tomar y qué suponía exactamente que podía ocurrir. La otra mujer no tuvo una respuesta definida y terminó afirmando que ojalá no sucediera nada, aunque esos problemas comenzaban siendo pequeños y después nunca se sabía hasta dónde podían llegar. Precisamente la ausencia de una amenaza específica hacía que la advertencia resultara más inquietante, porque dejaba abierto un espacio donde cualquier posibilidad podía entrar.

La madre de Ely no se consideraba una mujer miedosa y conocía a Anselmo desde mucho antes de que existiera el préstamo. Su relación se había deteriorado profundamente, pero jamás había observado en él una conducta que justificara imaginar que pudiera hacerle daño. Aun así, aquella noche recordó algunas discusiones desde una perspectiva que antes no había existido. Pensó en el tono firme con que repetía que una deuda no desaparecía únicamente porque alguien decidiera dejar de reconocerla, en las ocasiones en que había preguntado por el pago y en aquella obstinación con los veinte dólares que parecía incapaz de abandonar incluso después de haber recuperado completamente el capital. Ninguno de esos recuerdos constituía una amenaza y ella lo sabía, pero descubrió algo mucho más difícil de controlar: una vez que alguien introduce el miedo dentro de una historia, ciertos acontecimientos del pasado pueden empezar a

adquirir significados que nunca tuvieron cuando ocurrieron.

Ely llegó aquella noche y encontró a su madre más callada de lo habitual. Después de insistir varias veces consiguió que le contara la conversación y recordó inmediatamente que ella misma había negado los rumores sobre amenazas. La mujer sostuvo que seguía diciendo exactamente lo mismo y, cuando Ely le preguntó si empezaba a tener miedo de Anselmo, negó demasiado rápido. Su hija la conocía suficientemente para detectar la inquietud detrás de aquella respuesta y la obligó a precisar qué estaba sintiendo.

La madre terminó explicándole que no le tenía miedo a Anselmo como persona, sino a la posibilidad de que todo aquello continuara creciendo hasta que ninguno fuera capaz de controlar lo que ocurría alrededor. Esa diferencia permitió que Ely comprendiera algo importante. También ella había observado cómo una deuda pequeña había pasado de ser un desacuerdo privado a convertirse en conflicto familiar, después en historia pública y finalmente en rumores sobre amenazas que nunca existieron. El peligro que empezaba a preocuparlas no necesitaba nacer necesariamente de Anselmo ni de su madre; podía surgir del ambiente que se había construido alrededor de ambos.

Anselmo ignoraba aquella conversación. Durante esos días intentaba recuperar cierta normalidad y había empezado a entregar por escrito las condiciones de sus nuevos préstamos. También evitaba hablar públicamente de la deuda familiar y, cuando alguien preguntaba, respondía que se trataba de un asunto privado. La

estrategia parecía razonable hasta que uno de sus deudores se retrasó en una cantidad considerablemente mayor que los veinte dólares que continuaba discutiendo con la madre de Ely. Habían establecido por escrito una fecha, el plazo había vencido dos días antes y Anselmo sabía dónde trabajaba algunas tardes, de modo que decidió buscarlo allí para conversar.

No llegó de noche ni apareció en su casa. Entró en el pequeño negocio donde el hombre trabajaba y le recordó el acuerdo. El deudor reconoció que todavía no había completado la cantidad, aunque tenía casi todo, y Anselmo propuso recibir lo disponible y establecer por escrito una nueva fecha para el resto. Meses atrás aquella escena habría pasado inadvertida, pero esta vez había otras personas cerca y una reconoció inmediatamente al Barbón. Alguien hizo una broma sobre los intereses que cobraba y varios rieron. Anselmo prefirió ignorarlo, sacó la hoja donde figuraban las condiciones, revisó junto al deudor aquello que habían acordado y fijaron un nuevo plazo.

No hubo gritos, amenazas ni siquiera una discusión importante. Sin embargo, cuando salió del establecimiento escuchó que alguien lo identificaba como el hombre que tenía problemas con su suegra. Continuó caminando porque ya había aprendido que regresar para corregir una frase probablemente produciría una historia nueva. Dos días después supo que circulaba la versión de que había ido a cobrar a un hombre en su lugar de trabajo, dato que era completamente cierto; poco después alguien añadió que había llegado molesto y más tarde apareció la versión de que había tenido que sacar un documento para obligarlo a pagar. Antes de terminar la semana todo se

había simplificado nuevamente: Anselmo ahora hacía firmar papeles a las personas porque el problema con su suegra le había enseñado a desconfiar.

Cuando Ely se lo comentó, Anselmo quiso saber cómo podían enterarse de tantos detalles sobre sus préstamos. Ella respondió que, a esas alturas, probablemente ya no importaba descubrir de dónde salía cada versión. Le aconsejó dejar de escuchar, aunque él reconoció que resultaba mucho más fácil recomendarlo que hacerlo. Ely estuvo a punto de recordarle que su madre probablemente diría exactamente lo mismo y Anselmo comprendió el paralelismo sin necesidad de que la conversación regresara a los veinte dólares.

La madre de Ely también se enteró de que Anselmo había comenzado a entregar documentos a quienes le pedían dinero. Una vecina esperaba que criticara la decisión, pero ella respondió que le parecía razonable porque de esa manera nadie tendría que discutir posteriormente sobre aquello que había sido acordado. La propia respuesta la sorprendió. Había pasado meses enfrentada con Anselmo precisamente porque entre ambos no existía ningún documento compartido capaz de establecer qué habían entendido respecto de los intereses y las consecuencias de los retrasos. Reconocer que aquella falta de claridad había sido un error no significaba aceptar los veinte dólares que él seguía reclamando, pero sí admitir que el conflicto habría sido mucho más difícil de construir si ambos hubieran tenido desde el principio una referencia común.

La conversación habría terminado allí si la vecina no hubiera sugerido que, así como Anselmo empezaba a dejar constancia escrita de sus préstamos, quizá ella también

debía dejar alguna constancia de lo ocurrido. Cuando la madre quiso saber dónde, la otra mencionó la Policía como una posibilidad y aclaró inmediatamente que no estaba diciendo que tuviera que denunciarlo, sino únicamente que podía registrar el problema antes de que llegara a suceder algo.

La expresión volvió a incomodarla porque repetía la misma idea que llevaba escuchando durante días. Preguntó qué podía denunciar si Anselmo nunca la había amenazado, no la había agredido, no había intentado entrar por la fuerza a su casa ni había cometido ninguna conducta que pudiera considerar delictiva. El capital de cincuenta dólares estaba completamente pagado y la única disputa pendiente consistía en veinte dólares de intereses que ella no reconocía. La vecina insistió en que se trataba únicamente de prevención, pero la madre terminó la conversación convencida de que no tenía ninguna razón para acudir a una autoridad. Aun así, aquella noche volvió a pensar en la propuesta y se preguntó qué podría decir si alguna vez entraba en una unidad policial. La respuesta seguía siendo la misma: no tenía nada concreto que denunciar.

Algunos días después volvió a encontrarse con Anselmo mientras ambos esperaban transporte. Se saludaron y permanecieron separados durante unos minutos hasta que él se acercó para preguntarle cómo estaba Ely. La mujer respondió que bien, aunque reconoció que últimamente se encontraba más distante también con ella. Anselmo asintió porque ambos conocían perfectamente la razón. Por primera vez en mucho tiempo mantuvieron una conversación donde la preocupación compartida por Ely resultó más importante que el desacuerdo económico. Él

dijo que no quería seguir afectándola y la madre reconoció que ella tampoco.

Durante algunos minutos hablaron de asuntos cotidianos y ninguno mencionó los veinte dólares. La mujer estuvo a punto de contarle que varias personas le habían recomendado acudir a la Policía, pero decidió no hacerlo porque introducir aquella idea dentro de una conversación que finalmente transcurría sin reproches podía producir exactamente aquello que intentaba evitar. Cuando llegó su transporte se despidió con normalidad y, mientras se alejaba, comparó mentalmente al hombre con quien acababa de hablar con aquella figura amenazante que otros empezaban a construir. No se parecían. Esa constatación consiguió tranquilizarla, aunque no eliminó completamente la inquietud que las conversaciones de los últimos días habían sembrado.

Aquella misma tarde visitó a una familiar y el tema apareció nuevamente. La mujer quiso saber si Anselmo todavía la estaba cobrando y ella explicó que casi ni hablaban del asunto, aunque él continuaba considerando pendientes los veinte dólares. Su familiar negó con la cabeza y comentó que alguno tendría que ceder antes de que todo terminara mal. La madre, cansada ya de escuchar esa expresión, quiso saber por qué todo el mundo parecía convencido de que debía ocurrir algo grave cuando ninguno había hecho nada que justificara semejante conclusión.

La familiar intentó explicar que se refería únicamente a que ambos estaban demasiado aferrados a sus posiciones y, sin medir las palabras, añadió que no estaba diciendo que Anselmo fuera a matarla ni nada semejante. La frase

produjo un silencio inmediato. La propia mujer comprendió que había ido demasiado lejos e intentó disculparse, asegurando que había utilizado una exageración sin pensar, pero aquella palabra permaneció en la mente de la madre durante toda la noche. No porque creyera realmente que Anselmo pudiera matarla; la idea le parecía absurda y le molestaba incluso haber tenido que escucharla. Lo inquietante era observar cómo varias advertencias que por separado parecían insignificantes empezaban a formar, juntas, una especie de relato preventivo. Una persona había recomendado tener cuidado, otra había hablado de dejar constancia antes de que ocurriera algo y ahora alguien había introducido una posibilidad extrema para retirarla inmediatamente después.

Esa noche tuvo dificultades para dormir porque, a pesar de saber que no existían hechos capaces de sostener aquellas advertencias, empezó a preguntarse si tantas personas podían estar percibiendo un peligro que ella se negaba a reconocer. La idea le produjo rabia consigo misma. No quería tener miedo de alguien que nunca le había hecho daño y tampoco quería permitir que la insistencia colectiva modificara retrospectivamente todo aquello que conocía de Anselmo. Sin embargo, comprendió que el verdadero problema ya no estaba únicamente en lo que él pudiera o no pudiera hacer, sino en el efecto de escuchar repetidamente que algo podía suceder.

A la mañana siguiente habló con Ely. Evitó repetir la frase exacta utilizada por su familiar y se limitó a explicar que las personas estaban empezando a mencionar cosas demasiado feas y a advertir que el conflicto podía terminar

mal. Ely recordó que llevaban semanas escuchando comentarios semejantes, pero su madre señaló que ahora el tono había cambiado. Su hija quiso saber inmediatamente si Anselmo había hecho algo nuevo y recibió una negativa firme. Aquella respuesta aumentó todavía más su desconcierto: si Anselmo no había amenazado, perseguido ni agredido a nadie, no comprendía por qué el miedo parecía crecer en lugar de disminuir.

La madre tampoco tenía una respuesta. Lo único que quería era que todo terminara. Ely reconoció en aquellas palabras exactamente el mismo deseo que Anselmo había expresado días atrás y, cuando habló con él esa noche, le explicó que su madre también deseaba cerrar definitivamente el problema. Anselmo respondió que él quería lo mismo y recordó inmediatamente la negociación que habían estado a punto de alcanzar antes de que la aparición de un vecino devolviera a ambos a sus posiciones. Ely le recomendó que hablaran nuevamente antes de que la situación continuara deteriorándose.

La expresión consiguió que Anselmo levantara la mirada y preguntara qué significaba exactamente que pudiera empeorar. Ely comprendió que acababa de repetir, sin proponérselo, la misma lógica que su madre llevaba días escuchando. No tenía una imagen concreta de aquello que pudiera ocurrir y se limitó a explicar que le preocupaba que demasiadas personas hablaran mientras ellos continuaban sin resolver nada. Anselmo aceptó la respuesta, aunque percibió que Ely había pensado algo más antes de formularla y decidió no insistir.

Dos días después, la madre de Ely realizaba varias diligencias cuando su camino la llevó frente a una unidad policial. Había pasado muchas veces por aquella calle sin prestar atención al edificio, pero esa mañana recordó inmediatamente la recomendación de la vecina. Por primera vez consideró que quizá podía entrar únicamente para preguntar qué se hacía cuando una disputa económica empezaba a generar rumores y temor. No necesitaba denunciar a nadie ni inventar una conducta que no había ocurrido; tal vez bastaba con pedir orientación. La idea apareció con tanta naturalidad que la incomodó.

Disminuyó el paso y observó la entrada mientras intentaba imaginar qué diría si cruzaba aquella puerta. Anselmo nunca la había amenazado, nunca la había golpeado, no había intentado entrar por la fuerza a su casa ni la había perseguido. El capital original estaba completamente devuelto y la única diferencia entre ellos seguían siendo veinte dólares de intereses. Después de algunos segundos comprendió que continuaba sin tener nada que denunciar y siguió caminando. A mitad de la cuadra sintió incluso cierta vergüenza por haberse detenido, porque había permitido que las advertencias ajenas la hicieran considerar como amenaza a un hombre al que pocos días antes ella misma había defendido cuando otros lo acusaron falsamente.

Lo que no sabía era que una persona del barrio caminaba por la acera contraria y la había reconocido. No la vio entrar porque jamás lo hizo; únicamente alcanzó a observarla detenida cerca de la unidad policial, mirando hacia el edificio durante unos segundos antes de continuar su camino. No había ocurrido nada extraordinario y, en cualquier otra circunstancia, aquella imagen habría

desaparecido rápidamente de la memoria de quien la vio. Una mujer había disminuido el paso frente a una puerta y después había seguido caminando. Sin embargo, el barrio llevaba demasiado tiempo esperando que ocurriera algo.

Horas después alguien preguntó en una tienda si era verdad que la madre de Ely había ido a la Policía por el problema con Anselmo. La persona que recibió la pregunta no sabía nada concreto, aunque llevaba semanas escuchando que ambos continuaban enfrentados, de modo que respondió que creía que la habían visto por allí. La siguiente persona contó que la habían visto frente a la unidad y otra interpretó que probablemente había entrado a consultar. Cuando la historia recorrió algunas calles más, la posibilidad ya se había transformado en certeza: la madre de Ely había ido a la Policía.

La explicación apareció inmediatamente después. Si había acudido a la Policía, seguramente era por las amenazas. Alguien recordó que la propia mujer había negado que Anselmo alguna vez la hubiera amenazado, pero aquella contradicción no detuvo el relato; simplemente produjo una versión nueva según la cual quizá lo había defendido antes porque tenía miedo. Hacia el final de la tarde apareció finalmente una palabra que ninguno de los involucrados había utilizado: *denuncia*.

No existía ningún documento, ninguna declaración ni autoridad investigando el conflicto. La madre de Ely jamás había cruzado aquella puerta y Anselmo todavía ignoraba que, según el barrio, acababa de ser denunciado. Ely continuaba creyendo que el mayor problema consistía en conseguir que dos personas orgullosas encontraran una

manera de cerrar veinte dólares que económicamente cualquiera de las dos podía hacer desaparecer.

Los tres terminaron aquel día sin comprender que el conflicto acababa de adquirir una forma nueva sin que ninguno hubiera hecho nada para crearla. Durante meses habían discutido sobre una pregunta aparentemente sencilla: si aquellos veinte dólares de intereses seguían siendo realmente una deuda. Ahora las conversaciones del barrio habían añadido otra mucho más peligrosa, porque ya no se refería al dinero ni a las condiciones del préstamo, sino a aquello que Anselmo supuestamente podía ser capaz de hacer para cobrarlo.

La madre de Ely nunca cruzó la puerta de aquella unidad policial y, sin embargo, antes de terminar el día ya existían personas convencidas de que había acudido a una autoridad. El rumor no necesitó que ocurriera un hecho para construir una consecuencia; le bastó una mujer detenida unos segundos frente a un edificio y una comunidad que llevaba meses preparada para interpretar cualquier gesto como el siguiente capítulo de una historia que parecía negarse a terminar.

Para cuando el comentario llegara a Anselmo, la mujer ya no habría sido simplemente vista frente a una unidad policial. Lo habría denunciado. Y aquella mentira sería suficientemente grave para modificar la manera en que él se relacionaría con ella incluso antes de descubrir que nunca había ocurrido.

EPÍLOGO

CINCUENTA DÓLARES

Anselmo se enteró de la supuesta denuncia mientras cobraba otra deuda. Había quedado con un hombre para recibir una cuota y lo esperaba sentado fuera de una tienda cuando este apareció con el dinero doblado dentro de la mano. Contaron juntos los billetes, Anselmo registró el pago y estaba a punto de marcharse cuando el hombre le preguntó, con una naturalidad demasiado cuidadosa, si había tenido problemas con la Policía. Al principio no comprendió a qué se refería y pensó que hablaba de cualquier otra cosa, pero bastó que apareciera una referencia a la madre de Ely para que entendiera que otra versión de la historia había empezado a circular sin que él supiera todavía cuál era. El hombre terminó explicándole que se decía que su suegra lo había denunciado y Anselmo necesitó varios segundos para procesar aquella información, porque hasta entonces los rumores podían haber sido molestos y perjudicar su reputación, pero una denuncia pertenecía a una categoría diferente: significaba que alguien había sacado el conflicto de las conversaciones del barrio y lo había colocado frente a una autoridad. Lo primero que sintió no fue miedo a la Policía, sino desconcierto ante la posibilidad de que la madre de Ely hubiera dado un paso semejante después de haber desmentido públicamente que él alguna vez la amenazara.

Durante el camino de regreso pensó en llamarla y preguntarle directamente, pero apareció inmediatamente una dificultad que meses atrás ni siquiera habría considerado. Si la denuncia existía y él se acercaba a la mujer para pedir explicaciones, cualquier encuentro podía

interpretarse como presión; si discutían, alguien podía asegurar que había ido a reclamarle por denunciarlo y, si decidía mantenerse lejos, probablemente aparecería la versión de que estaba asustado. Había pasado años resolviendo los problemas mediante acciones concretas: si alguien debía, cobraba; si existía una discrepancia, hablaba; si escuchaba una historia falsa, intentaba averiguar de dónde provenía. Ahora cualquier movimiento parecía capaz de generar una interpretación distinta de aquello que realmente pretendía hacer.

Terminó llamando a Ely y le preguntó directamente si su madre lo había denunciado. Ella reaccionó con una sorpresa suficientemente auténtica para que Anselmo comprendiera que tampoco sabía de qué estaba hablando. Ely aseguró que no existía ninguna denuncia, pero él insistió en saber si estaba completamente segura y aquella desconfianza terminó irritándola. Le recordó que, si su madre hubiera acudido a la Policía, probablemente ella habría sabido algo, aunque también reconoció que estaba cansada de convertirse en la persona a la que Anselmo llamaba cada vez que necesitaba averiguar algo relacionado con su madre. Anselmo aceptó el reproche porque no tenía una defensa convincente: había vuelto a colocarla en medio precisamente después de prometer que no lo haría. Intentó explicarle que la situación era distinta porque no podía acercarse directamente a la mujer mientras existiera la posibilidad de una denuncia, pero Ely respondió con algo que resumía la transformación de los últimos meses. Al principio habían sido veinte dólares, después la necesidad de determinar quién tenía razón, más tarde aquello que decía el barrio y ahora una denuncia cuya existencia ni siquiera podían comprobar. Cuando

quiso saber qué vendría después, ninguno encontró una respuesta.

Aquella noche Ely preguntó a su madre. La expresión de la mujer fue tan auténticamente sorprendida que sintió vergüenza antes incluso de escuchar la explicación. Su madre recordó entonces que había pasado frente a una unidad policial y admitió que durante algunos segundos consideró entrar porque una vecina le había recomendado pedir orientación, pero jamás había cruzado aquella puerta. No tenía nada que denunciar: Anselmo nunca la había amenazado, nunca la había golpeado, jamás había intentado entrar por la fuerza en su casa y tampoco la había perseguido. Había existido una disputa económica, comentarios desagradables y meses de discusiones, pero ninguna conducta capaz de justificar aquello que ahora el barrio estaba contando. Ely comprendió entonces cómo había nacido el rumor. Alguien había visto a su madre detenida frente a la unidad policial y había completado el resto. La explicación era tan sencilla que resultaba casi absurda: una mujer miró una puerta, alguien la observó y varias calles después ya existía una denuncia.

La madre pidió que aclarara la situación con Anselmo, no porque quisiera volver a utilizarla como intermediaria, sino porque ya tenían suficientes problemas con aquello que realmente había sucedido como para comenzar a pelear también por hechos inexistentes. Al día siguiente Ely explicó que su madre nunca había entrado en la unidad y que la supuesta denuncia era únicamente otra historia construida por el barrio. Anselmo sintió alivio y cierta vergüenza al reconocer lo rápido que había permitido que una versión sin pruebas condicionara su comportamiento. Ely le recordó que la había creído suficientemente como

para llamarla y preguntar, mientras él intentó explicar que no había sabido qué hacer sin empeorar todavía más las cosas. Al final ella reconoció que, dadas las circunstancias, había hecho bien en no buscar directamente a su madre, y Anselmo admitió que había hecho mal en involucrarla otra vez. Esta vez ninguno necesitó discutir.

Después de aquello ocurrió algo que nadie acordó formalmente: Anselmo dejó de cobrar. Los veinte dólares continuaban escritos en la libreta y no había trazado ninguna línea sobre ellos, pero decidió que mientras circularan rumores sobre amenazas, denuncias y supuestas intervenciones policiales buscar a la madre de Ely podía provocar más problemas de los que aquellos intereses eran capaces de justificar. Si coincidían en algún lugar, la saludaba y continuaba caminando; cuando alguien preguntaba por la deuda, respondía únicamente que se trataba de un asunto privado. Su silencio tampoco consiguió permanecer sin interpretación. Algunas personas aseguraban que había dejado de cobrar porque sabía que tenía problemas con la Policía, otras sostenían que alguna autoridad le había advertido que no se acercara a la mujer y no tardó en aparecer incluso la versión de una supuesta orden de alejamiento. Nada de aquello existía, pero Anselmo empezaba a comprender que una historia suficientemente instalada podía alimentarse tanto de sus acciones como de su ausencia.

La madre de Ely notó la distancia y durante los primeros días sintió alivio. Aquello era precisamente lo que había deseado durante meses: salir de casa sin imaginar que cualquier encuentro terminaría otra vez hablando de los veinte dólares. Después comenzó a preguntarse por qué

Anselmo había dejado de cobrar y llegó a considerar una posibilidad que le resultaba menos desagradable que las demás: quizá también él había empezado a comprender que continuar defendiendo aquella cantidad estaba costando mucho más que su valor económico. No se atribuyó una victoria porque Anselmo nunca había reconocido haber abandonado la cuenta y, por primera vez en mucho tiempo, simplemente dejó de preguntar.

Durante algunos días la calma pareció auténtica. Ely podía hablar con Anselmo sin mencionar a su madre y regresar a casa sin escuchar comentarios sobre él. Por momentos llegó a imaginar que quizá algunas disputas no necesitaban una resolución perfecta y podían terminar únicamente porque todas las personas implicadas se cansaban de sostenerlas. Una noche salió a comer con Anselmo y, cuando llegó la cuenta, él descubrió que les habían cobrado tres dólares de más. Llamó al mesero, explicó el error y esperó pacientemente hasta que corrigieran la cantidad. Ely lo observó con una sonrisa porque aquella era exactamente la clase de cosa que el hombre del que se había enamorado jamás dejaba pasar. Le dijo que podía cambiar de restaurante, de barrio o incluso de novia, pero probablemente nunca permitiría que le cobraran tres dólares adicionales. Anselmo se rio y respondió que tres dólares seguían siendo tres dólares. Durante unos segundos aquella frase recuperó el humor de los primeros meses, hasta que ambos recordaron casi al mismo tiempo que el conflicto que había alterado sus vidas tampoco giraba alrededor de una gran cantidad y la sonrisa fue desapareciendo sin necesidad de ninguna explicación.

Ely quiso saber si todavía pensaba cobrar los veinte dólares a su madre y Anselmo respondió que sí, aunque aclaró nuevamente que ya no se trataba de la cantidad. Ella reconoció que hacía mucho tiempo había comprendido aquello y formuló una pregunta diferente: qué tendría que ocurrir para que dejara de querer cobrarlos. Anselmo había utilizado durante meses respuestas sobre palabra, reglas, intereses y respeto por los acuerdos, pero aquella noche ninguna le pareció suficiente y terminó reconociendo que no lo sabía. Ely le explicó que precisamente esa ausencia de una salida era lo que más miedo le producía.

La pregunta continuó acompañándolo durante varios días. Una noche abrió la libreta, encontró los veinte dólares pendientes y sostuvo el lápiz sobre la cifra. Podía tacharla sin perder el capital, porque los cincuenta originales habían regresado por completo; incluso podía hacerlo sin reconocer que la madre de Ely había tenido razón y limitarse a decidir que continuar cobrando aquellos intereses ya no justificaba todo lo ocurrido. Sin embargo, en ese mismo momento recordó las bromas del barrio, las personas que aseguraban que la falsa denuncia lo había asustado y quienes interpretaban su silencio como prueba de alguna intervención policial. Si tachaba los veinte entonces, imaginaba perfectamente cómo sería contada la historia: la suegra había ganado, la Policía lo había hecho retroceder o finalmente había comprendido que estaba abusando. Dejó el lápiz sin modificar la página.

Sin saberlo, la madre de Ely estuvo frente a una decisión casi idéntica. Recibió un dinero que esperaba desde hacía semanas y, después de pagar algunos gastos, conservó una cantidad superior a veinte dólares. Pensó seriamente en

buscar a Anselmo, colocar el dinero en sus manos y terminar el conflicto sin reconocer que los intereses fueran justos ni aceptar que él tuviera razón. Durante algunos minutos la idea le pareció perfectamente razonable, hasta que imaginó aquello que dirían cuando alguien se enterara. Después de tantos meses afirmando que no debía nada, entregar los veinte sería contado como una admisión de que Anselmo siempre había tenido razón. Guardó el dinero, no porque no pudiera pagarlo, sino porque ya no sabía si entregar veinte dólares significaba únicamente entregar veinte dólares. Ninguno sabía lo cerca que el otro había estado de terminar el conflicto. Anselmo ignoraba que la mujer tenía el dinero disponible y ella desconocía que él había sostenido un lápiz sobre la cifra dispuesto, por unos segundos, a borrarla. Económicamente no existía ya ningún obstáculo. El problema seguía sostenido por orgullo, reputación, versiones contradictorias y la necesidad de que ceder no pareciera una derrota.

Pasaron algunos días más y pareció que el conflicto finalmente podía agotarse por cansancio. La madre de Ely dejó de explicar su versión cuando alguien preguntaba y Anselmo abrió cada vez menos la libreta. Ella, sin embargo, conservaba el dinero y una tarde decidió sacar veinte dólares y colocarlos sobre la mesa. Los observó durante largo rato pensando en todo lo que aquella cantidad había producido: por veinte dólares había discutido con el novio de su hija, había tenido que explicar su vida a vecinos que nunca le habían preguntado cómo estaba, había terminado convertida en víctima de amenazas que jamás existieron y, sin cruzar la puerta de una unidad policial, había protagonizado una denuncia inventada por personas que necesitaban que la historia avanzara. Entonces decidió terminarlo, no porque

Anselmo tuviera razón ni porque ella hubiera cambiado de opinión sobre los intereses, sino porque ya no quería seguir perteneciendo a aquella historia.

No contó nada a Ely porque estaba cansada de colocarla en medio y tampoco llamó a Anselmo. Prefería encontrarlo y entregar el dinero sin convertir el momento en otra negociación. Lo encontró al final de la tarde cerca de uno de los lugares donde solía conversar con personas del barrio y caminó directamente hacia él. Sacó los veinte dólares y se los ofreció. Durante meses Anselmo había imaginado aquel momento. Había pensado que recibir la cantidad demostraría que su insistencia tenía sentido y suponía que experimentaría satisfacción cuando finalmente pudiera tacharla de la libreta. Sin embargo, al ver los billetes extendidos frente a él no sintió ninguna de aquellas cosas; lo único que sintió fue cansancio. Le dijo que ya no hacía falta y la mujer creyó haber escuchado mal. Anselmo explicó que ya no quería los veinte dólares. Aquella era exactamente la respuesta que ella había esperado durante meses y, sin embargo, había llegado demasiado tarde para producir alivio. Respondió que ahora era ella quien quería pagarlos y volvió a extender los billetes, mientras Anselmo insistía en que no los recibiría. La escena tenía algo absurdo porque durante meses uno había intentado cobrar mientras la otra se negaba a pagar y ahora, cuando finalmente estaban dispuestos a hacer exactamente lo contrario, tampoco conseguían coincidir.

Algunas personas que estaban cerca empezaron a prestar atención. Ambos lo notaron y comprendieron inmediatamente el peligro de continuar discutiendo allí. La madre extendió una vez más el dinero y pidió que lo

recibiera para terminar de una vez, pero antes de que Anselmo respondiera alguien comentó detrás de ellos que, al final, sí debía. Hubo algunas risas y la mujer bajó lentamente la mano. Anselmo cerró los ojos durante un instante porque volvió a sentir la misma presencia que había destruido la negociación anterior. Siempre parecía existir alguien dispuesto a convertir cualquier gesto en una sentencia.

La madre guardó el dinero y le preguntó si ahora comprendía por qué nunca había querido pagarlo. Anselmo pidió a quienes observaban que dejaran de meterse y, cuando volvió a mirarla, la mujer ya se alejaba. Podía haberla dejado marcharse, pero caminó detrás de ella porque no pretendía cobrar; quería explicar que precisamente por comentarios semejantes había decidido no recibir el dinero. Sin embargo, cuando la alcanzó, la madre interpretó que había cambiado de opinión y volvió a sacar los billetes. Anselmo rechazó nuevamente la cantidad y la conversación empezó a crecer, no como una discusión nueva, sino como la acumulación de todas las anteriores. Regresaron los cincuenta originales, el viernes incumplido, los intereses, las visitas, las conversaciones con Ely, las amenazas inexistentes y finalmente aquella denuncia que jamás había ocurrido. Ninguno gritaba al comienzo, pero existían demasiadas cosas acumuladas para hablar de ellas con completa serenidad.

Las personas comenzaron a acercarse. La madre de Ely quiso marcharse y Anselmo intentó terminar una explicación antes de que se fuera; caminó detrás de ella algunos pasos y alguien interpretó la escena de una manera distinta. Un hombre le pidió que la dejara tranquila. Anselmo respondió que no se metiera porque

estaba hablando con ella, frase suficiente para que otra persona se acercara y después otra. En pocos segundos, una conversación entre dos personas tenía nuevamente espectadores, intérpretes y defensores. La madre trató de explicar que Anselmo no le estaba haciendo nada, pero a esas alturas cada persona parecía escuchar solamente aquello que confirmaba la versión que conocía. Alguien pidió a Anselmo que se marchara y otro recordó la supuesta denuncia. Aquello terminó de irritarlo y respondió que nunca había existido ninguna denuncia. La madre volvió a confirmar lo mismo, de manera que por primera vez ambos estaban defendiendo exactamente la misma verdad, pero ni siquiera aquella coincidencia consiguió imponerse sobre la historia que los rodeaba.

Entre quienes habían empezado a rodearlos se encontraba un muchacho con el teléfono levantado. Llevaba varios segundos grabando porque, como tantos otros, había aprendido a observar aquel conflicto como si cada nuevo encuentro pudiera convertirse en el desenlace que el barrio llevaba meses esperando. Al principio mantenía cierta distancia, pero cuando más personas comenzaron a acercarse retrocedió para ampliar el encuadre sin dejar de mirar la pantalla. Nadie reparó demasiado en él. La atención estaba concentrada en Anselmo, en la madre de Ely y en las voces que empezaban a superponerse mientras cada persona intentaba decidir qué estaba ocurriendo antes de que los propios involucrados pudieran explicarlo.

Lo que sucedió después ocurrió demasiado rápido para que todos pudieran contarlo de la misma manera. Uno de los hombres intentó apartar a Anselmo y él retiró el brazo mientras pedía que no lo tocaran. Otra persona interpretó aquel movimiento como un empujón y avanzó hacia él. La

madre trató de colocarse entre ambos mientras insistía en que nadie necesitaba defenderla porque Anselmo no le había hecho nada. En medio de ese movimiento colectivo, alguien chocó contra el muchacho que grababa y el teléfono salió de sus manos. El aparato golpeó la acera y quedó cerca del borde de la calle con la pantalla todavía encendida. El joven intentó alcanzarlo, pero otra persona retrocedió sobre el mismo lugar y terminó pisándolo. Se escuchó el crujido seco del vidrio, aunque nadie le prestó atención porque, para entonces, otro movimiento había empujado a varias personas unas contra otras.

Después nadie pudo determinar con seguridad quién había tocado primero a quién. Un brazo intentó apartar a otro, alguien avanzó mientras otra persona retrocedía y, en medio de aquella confusión, un empujón cuyo origen ninguno conseguiría establecer con absoluta certeza hizo perder el equilibrio a Anselmo. Tropezó hacia atrás y chocó primero contra una estructura metálica situada junto a la acera. Intentó sostenerse, pero el impulso lo desplazó todavía más y terminó golpeándose la cabeza contra el borde de cemento. El ruido del impacto detuvo inmediatamente la discusión y durante algunos segundos nadie pareció comprender lo que acababa de suceder.

La madre de Ely reaccionó primero. Se arrodilló junto a Anselmo mientras repetía su nombre y le pidió que no intentara levantarse. Él permanecía consciente, aunque desorientado, y trató de incorporarse antes de que ella volviera a pedirle que se quedara quieto. Alguien llamó a una ambulancia, otra persona intentó apartar a quienes continuaban acumulándose alrededor y uno de los presentes consiguió comunicarse con Ely. El muchacho que había estado grabando recordó entonces su teléfono,

pero al buscarlo encontró la pantalla destrozada. Intentó encenderlo, comprobó que el aparato apenas respondía y terminó dejándolo junto al lugar donde había caído cuando otra persona le pidió que se apartara para dejar espacio.

Cuando Ely llegó varios minutos después y encontró a su madre arrodillada junto a Anselmo, rodeada de vecinos que intentaban explicar simultáneamente lo ocurrido, comprendió que algo grave había sucedido antes de escuchar una sola palabra. Poco después apareció la ambulancia y detrás de ella llegó la Policía, cuya presencia contenía una ironía demasiado dolorosa para que alguien la señalara: después de meses hablando de una denuncia inexistente, una autoridad intervenía finalmente cuando ya no quedaba ninguna disputa capaz de resolver.

Mientras los paramédicos atendían a Anselmo, uno de los agentes preguntó quién había visto el comienzo del forcejeo. Varias personas empezaron a hablar al mismo tiempo y el muchacho mencionó que había estado grabando. Señaló entonces el teléfono roto que permanecía cerca del borde de la calle y explicó que se le había caído cuando comenzaron los empujones. El policía se colocó los guantes, recogió cuidadosamente el aparato y comprobó el estado de la pantalla antes de introducirlo en una bolsa transparente. Nadie sabía cuánto de la discusión había quedado realmente registrado, si la cámara había seguido grabando después de caer o si el golpe había dañado el archivo, pero la posibilidad de que aquel teléfono contuviera una parte de lo ocurrido bastó para convertirlo en evidencia.

Anselmo fue trasladado al hospital y murió aquella misma noche como consecuencia de las lesiones producidas por la caída.

La noticia regresó al barrio antes que algunas de las personas que lo habían acompañado y encontró, como tantas veces antes, varias historias preparadas para explicarla. Según una versión, Anselmo había ido violentamente a cobrar los veinte dólares; otra aseguraba que había atacado a la madre de Ely y que los vecinos habían tenido que defenderla, mientras una tercera sostenía que existía una denuncia previa y que había incumplido una orden que le prohibía acercarse. Ninguna correspondía con lo ocurrido.

Cuando la Policía tomó la declaración de la madre de Ely, ella explicó que había acudido voluntariamente a entregarle los veinte dólares y que Anselmo se había negado a recibirlos. Aclaró que jamás la había amenazado, que nunca había existido una denuncia y que la situación únicamente se complicó cuando otras personas comenzaron a intervenir. Los agentes escucharon después a quienes habían presenciado la escena y encontraron algo que meses de rumores parecían haber anticipado. Cada persona recordaba posiciones diferentes, movimientos distintos y frases que otra aseguraba no haber escuchado. Algunos estaban convencidos de haber visto una agresión donde otros únicamente recordaban un intento de apartar a alguien. Nadie consiguió determinar con absoluta seguridad quién había producido el empujón que terminó derribando a Anselmo. La misma multitud que durante meses había construido versiones sobre una deuda que no presenció era ahora incapaz de ponerse de acuerdo sobre aquello que había ocurrido delante de sus propios ojos.

El teléfono roto prometía, al menos en apariencia, algo que todos los testimonios parecían incapaces de ofrecer: una imagen. Sin embargo, ni siquiera esa posibilidad conseguía resolver inmediatamente lo ocurrido. El muchacho había grabado desde cierta distancia, otras personas se habían atravesado frente a la cámara y, cuando el aparato cayó al suelo, el encuadre dejó de mostrar con claridad aquello que sucedía. Había voces, movimientos, fragmentos de cuerpos entrando y saliendo de la imagen y unos segundos finales donde resultaba posible escuchar el forcejeo sin establecer con absoluta certeza qué mano había producido el empujón decisivo. El teléfono contenía una parte de la verdad, pero no toda, y aquello parecía casi una última ironía de una historia construida durante meses mediante fragmentos que cada persona completaba según aquello que ya estaba preparada para creer.

Ely pasó buena parte de la noche sentada en un pasillo del hospital sin conseguir llorar. Permaneció observando sus manos mientras intentaba encontrar un momento exacto en que todo hubiera podido detenerse. Pensó en los cincuenta dólares, en las fechas incumplidas, en los pagos parciales, en los intereses, en las discusiones y en los veinte dólares que terminaron concentrando todo aquello que ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. También pensó en Anselmo defendiendo una cantidad que había dejado de necesitar y en su madre negándose a pagarla porque hacerlo significaba aceptar una derrota. Recordó la primera historia sobre amenazas, la denuncia que nunca existió y todas las conversaciones en que alguien había completado aquello que no sabía con la explicación que le parecía más probable.

No encontró un único momento porque había demasiados. La tragedia no había nacido de una sola decisión ni podía atribuirse limpiamente a una sola persona; había necesitado una sucesión de pequeñas decisiones, silencios, interpretaciones, retrasos, orgullos y personas convencidas de que intervenir era lo correcto.

A la mañana siguiente, el barrio amaneció lleno de policías y conversaciones. Algunas personas señalaban el lugar exacto donde Anselmo había caído y otras reconstruían posiciones, movimientos y palabras que aseguraban recordar perfectamente. La cinta todavía delimitaba parte de la calle mientras los agentes terminaban de recoger información y el teléfono de pantalla destrozada permanecía dentro de una bolsa de evidencia. Una mujer que acababa de llegar preguntó qué había ocurrido y alguien respondió que todo había empezado por una deuda. La siguiente pregunta fue inevitable: cuánto. La madre de Ely estaba suficientemente cerca para escucharla y Ely también. Después de unos segundos alguien respondió que habían sido cincuenta dólares, la misma cantidad con la que había comenzado todo.

Meses atrás Anselmo había entregado aquella suma convencido de que realizaba una operación sencilla. El dinero saldría de sus manos, permanecería durante un tiempo acordado en las de otra persona y regresaría acompañado por una pequeña ganancia. Su sistema había funcionado durante años porque parecía capaz de reducir cualquier préstamo a unos cuantos datos: un nombre, una cantidad, una fecha, un interés y un vencimiento. Lo que nunca había conseguido registrar era cuánto podía deteriorarse una relación, cuánto orgullo podía

acumularse alrededor de una cifra ni cuánto podía costar un rumor después de recorrer suficientes bocas.

Tiempo después, Ely encontró la libreta entre las pertenencias de Anselmo. La abrió y recorrió páginas llenas de nombres, cantidades, fechas y pagos cuidadosamente anotados. Algunas deudas estaban tachadas y otras conservaban pequeñas marcas que solo él habría podido explicar. Buscó el nombre de su madre y encontró todavía escritos los veinte dólares pendientes. Pasó el dedo sobre la cifra y recordó que su madre había tenido exactamente esos veinte dólares en la mano la tarde en que Anselmo murió, igual que recordó que él había decidido no aceptarlos. Durante meses habían creído que el conflicto consistía en establecer quién debía ceder primero. Al final, los dos habían cedido, aunque lo habían hecho demasiado tarde para que aquella concesión pudiera reparar algo.

Ely cerró la libreta sin tachar la cantidad y sin arrancar la página. Decidió dejarla exactamente como estaba porque comprendió que aquellos veinte dólares ya no pertenecían realmente ni a su madre ni a Anselmo; eran únicamente la última cifra visible de algo que había comenzado mucho antes y que ninguno había sabido detener. Habían empezado siendo cincuenta dólares prestados entre personas que todavía se consideraban familia; después fueron retrasos, sesenta, setenta, veinte pendientes, discusiones, orgullo, rumores, miedo y una denuncia que jamás existió, hasta que en algún momento dejaron de ser dinero.

Durante meses todos habían discutido para determinar quién tenía razón. Después de todo lo ocurrido, aquella

pregunta había perdido casi todo su sentido. Lo único que permanecía era otra mucho más difícil, una pregunta que ninguna libreta, ningún testimonio y ni siquiera un teléfono que había alcanzado a registrar algunos segundos de aquella tarde podían responder por completo:

¿En qué momento una deuda dejó de ser únicamente una deuda?

Una deuda pequeña puede costarlo todo.

Todo comenzó con cincuenta dólares.

En un barrio donde el dinero nunca es una cantidad pequeña, una deuda puede convertirse en vergüenza, orgullo, rumor y amenaza. Anselmo, un hombre conocido por prestar lo que otros no tienen, entrega una suma que parece mínima; sin embargo, el paso del tiempo, los incumplimientos y la mirada de los demás irán transformando ese préstamo en el centro de un conflicto cada vez más oscuro.

Cuando la necesidad aprieta, pedir puede sentirse como una salvación. Pero deberle a alguien que también conoce el valor del sacrificio puede convertirse en una carga insoportable. Entre versiones cruzadas, tensiones familiares y una comunidad que habla demasiado pronto, esta novela explora el peso real de las pequeñas deudas y la forma en que el dinero puede alterar para siempre las relaciones humanas.

El delito de deberle a un pobre es una historia intensa sobre la pobreza, la dignidad, la memoria y el precio invisible de aquello que se promete devolver.

LA DIGNIDAD TAMBIÉN VALE

EDITORIAL Mundos Alternos

ISBN: 978-9942-593-62-7

9 789942 593627